

JUAN CARLOS GIMÉNEZ

Nuestras Yungas, relatos en la selva jujeña



Juan Carlos Giménez transmite, en estos relatos, la posibilidad de compartir su pasión por las Yungas jujeñas. Es la exuberancia del paisaje natural la que genera sus vivencias; los encuentros con lugareños plasman relatos, cuya sencillez permite al lector tener la sensación de haber sido partícipe de ellos, de haber estado allí cuando la sorpresa de algún hecho inesperado, ayuda al autor a comprender mejor las peculiaridades de las historias del hombre en las Yungas.

Las sendas angostas delatan los cambios, su andar despierta la necesidad de preservar aquello que se construyó con abundante dosis de tiempo, trabajo, necesidad, inventiva, para el disfrute de los que se detienen a observar dónde estamos parados los humanos.

Quizá sin siquiera habérselo planteado, JCG tiene la generosa virtud de hacernos una invitación a compartir esta vigorosa actitud de cara a la vida. Y esto, por cierto, es mucho; nos hace sentir bien, en paz con nosotros y nuestro entorno.

DR. JORGE KULEMEYER.

Investigador, antropólogo, arqueólogo.
Universidad Nacional de Jujuy.



Ediciones del
Subtrópico

JUAN CARLOS GIMÉNEZ

Nuestras Yungas, relatos en la selva jujeña

San Francisco del Nuevo Mundo,
Valle Grande, Jujuy, Argentina.

Ediciones del Subtrópico
Mayo de 2008

Entidades que adhieren a esta publicación:

Biblioteca Popular Bartolomé Mitre.

Dirección Municipal de Cultura.

Dirección Municipal de Turismo.

Grupo Amigos del Arte GRADA.

Ledesma SAAI.

Museo de la Ciudad.

Universidad Católica de Salta. Delegación Ledesma.

Cooperativa Telefónica, Cooperlib.

Libertador General San Martín, Jujuy.

Museo de Artes Plásticas.

Calilegua, Jujuy.

Colegio Médico de Jujuy.

Grupo Yavi de Investigaciones Científicas.

Museo Pasquini López.

San Salvador de Jujuy, Jujuy.

*Verde verde y verde negro,
la selva elástica y densa,
ondula, sueña, se pierde,
camina y piensa.*

NICOLÁS GUILLEN

© 2008, Ediciones del Subtrópico

C. C. 34 (4107)

Yerba Buena

Tucumán, Argentina

ISBN: 978-987-23533-3-9

Impreso en Argentina

Printed in Argentina

Artes Gráficas Crivelli – Salta

Cartografía: **SIGA Proyungas**

Fotografías: **Juan Carlos Giménez, Andrés Shigihara, Cooperlib, Graciela Fernández y Luis Rivera.**

Fotografía de tapa: **Juan Carlos Giménez**

Revisión ortográfica: **Coca de Montini**

Diseño editorial, portada y rediseño de mapas: **Caleidoscopio**

Ediciones del Subtrópico

E-mail: edicionesdelsubtropico@proyungas.org.ar

Sitio: www.proyungas.org.ar/ediciones/ediciones.htm



Director Ejecutivo

Alejandro D. Brown

Comité de Coordinación

Alejandro D. Brown

Lucio R. Malizia

Teresita Lomáscolo

Félix González Bonorino

Sebastián Malizia

Rodrigo Ordóñez

Alejandra Sabella

Área de planificación estratégica y ordenamiento territorial

Lucio R. Malizia (Coordinador)

Área de desarrollo sostenible

Félix González Bonorino (Coordinador)

Área de promoción ambiental y capacitación

Teresita Lomáscolo (Coordinadora)

Área de desarrollo institucional

Teresita Lomáscolo (Coordinadora)

Área de administración

Alejandra Sabella (Coordinadora)

Oficina Central Tucumán

Av. Aconquija 2423

Dir. postal: C. C. 34 (4107)

(4107) Yerba Buena

Tucumán, Argentina

Tel/Fax: 54-381-4253728

E-mail: administracion@proyungas.org.ar

Sede Orán - Salta

25 de Mayo 519

(4530) Orán, Salta, Argentina

Tel/Fax: 54-3878-423876

E-mail: proyungasoran@arnet.com.ar

Sede Jujuy

Alvear 678, of. 23

(4600) San Salvador de Jujuy, Jujuy

Tel: 54-388-4242261

E-mail: proyungasjujuy@arnet.com.ar

www.proyungas.org.ar

Índice

PÁG.		PÁG.	
7	PRESENTACIÓN	55	Salomón Apaza
9	PRÓLOGO	59	Las señoritas Cáceres
11	INTRODUCCIÓN	65	Victorina
13	EL LUGAR	68	Berna
13	¿Por qué Yungas?	70	Transporte
15	Hermoso	73	Asistencia Espiritual
19	San Francisco del Nuevo Mundo	76	Los pescadores de truchas
22	La fuente de la juventud	80	Máximo Arias
25	Verano	82	Las marcadas
26	Tormenta	87	Tanta wuawua
32	Tres Morros	89	Semana Santa
36	«Mesillas»	93	HISTORIA
39	LOS PERSONAJES	93	Una historia
39	Lurito calileguensis	100	Eugenio Tello
41	Maestros rurales		- <i>Datos biográficos</i>
42	El «coya» Arjona		- <i>Actuación del Gobernador</i>
46	Vallecito		<i>Eugenio Tello</i>
48	Andrés Cazón	105	EPÍLOGO
51	Cornelia Martínez	105	Las Yungas Jujueñas
	- <i>El efecto 2000</i>	108	La cuenca del río San Lorenzo
	- <i>La reina de los cielos</i>	109	MAPAS Y ÁLBUM FOTOGRÁFICO
	- <i>El agujero de ozono</i>	127	BIBLIOGRAFÍA

Presentación

El autor de estos relatos es Juan Carlos Giménez, médico, nacido en San Pedro de Jujuy, es un «yunca», un morador de las tierras cálidas. Siempre llamaron su atención las serranías que aprecia desde donde vive. En San Pedro exploró las montañas de los alrededores: «el pelado» de las serranías Zapla, en busca de la mina de oro de los Jesuitas o los cerros de Santa Bárbara tras del Fuerte —presidio colonial—, trepado en los vehículos de la Palúdica, donde trabajaba su madre o los vigueros de Don René Coronel, obrajero, padre de un compañero de escuela.

Ya con profesión y familia, se radicó en Libertador General San Martín y desde luego, no pudo dejar de ver, admirar, explorar, la hermosa serranía de Calilegua.

Es un soñador aventurero, observador meticulado y fiel de los lugares, personas y costumbres que conoce. El hecho de contar esas historias, lo acercaron a la literatura. Trasmite emociones, experiencias y descubrimientos en las páginas de este libro escrito en «Aurora», la casa que construyó en San Francisco del Nuevo Mundo, en plena serranía de las yungas jujeñas.

Mucho valora haber descubierto, al alcance de la mano, este paraíso novedoso, interesante, que le da impulso y entusiasmo de vivir. Dice que es entrar en otra dimensión, es como haber encontrado un tesoro en el patio de casa. Lograr esto, en este versátil mundo, es un mérito personal y una lección para todos.

Algunos de estos y otros escritos, fueron publicados en diarios, revistas del norte y del país. Obtuvo premios por los mismos de la Fundación Judeo Argentina, del Colegio Médico de Jujuy, de la Fundación Givré de Buenos Aires y de la Universidad Nacional de Salta, filial Orán.

En «Nuestras Yungas, relatos en la selva jujeña», el autor nos hará vivir los misterios de una selva cercana, verde, densa y rumorosa. Conoceremos lugares, hechos, historias de hombres y mujeres sencillos, laboriosos, que están esperando nuestro reconocimiento.

YEDELMIRA VILTES DE NOGUERA

Docente, poeta, plástica

Libertador Gral. San Martín, Jujuy | Otoño de 2007.

«Nuestras Yungas, relatos...», se presentó en el VIII Encuentro de Escritores de GRADA, Grupo Amigos del Arte, institución cultural de Libertador, en agosto de 2001.

Ahora, años después, aumentado, hace su aparición formal; antes circuló en fotocopias encuadernadas, Ediciones Rowan de LGSM.

Prólogo

Vivir en el Valle del río San Francisco, límite de las «yungas jujeñas», teniendo cerca ese lugar distinto, verde, fresco, con personajes, historias y paisajes llamativos es realmente una bendición de Dios.

Durante mi niñez en San Pedro, me llamaba poderosamente la atención una montaña de bordes geométricos; se apreciaba hacia el norte en los días despejados y de atmósfera diáfana. Percibí todo un misterio, cuando mi padre me dijo que era el Cerro Hermoso, de la serranía de Calilegua, que detrás estaba Valle Grande...

Radicado en Libertador a fines del año setenta y dos, el contacto con su gente, las historias, leyendas y la cercanía de esas serranías, me llevaron a vivir intensas experiencias. Un domingo de mañana, hace muchos años en el fiel *Citroën*, decidí explorar la ruta a Valle Grande, no estaba todavía el Parque Nacional. Transitando por un camino imposible, de paisajes espectaculares y soledad absoluta, llegué al incipiente pueblo de San Francisco. Se abrió a mis sentidos todo ese mundo verde de misteriosas maravillas como un hecho real que hasta hoy no he dejado de gozarlo. Tuve suerte al encontrar buenos guías y anfitriones, entre los que se destacan el padre Laudino Cano, el transportista Dionisio Arjona, los lugareños Luis Cruz y Natalio Mendoza, mis amigos Hermes y Yolanda Demitrópulos ya fallecidos, que estuvieron afincados muchos años en San Francisco. Gracias a mi insistencia, a éstas y otras buenas personas llegué a conocer el departamento de Valle Grande, las «yungas jujeñas», tuve la suerte de hacerme una casa en San Francisco la que llamé «Aurora», donde me escapo con «Paco», un perro cóquer los fines de semana con el «permiso» de los míos, que muchas veces me acompañan.

Quiero compartir con usted lector estas experiencias guardadas en relatos de lugares, personajes e historias que se desarrollan en una selva generosa y tranquila.

Si se entusiasma con ellos, puede conocerla; tome la Ruta Nacional 34 hacia el norte y, al pasar Libertador, apenas cruce el puente sobre el río San Lorenzo doble a la izquierda, esa es la ruta provincial 83 que lo lleva a San Francisco, Pampichuela, Valle Grande, Valle Colorado pasando por el Parque Nacional Calilegua, se internará en las «yungas jujeñas» y podrá gozar personalmente del relato.

Si es temporada de lluvias: verano o comienzos del otoño, averigüe el estado del camino y tenga un vehículo adecuado.

Quiero expresar mi agradecimiento a la Fundación ProYungas, que de años trabaja por el progreso y la conservación de la región, por haber considerado meri-

torios estos relatos e impulsar su publicación, en especial al Dr. Alejandro Brown y a la Lic. Matilde García Moritán, como también al doctor Jorge Kulemeyer de la Universidad Nacional de Jujuy, al doctor Federico Nicholson de Ledesma saai y a todas las personas e instituciones que se adhirieron a la publicación de este libro.

JUAN CARLOS GIMÉNEZ

San Francisco del Nuevo Mundo, Jujuy | Otoño de 2007

juancarlos_gimnez@yahoo.com.ar

Introducción

Estos relatos se refieren a una región del noroeste argentino, el oriente de la provincia de Jujuy, «la punta del botín» de su geografía. Una zona no clásica para referirse a ella, que siempre estuvo representada por la quebrada de Humahuaca y la puna. «Nuestras Yungas», es el lugar donde esas alturas, en su descenso al naciente se encuentran con la llanura chaqueña, formando verdes ondulaciones que bordean el Trópico de Capricornio; son las sierras subandinas, tapizadas por las yungas argentinas. Todo eso conforma una intrincada geografía de serranía y valles que dan nacimiento a numerosos cursos de agua: los afluentes australes del río Bermejo. Lo que aquí se describe se desarrolla en la cuenca de uno de ellos, el río San Lorenzo, eje del departamento jujeño de Valle Grande, que desemboca en el río San Francisco, su importante afluente sur.

El río San Lorenzo da vida a la región donde está la ciudad de Libertador General San Martín y el Ingenio Ledesma, importante complejo agroindustrial; ambos son lugares muy vinculados social, cultural y laboralmente con los vallegrandinos, siendo el trabajo en sus campos una fuente de ingreso con estabilidad laboral y seguridad previsional que ahora, con la tecnificación de la agricultura, se ha visto disminuida.

La zona fue y es frontera por definición (límite, barrera). Frontera entre dos regiones geográficas: el altiplano y el chaco. Frontera entre civilizaciones precolombinas: los incas, elaborados, organizados y los aguerridos, trashumantes chaqueños. Frontera para la incursión hispana; recién en 1794 pudieron fundar una ciudad estable cerca del río Bermejo, la última ciudad fundada por los españoles en América y que denominaron San Ramón de la Nueva Orán a donde llegaron desde la quebrada de Humahuaca cruzando por el Abra de Zenta. Frontera en la época de la emancipación y consolidación nacional, cuando se esbozaban los límites de las provincias de Salta y Jujuy con nuestra vecina República de Bolivia.

Un personaje inseparable de esta región es Don Eugenio Tello. El departamento de Valle Grande llevó su nombre hasta la década de 1940. Fue un político de verdad, «el Sarmiento jujeño», fundador de pueblos, logró que la inmensa finca de Valle Grande, continuadora de la encomienda de Caspalá, sea vendida a sus encomendados-arrendatarios, aborígenes, criollos y se les otorgaran títulos formales de propiedad, lo que significó una relativa tranquilidad inmobiliaria en la zona.

Era una región poco conocida que ahora adquiere divulgación por los movimientos conservacionistas, el turismo aventura y el posicionamiento nacional del vocablo «Yungas», pero que tiene ancestral identidad y una belleza incomparable que llama mucho la atención, causando sorpresa el tener algo distinto, tan cerca. Estos relatos reflejan mis vivencias.

El lugar

¿Por qué yungas?

Yungas es una palabra aborígen, del quechua *yunca*. Se llamó así una civilización preincaica al norte del Cuzco, en las selvas del Perú. Los yuncas eran los «moradores de las tierras cálidas» para los habitantes de los Andes. Designan como yungas en Bolivia y Perú, cotidianamente, a los valles cálidos en las estribaciones andinas. En Bolivia son las provincias de Nor y Sud Yungas en el departamento La Paz, en cuya parte antiplánica está su capital. Otra acepción de Yunga es la de curandero, brujo, que trabaja con las hierbas recogidas en esas selvas de montaña, es el hechicero que conjura enfermedades y maleficios.

Es un concepto fitogeográfico —estudio de la distribución de los vegetales—. La Provincia de las Yungas son las selvas de montaña, tropicales y subtropicales del Dominio Amazónico, ocupan en Argentina una reducida superficie (unos 5 millones de hectáreas) pero representa la mayor riqueza florística y faunística del país, son las Sierras Subandinas en Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca y junto a la Provincia Paranaense en Misiones y norte de Corrientes, poseen más de la mitad de especies de animales y plantas de todo el país, ¡en tan sólo el 2% del territorio nacional!

Hasta hace muy poco tiempo para la gente en general, las «yungas» más cercanas estaban en Bolivia, allí donde la cordillera de los Andes desciende abruptamente para formar la amazonia boliviana, dar nacimiento al río Beni y otros importantes afluentes del río Amazonas. Son lugares de ubérrimos frutos, antigua producción agrícola muy variada durante todo el año: mangos, paltas, bananas, chirimoyas, ananás, cítricos, papayas, caña de azúcar, café, coca, verduras, que abastecen a las ciudades del altiplano, en especial a La Paz, su capital.

El vocablo *yungas* era prácticamente desconocido por nosotros y hoy lo están recibiendo en Jujuy, denominando de tal forma a las selvas de montaña de los departamentos de San Pedro, Valle Grande, Ledesma y Santa Bárbara. La cuenca del río San Lorenzo es su prototipo; nace en los contrafuertes orientales de la Quebrada de Humahuaca, es la columna vertebral del departamento de Valle Grande, desemboca en el río San Francisco, con él sigue hasta el Bermejo, cruza la inmensa llanura chaqueña, llega al río Paraguay, forma parte de la cuenca del Plata.

Esta «nueva» denominación corresponde, ya que forma parte de la provincia fitogeográfica de las Yungas, con las selvas de montaña tucumano—oranense o tucumano—bolivianas (ver mapas 1 y 2, Págs. 110 y 111). Es una región cálida con producción agrícola—ganadera en las faldas orientales del macizo andino que limita y engarza con la región chaqueña.

Yungas es un vocablo de nuestros ancestros, nos identifica como una región con identidad propia en la provincia, «la otra cara de Jujuy», el lado verde del mundo andino, ligada a otras similares de esta Sudamérica aborígen e hispana. Fueron los conflictos ambientales con los movimiento ecologistas en primer término los que bregaron por su conservación y posteriormente las agencias de viajes que la popularizaron a través del turismo aventura y cultural, denominando con su verdadero nombre, las Yungas, lo que hasta hace unos 10 años era para nosotros simplemente «el Ramal», una derivación del Ferrocarril Belgrano.

No podemos negar que yungas nos es una palabra nueva, atractiva, femenina, llena de misterios, «mujer salvaje del subtrópico» como decía uno de los primeros audiovisuales que se refirió a la misma. Encierra en sus seis letras, verdes montañas, serpenteantes caminos, selvas con nubes, lugares desconocidos de real belleza, historias pre y post hispánicas interesantísimas; costumbres, personajes dignos de conocer. El magnífico paisaje, con una variada flora y fauna en peligro de extinción, dio lugar a la creación del Parque Nacional Calilegua, orgullo de los jujeños, donado en su momento por el Ingenio Ledesma, hoy a cargo de la Administración de Parques Nacionales.



Vista de los cerros de la Quebrada de Humahuaca desde San Francisco del Nuevo Mundo.

Foto de Andrés Shighihara.

***Hermoso:** Belleza de las cosas que puede ser percibida a primera vista. Grandioso, excelente, perfecto en su línea. Despejado, apacible, sereno.*

Hermoso

El Cerro Hermoso es una inmensa mole de piedra y vegetación. Tiene una fisonomía distinta de acuerdo a la hora, el ángulo que se lo mire. Puede decirse que vive, mueve, acomoda en el transcurso del día. En invierno se cubre de nieve por algunos días, es la única visión nívea que tenemos los habitantes del caluroso valle del río San Francisco. Forma parte de la serranía de Calilegua, vocablo que en quechua significa murallón de piedra. Es la zona de transición entre el altiplano andino, antiguo dominio del Inca y el inmenso Chaco Gualamba que fue el reino de los wichí con todas sus «naciones»; forma parte de las yungas jujeñas (foto 1, Pág. 112).

Está recortado sobre el horizonte con su geométrico perfil. Es una montaña joven, no muy alta, de algo más de 3.000 metros, elegante, segura y bien moldeada. Se distingue netamente entre sus pares; sólo el Cerro Amarillo, su vecino de más al norte, la supera en altura dentro de esa serranía. Es una montaña vistosa, de allí su nombre. Desde Libertador se aprecian sus laderas abruptas, cortadas a pico, son inmensos barrancos de piedra con la vegetación colgada como gigantescos macetones; su base afirma sobre suaves lomadas.

Un día quise conocerlo de cerca, treparlo, recorrer sus laderas, cañadones y llegar a su cima para apreciar desde su altura el valle en que vivo. De frente es imposible abordarlo, sólo un escalador profesional podría hacerlo, por lo que decidí rodearlo siguiendo la Ruta Provincial 83 que va a Valle Grande, por detrás tiene una pendiente menos abrupta.

Tomé como base el pueblito de San Francisco, donde tenía un amigo, todo un personaje empezando por su nombre: Hermes Demitrópulos, amante de la región, culto, con experiencia en la explotación forestal, también carpintero, albañil, mecánico, escritor, poeta, comisionado municipal. Participó de cuanto avance tuvo el pueblo en los últimos años: luz, agua corriente, arreglo racional de la ruta 83 con enripiado, cunetas, alcantarillas, que la hizo transitible todo el año, cosa que está en crisis desde el lluvioso verano de 2006. Vivía allí con su esposa Yolanda, una anfitriona de primera clase (foto 2, Pág. 112).

Para llegar a San Francisco, fui por la ruta 83, que cruza el Parque Nacional Calilegua y tiene un recorrido formidable trepando el cerro en medio de una lujuriosa vegetación. Tuve suerte, justo al día siguiente, salía una comisión de la municipalidad a construir un refugio en la cima del cerro y, entusiasta, me sumé a ella. Partimos a media mañana, luego de verificar y acomodar todo lo necesario en los

cargueros. Iba sobre una fuerte y pícara mula que, desde el vamos, se dio cuenta que el jinete era un novato. Así fue nuestra relación. La primera parte del recorrido fue en permanente subida por un bosque de grandes árboles: tipas, cebiles, cedros, nogales, con un espectáculo de cerros y quebradas alrededor que aparecían o desaparecían por la vegetación. Los pueblitos vecinos, Pampichuela, Santa Bárbara, San Lucas, se veían desparramados sobre las laderas en las montañas de atrás e iban haciéndose cada vez más pequeños. La primera parte era la huella abandonada de los camiones vigueros que transportaban los gigantescos troncos. Parecía mentira que en lugares inaccesibles se hubieran realizado caminos, eran realmente obras de ingeniería e ingenio hechas por gente de monte; a pala, pico, dinamita, sin la ayuda de la maquinaria moderna, con grandes sacrificios.

Mucha madera han brindado estas montañas y no se reforesta, con el riesgo de agotar la riqueza arbórea, alterar el equilibrio ecológico, hecho que se ve en verano con los grandes derrumbes. Estos montes son expoliados desde hace más de 50 años. Cada vez hay que ir más lejos a buscarlos, pudiendo, una reforestación racional, proveer de excelentes bosques por ciclos. La madera es un recurso renovable, lo estamos agotando y, como columnas en ruinas de inmensas construcciones, se ven los troncos amputados de los gigantes de la selva.

Al seguir ascendiendo desaparece toda la enramada inferior del bosque, los árboles están cubiertos por la «barba del monte», un musgo piloso que lo ornamenta y protege; la mañana era húmeda, los rayos del sol, al filtrarse entre el follaje lo marcaban nítidamente, haciendo fluorescente su tronco; se veían ardillas, pequeños monos. Todo esto termina más allá de «Pino Hachado», el fin de la huella maderera ya llegando a las onduladas planicies de la cima de la serranía, a los pastizales de altura, donde en verano se alimentan los animales, el ganado de los lugareños. Durante el invierno los trasladan a los valles más bajos, menos fríos, con vegetación perenne al que localmente denominan «el monte». Desde esos pastizales se aprecia el Cerro Hermoso por detrás, es un gigantesco terraplén en las alturas, termina abruptamente en un inmenso mirador, todo está rodeado de silencio (foto 3, Pág. 113). Transitar esas praderas de altura es ir flotando por el aire. A derecha e izquierda se ven cerros, parecen cercanos, pero están separados por grandes cañadas de paredes cortadas a pico.

Durante la marcha, se ven puestos donde viven los paisanos en verano cuidando el ganado: El Durazno, Tres Morros, Agua Blanca, Campo Colorado, Casa Quemada, esa es la época de pastos inmejorables, agua abundante, pero ahora, fin del otoño, todo se pinta de amarillo; seco, desierto.

Ganando altura el piso se hace de piedra, por momentos debíamos escalar por lo empinado de la cuesta y lo angosto del sendero, eran verdaderas escaleras. Llamaba poderosamente la atención el retumbe de los cascos de las cabalgaduras en el suelo, un eco en las entrañas de la tierra, como si camináramos sobre una gigantesca caverna. Mi pródiga imaginación, exacerbada por tanto paisaje no descarta-

ba que así fuera, que en ella estuviera la mítica «campana de oro» de Calilegua¹.

Antes de coronar el Hermoso, luego de una cuesta, abajo y a la izquierda, en una pequeña pradera, como suspendido en las alturas, está el pueblito de Alto Calilegua, el más cercano a la cumbre. Su iglesia, escuela y las casitas aparecen como pintadas en el paisaje. Coronando tanta grandiosidad, revoloteaba sobre nuestras cabezas una pareja de cóndores que en su magnífico y silencioso vuelo, ya estaban por encima, al costado o por debajo espionando nuestros movimientos. Luego de observarnos un rato se alejaron solemnemente.

Llegué a la cima con mucha ansiedad, eran cerca de las seis de la tarde con un cielo claro y el sol recostándose a nuestras espaldas. El lugar es plano y termina abruptamente al borde de los inmensos acantilados que miran al valle del río San Francisco. Asomarse a ese balcón fue sorprendente, había algo de bruma, pero el valle se veía magnífico, con muchísimos tonos de verde: las plantaciones de caña de azúcar, citrus, paltas, mangos, bananos y zonas de monte. Se apreciaba Libertador, el río San Lorenzo, Calilegua. A la derecha el río Ledesma, Fraile Pintado y al norte, sur, este, otros lugares que la distancia y la neblina deformaban. Al fondo, las serranías de Santa Bárbara, y recostado en ellas, se divisaba tortuoso, como una gigantesca serpiente marrón, el río San Francisco.

Estaba extasiado por el paisaje, la quietud y el silencio. Era el único embobado; para mis compañeros, viejos habitantes de las serranías, eso era algo natural y lógico. Cumplían con sus tareas de descargar y soltar los animales; íbamos a acampar allí, a la intemperie, en la montaña. Rápido se puso el sol, una iluminación rojo granada demarcó nítidamente los cerros del poniente, los de la Quebrada de Humahuaca.

¡Qué notable!, desde las alturas se veían, casi al alcance de la mano, dos regiones completamente distintas de Jujuy: el tórrido Ramal, el valle del río San Francisco, lengua, comienzo de la inmensa llanura chaqueña y la seca, fría puna. Estábamos en el medio, en el lado verde del mundo andino: las yungas jujeñas, las selvas de montaña con sus pastizales de altura como islas.

Al llegar la noche el panorama cambió radicalmente. No había luna, el cielo se transformó rápidamente en un inmenso terciopelo negro salpicado de estrellas de todo tamaño, muy cercanas. La Vía Láctea se perfilaba clarísima como un verdadero camino de este a oeste. Y, mirando con atención se veían estrellas móviles: ¡eran los satélites artificiales!, según mis compañeros de viaje.

Inquieto, me asomé nuevamente al balcón: ¡lo que vi era indescriptible! El valle negrísimo, salpicado de luces, ¡otro cielo!, una gigantesca maqueta luminosa. Los

1 La Campana de Oro de Calilegua es una leyenda. Los jesuitas estuvieron un breve lapso en el Chaco Occidental, 1750–1767, incursionaron por las yungas; fueron expulsados de América por el rey Carlos III. Entre sus múltiples actividades, explotaban oro en la serranía de Calilegua. Se dice que habían fundido una campana de ese metal, que tuvieron que ocultar cuando se marcharon abruptamente y, que en algunas ocasiones se la siente tañer.

poblados se veían, había que deducir, imaginar cuál era cuál. Libertador el más cercano, nítido con su clásica forma de escuadra. Llamó mi atención al fondo y a la izquierda, una pequeña lucecita roja que viraba del naranja al amarillo. Cambiante, movediza como la llama de un fósforo a la distancia, que el viento mecía. Al comentarle admirado mi «descubrimiento» a Simón, con naturalidad me dijo: —Es la llama donde queman gas, en Caimancito—. ¡Claro, era eso!, allí había una estación de bombeo del gasoducto y por una chimenea arde gas. Muchas veces la había visto de cerca, desde el camino, era una hoguera de buen tamaño, ruidosa. Ahora desde las alturas la veía muy pequeña y silenciosa, el viento jugaba con ella haciéndola cambiar de color y forma.

Con gran habilidad mis acompañantes habían preparado con piedras una cocina al aire libre; estaba intrigado por saber qué material usarían para hacer fuego, no se veían troncos ni ramas alrededor y, para mi sorpresa usaron... ¡bosta seca de vaca!, que en medio de una humareda se transformó en candentes tizones. Cocinaron un guiso de campo que comimos con buen apetito. Un viento helado había comenzado a correr; unos pozos de poca profundidad serían los «dormitorios», nos protegerían del viento, en uno de ellos puse la bolsa de dormir. Mi «compañero de cuarto» sería don Manuel Virazate, de unos 70 años, dueño de los animales, baqueano de la expedición, que a pesar de la edad, se movía con una agilidad increíble (foto 4, Pág. 113).

Bueno... estar recostado en esa inmensidad silenciosa, teniendo un techo tachonado de estrellas fue sobrecogedor. Pensé en una y mil cosas: ¿quiénes somos?, ¿quién soy? ¿Realmente es correcto, lógico, luchar todos los días por tener algo artificial, a veces pasando sobre otros, cuando todos formamos parte de esto tan inconmensurable, que hemos descuidado, olvidándonos de ello como si no existiera? Cerrando ese día de tantas emociones, tuve de repente un hermoso espectáculo de estrellas fugaces; desde luego formulé tres deseos y, cerca de Dios, quedé dormido.

Esta excursión fue realizada en mayo de 1993.

San Francisco del Nuevo Mundo

Vivir en San Francisco, pueblo del departamento de Valle Grande, es toda una novedad, se está inmerso en la otra cara de Jujuy, la selva subtropical de montaña, las estribaciones verdes de los Andes, la nuboselva, las yungas jujeñas! San Francisco es un pueblo joven; sus habitantes llegaron de localidades vecinas: Alto Calilegua, Tres Morros, Santa Bárbara, San Lucas, Pampichuela, Valle Colorado, Santa Ana y del mismo Valle Grande (foto 5, Pág. 114). Tiene alrededor de unos cincuenta años; nació a la vera del camino a Valle Grande, la ex Ruta Provincial 3, ahora 83, cuando Natalio Mendoza, oriundo de Santa Bárbara fue designado agente sanitario. Se radicó allí, ya había un campamento maderero y, estaba más cerca de las poblaciones que debía asistir.

Es un lugar con suaves lomadas, ideal para delinear buenas parcelas de tierra y, lo más importante: tenía una vertiente de agua. Como todo poblado de necesidad, surgió espontáneamente, primero como asentamiento maderero, luego vivienda del agente sanitario que le anexó un almacén-boliche, que se hizo con el tiempo parador del transporte. Después se afincaron los vecinos de poblados cercanos. El lugar está dentro de la finca San Francisco que tiene su historia, que no ha terminado todavía: ¿quiénes son sus propietarios? El pueblo no existe desde el punto de vista inmobiliario, nadie tiene escrituras adecuadas de su propiedad. Esta es una situación que deberá solucionarse políticamente.

En la primera mitad de 1900, hubo tierras que no tenían dueños formales en el departamento de Valle Grande y fueron adquiridas por abogados del foro jujeño, las explotaron arrendándolas, sacando madera; para lo cual, junto con otros terratenientes-políticos como Herminio Arrieta² y Miguel Tanco³, hicieron la gestión para que se construyera el camino carretero a Valle Grande cruzando la serranía de Calilegua, en ella estaban los troncos más preciados: robles, cedros, nogales y pinos. La propuesta técnica original para la ruta, que estaba avanzada, era seguir el camino de herradura usado por años, hacer el camino por la margen izquierda del río San Lorenzo, entrando por el lote San Antonio del Ingenio Ledesma, la finca de los Ballesteros, cruzar el río mas allá de la actual toma de agua del ingenio. Había que hacer un puente para vadear el San Lorenzo; era el gasto mayor y en ese momento se estaba haciendo el actual puente de la Ruta Nacional 34, hoy a punto de ser renovado!

Con el primer proyecto se quería ir bordeando el río San Lorenzo, rodear el cerro y subir antes del poblado de San Francisco por Aguas Calientes. De haberse concretado sería una ruta corta, estable, sin necesidad de subir y bajar la montaña. Pero en ese entonces, el costo del otro puente y los beneficios de sacar madera,

2 Herminio Arrieta, 1900–1970. Ingeniero Civil, en 1923 entró a trabajar en el Ingenio Ledesma propiedad de Enrique Wollman, se casó con su hija, fue Administrador General. Modernizó la producción de azúcar, instaló la fábrica de papel. Fue diputado y senador nacional por el Partido Conservador.

3 Miguel A. Tanco, 1888–1961. Marino, empresario-terratiente, abogado, político radical. Era el gobernador de Jujuy en 1930 durante el golpe de Uriburu contra Irigoyen, senador nacional, constituyente en 1949.

decidieron la traza actual; también se soñaba llegar al Valle Morado cerca del Zenta, cosa que fue imposible. La Dirección Provincial de Vialidad encaró la construcción del camino a Valle Grande trepando la serranía, obra titánica por cierto, fue inaugurado oficialmente en 1950 por el gobernador de Jujuy, ingeniero Alberto Iturbe como lo recuerda el monolito de «Abra de Cañas». Acaba de concretarse, también realizada por la Dirección Provincial de Vialidad (DPV) su prolongación a Valle Colorado. Está cada vez más cerca la posibilidad de cerrar el circuito carretero selva-puna; ya que baja un camino desde el poblado de Santa Ana en la puna que tiene conexión con Humahuaca.

Con la carretera de 1950, las cosas cambiaron para los vallistas, pero la misma seguía siendo prácticamente intransitable en verano y parte del otoño hasta la década del 90; cuando con visión y el trabajo mancomunado de la DPV, las Comisiones Municipales de San Francisco, Pampichuela, Valle Grande, Alto Calilegua y la ayuda de la Nación, se pudo enripiar gran parte del camino, hacer alcantarillas y cunetas para protegerlo de los formidables aguaceros del verano. Hoy, viajar a Valle Grande es otra cosa, si parece mentira tener un camino prácticamente transitable todo el año; antes era toda una aventura; donde sólo baqueanos como el «Coya» Arjona con su mítica *Dodge*, se animaban a recorrerlo. Pero hay veranos con cortes que duran varios días; el mantenimiento no es muy estricto y cuando las lluvias son fuertes, las barrancas inestables, se deslizan sobre el camino. Son «volcanes», como dicen los lugareños, que hacen desaparecer la ruta como ocurrió el verano de 2006. El camino es precario todavía, de difícil mantenimiento, tal vez haya que considerar volver al lógico trazado original.

En medio de esa historia nació y creció San Francisco, tanto en población como en adelantos urbanísticos imprescindibles. Tiene agua potable, dejó de usarse la vertiente vecina al camino que estaba en la parte baja del pueblo, era insuficiente; fue reemplazada por una vertiente de altura, con cañerías y cisternas. Ahora la red de agua cubre todo el pueblo. A fines del invierno y en primavera escasea un poco, es lógico, la vertiente languidece, no hay lluvias. Tiene luz eléctrica; en sus comienzos provenía de un pequeño motor que andaba por algunas horas y estaba a cargo de la Municipalidad. Ahora, la energía es brindada por una turbina hidráulica que aprovecha la primera vertiente, funciona las veinticuatro horas del día y depende de la Empresa Jujeña de Servicios Eléctricos Dispersos Sociedad Anónima (EJSEDSA), ahora hay alumbrado público, lo que cambió la vida y costumbres de los sanfrancisqueños.

La Comisión Municipal construyó su edificio, hostería, criadero de truchas. Los dos últimos funcionaban tercerizados; también se empezó una granja que debe terminarse. La actividad privada floreció a través de almacenes, quioscos, carnicerías, comedores, hospedajes. En forma paralela el transporte mejoró, hay líneas regulares de ómnibus, transportistas locales y teléfono público de Telecom. Se hicieron, a través de la iniciativa privada, dos grandes galpones para criar chinchillas en

la parte baja del pueblo y un camping para mochileros. Muchos emprendimientos son de lugareños que habían emigrado y regresaron del sur con ideas nuevas.

El Puesto de Salud, que en sus comienzos fue una humilde casilla de madera, ahora es una firme construcción de material, con atención médica semanal desde Valle Grande. Hace años que San Francisco cuenta con una escuela primaria, la N^{ro} 35, Dr. Héctor Quintana, que aspira tener EGB3 o una secundaria. También tiene una hermosa capilla, construida por el impulso evangelizador del padre Laudino Cano: «constructor de iglesias», y que está bajo la advocación de San Francisco de Asís; es atendida por los feligreses y la hermanas de la congregación de la Misión de Jesús Verbo y Víctima (MJVV). Ellas tienen el convento en Valle Grande y cumplen sus tareas recorriendo los poblados de la región.

Algunos habitantes de Libertador hemos descubierto este hermoso, fresco y cercano lugar, haciendo en él nuestras casas, por ahora de fin de semana, pero deseando que sean de uso permanente. En un relativo corto período de tiempo se hicieron muchas cosas, hubo gente con visión, interés. Entre ellos: Guillerma Zenteno y Hermes Demitrópulos, una nativa de la zona y un descendiente de griego y criolla que vivió con su esposa Yolanda muchos años en esas serranías. Ahora siguen en la tarea los nuevos comisionados y habitantes emprendedores. Se ha constituido en un «nuevo mundo» para todos; para los lugareños, por tener un centro urbano práctico, a orillas del camino carretero, próximo a sus tierras y, para los de la ciudad, por haber descubierto un lugar hermoso, nuevo, fresco. Está la propuesta para que el pueblo se llame: **«San Francisco del Nuevo Mundo», Valle Grande, Jujuy, Argentina.**



Pueblo de San Francisco del Nuevo Mundo: los galpones del criadero de chinchillas, el camping, el cementerio. Atrás, las barrancas del río Valle Grande. Foto de Andrés Shigihara.

La fuente de la juventud

Desde que comencé a frecuentar San Francisco, sentí hablar de las aguas termales del Jordán, que tienen propiedades curativas para los males de la vejez, es más, ¡pueden devolver la juventud! Pero me fue difícil llegar a ellas ¿Sería un lugar con piletones naturales magníficos o un tibio chorrito que se deslizaba por las piedras?

Tantos misterios y dificultades habían incrementado mi interés, más desde que un guía desistió llevarme a último momento, dejándome plantado. Pero un día pude visitarlas, me llevó Valentín que vive cerca de mi casa y conoce bien el lugar. Era invierno, la época ideal para visitarlas. Salimos un domingo temprano, para estar de regreso a medio día; fue una excursión de reconocimiento; estaba entusiasmado porque iría con mi nuevo compañero: «Paco», un perro coquer, muy juguetón, que es de Daniela, la novia de Luigi, el mayor de mis hijos. Hacía tiempo insistían que lo trajera, cosa que venía posponiendo hasta que nos conociéramos un poco más con el pichicho; la verdad que es dócil, despierto, buen compañero; hicimos buenas migas, nos entendimos bien en poco tiempo y desde esa vez, Paco se transformó, en acompañante oficial de los viajes a San Francisco. Por su aspecto, porte tan especial y sobretodo sus largas orejas y su carácter tranquilo, llama mucho la atención; es muy querido por los chicos del lugar.

El domingo busqué a Valentín, fuimos en mi camioneta, yo llevaba a Paco y él a sus perros. Sólo el ciudadano coquer aceptó ir en la caja del vehículo; los otros corrían felices a la par. Íbamos relativamente despacio, hubo que abrir un portón cerrado con candado; desde ya que era imprescindible Valentín –pensé– pues tiene las llaves. Descendimos por una huella maderera. Menos mal que íbamos en tiempo seco, cruzábamos barriales endurecidos, con profundas huellas de camiones y ganado. Eran «volcanes» solidificados con una peligrosa inclinación y lechos de arroyos secos. En permanente descenso llegamos a un descampado con apariencia de campamento maderero abandonado, allí dejamos la *F100*. Paco saltó entusiasmadísimo de la camioneta, al segundo se movía en el monte como Juan por su casa con los otros perros, cosa que me tranquilizó, no sabía cómo iba a reaccionar con congéneres desconocidos.

Caminamos en descenso por un monte enmarañado y seco. Íbamos por imperceptibles senderos, Valentín y los perros adelante. De a trechos se veían hileras de piedra bien rectas que afirmaban y sostenían el camino. Al ver mi curiosidad, Valentín comentó: –Es el antiguo camino de herradura a Alto Calilegua, ya verá que más adelante hay una divisoria, la que va a Valle Grande, por aquí se transitaba antes que se haga la ruta actual.

Tomamos hacia la izquierda, debíamos buscar el Jordán, descender por una barranca que por suerte no era vertical, de tierra floja, pero tenía arbustos donde podía agarrarme. Yo estaba calzado con botas y llevaba el bastón del cerro que mucho me ayudaba. Paco se desenvolvía con una asombrosa naturalidad ante ese

terreno extraño. El silencio era total, sólo quebrado por el ruido de nuestro desplazamiento, el canto de algún pájaro y su aleteo al huir. Comenzó a oírse el susurro del río Valle Grande, tan distinto a su rugir del verano. Valentín me preguntó –¿Qué huele doctor?– presté atención; era un olor feo. –¡Azufre!– le respondí, era el olor de las aguas termales. A través de la vegetación se veía el cauce del Jordán, una zanja en el cerro, profunda, como un callejón en la piedra; en un momento estuvimos en él. El lecho parecía de mosaicos graníticos tapizados por la hojarasca que lo hacía resbaladizo; no llevaba agua. Los bordes eran paredes de piedras, verticales. Encerrado en esa gigantesca grieta con curvas y contra curvas, me sentía como en un caracol, ni qué pensar lo que sería en verano, el formidable torrente desplazándose por esa infernal canaleta. Se veían los pedazos de un camión, eran los restos del vehículo de Vialidad Provincial que cayó hace unos dos años en la quebrada del puente del Jordán, kilómetros arriba; la corriente lo arrastró, desintegrándolo. Todo eso daba un aspecto demoledor al lugar, me sentía pequeño, un insecto dentro del sinfín de una picadora de carne.

Estaba nublado, la iluminación pareja del paisaje aliviaba los contrastes. El olor era más intenso y, en una curva, aparecieron las «huidizas» termas. En el propio lecho había un cristalino y calmo estanque de agua de color verde azulado, iridiscente, el fondo tenía figuras simétricas cristalinas, si parecía un arrecife de coral. La superficie, en la periferia, estaba cubierta de hojas flotantes de color morado como cristalizadas. El agua termal no salía de ninguna parte visible, pero estaba allí, en esa olla del río (foto 6, Pág. 114).

Embelesado miraba todo, cuando sentí un fuerte chapuzón en el agua que me sobresaltó; era Paco, que sin más ni más, siguiendo su innata costumbre de tirarse en cuanto charco o corriente de agua se le pone delante, se había arrojado al estanque. Daba gusto verlo nadar mientras tomaba algo de agua que estaba tibia y no muy salada; a los segundos salió, dándose una formidable sacudida que nos empapó, emprendiendo una veloz y feliz carrera a cualquier parte.

El agua brotaba silenciosa del piso del Jordán en esa hoyada, se escurría por su borde como en una bañera repleta, siguiendo por una canaleta de piedra a otra pileta, por ella los bañistas más corajudos suelen deslizarse como en tobogán, esa pileta es más grande, tiene divisiones. El fenómeno se repite, hay otras piletas, una debajo de la otra hasta que al final llega al río Valle Grande, mezclándose con él. Entonces comprendí el por qué desaparecen las aguas termales en verano; la formidable corriente estival del Jordán las tapa completamente, predomina la turbulencia de su cauce.

El lugar, su magnificencia y las comodidades para el baño, superaron mis fantasías. Valentín comentó que doña Adelaida, su madre, paisana de la zona, de 80 años, todas las semanas en esta época baja a bañarse y que, «gracias a eso», se mantiene con una vitalidad asombrosa, cumpliendo todas sus tareas del campo, que no son pocas, con agilidad. De allí lo de la fuente de la juventud, pensé. También me contó que trajo turistas, sobre todo extranjeros y quedaron maravillados

con el lugar; no es para menos, lo que más les gusta es bañarse cuando nieva.

Retornamos de esa rápida y hermosa visita por otro sendero, tan empinado como el de bajada pero mucho más firme que nace donde se juntan los ríos Jordán y Valle Grande. Volvimos a encontrar el camino de herradura al que seguía observando con mucha atención. Valentín, al ver mi interés dijo: –Veo que le gustan los restos que dejaron los antiguos, sígame y le mostraré algo–. Nos internamos un poco en el monte entre quebrachos y cebiles. Era una pequeña meseta de donde se podía ver, a través del follaje, la barranca del frente del río. En medio de la hojarasca que cubría el piso me mostró restos de paredes que formaban espacios rectangulares, circulares, bien prolijos, que apenas sobresalían del suelo, con piedras canteadas alrededor: –Este es un lugar donde vivieron los antiguos– dijo con respeto.

En el medio de esa meseta había un inmenso quebracho que, seguramente por sus años, había «visto» lo que ocurrió allí y seguimos caminando. Mil cosas pasaban por mi mente. Estaba contento, había sido una fructífera mañana de domingo: el antiguo camino de herradura, las aguas termales, las ruinas. Volví a la realidad por los fuertes ladridos de Paco, que corría incansable de aquí, para allá, muy entretenido en su «nuevo mundo».⁴

San Francisco del Nuevo Mundo, primavera de 2000.



Paco y Chico, amigos y compañeros de paseos por las yungas jujeñas. Foto del autor.

4 Al regreso, trepando con la camioneta la huella maderera, vimos venir a un paisano bien montado en su mula, con otra con carga a tiro y sus infaltables perros. Era Tito Flores, con sombrero aludo de monte, bien erguido en su cabalgadura. Me llamó la atención lo cargado que iba el animal que llevaba a tiro, se veía un hacha con el mango nuevecito; todo indicaba que estaba equipado para una larga excursión, muy distinta a la corta y cómoda que yo estaba realizando. Nos saludamos y seguimos viaje, cada cual para su lado. –Va a su puesto en Normenta a ver el ganado, estará allí mañana a la tarde– me dijo Valentín. –Es realmente un gaucho ese Tito– pensé –cruzarán parte de la cuenca del San Lorenzo por esa intrincada sucesión de cerros sin senderos, para ver sus animales, recorrerá estos lugares tal cual lo hicieron sus antepasados hace más de un siglo...–

Verano

Si tuviera que definir con una sola palabra el verano en las serranías de San Francisco, las yungas jujeñas, diría que es... ¡Verde! ¡sí! ¡todo es verde! (foto 7, Pág. 115) como en la poesía del poeta cubano Nicolás Guillén:

*Verde verde y verde negro,
la selva elástica y densa,
ondula, sueña, se pierde,
camina y piensa.*

Y más, ¡brillante todavía! Las persistentes lluvias estivales mantienen limpia la vegetación con sus tonos muy vívidos. Todo ese verde lujurioso, «la cara verde del mundo andino», se ve adornado por el rojo del camino pasando «La Mesada de las Colmenas», por el blanco granito de los murallones de «Mesilla», por el grana del «Abra Colorada» o de los derrumbes de «Abra Honda».

Pero lo que le da un toque sobrenatural, que realmente hace sentir estar en un Nuevo Mundo, son las nubes que juegan entre la vegetación, como si fueran cortinas o guardas de espuma y algodón. Ellas demarcan el verde haciéndolo aparecer o desaparecer, y... muchas veces... armar un bosque encantado en el que asoman robles, nogales, pinos, molulos, como si fueran fantasmas. Así son las yungas, ¡la selva con nubes!

Y, como si todo esto no alcanzara para hacer el lugar mágico, hay algo más..., pero que sólo aparece durante algunas horas o días, luego de las tormentas: ¡Los saltos de agua en las barrancas! ¡Sí!, se desprenden del Hermoso, de Mesilla, de los murallones frente a San Francisco, en Peña Alta. Algunos son hilos de plata adornados con espuma, caen en ondas, como en cámara lenta, pero a veces son torrentes marrones, burbujeantes, que rugen con fuerza, precipitándose de gran altura, rebotando en las rocas, cambiando de forma. El eco de su bramido se expande por las quebradas dando miedo, para calmarse después. Muchas veces parecen surgir de entre las nubes con un aspecto celestial, es cuando éstas cubren parcialmente los murallones.

Son así las serranías sanfrancisqueñas de las yungas, llenas de contrastes; generosas en espectáculos para quien decida visitarlas, gozarlas con la simple contemplación. También pueden ser peligrosas, causar serios contratiempos a los viajeros por los «volcanes», deslizamientos de barro y vegetación, que cubren el camino haciéndolo intransitable, éste puede ceder hundiéndose, todo ello requiere gran esfuerzo de máquinas y personas para restablecer el tránsito.

Andar en el verano por las yungas requiere cuidado, previsión, prudencia, experiencia y un vehículo apropiado.

Tormenta

Las serranías de Calilegua son un laboratorio atmosférico. Al final de la primavera comienza el calor con formación de nubes en sus laderas y las lluvias, que duran hasta el otoño. Al principio estos cambios son tímidos, espaciados; esperados con ansiedad por sus habitantes luego de la estación seca, invierno y primavera.

El cerro cambia en el estío, toma vida, se pone lindo, aparecen los aguaceros que a veces duran varios días, causan daños en las casas y al camino, por lo que son de respetar. Los paisanos tienen esto bien claro, durante su transcurso y a veces antes, por que los intuyen, se quedan quietos, a resguardo en lugares seguros. Estos cambios no aparecen de improviso, se van anunciando, están precedidas por días de intenso calor, un cielo límpido con nubes gigantes, como catedrales en expansión rondando por el horizonte, son las «cúmulus nimbus».

El ciclo es matemático: buen tiempo, calor, tormenta. Al comienzo, diciembre y enero, las lluvias son livianas, aisladas, estimulan a recorrer la zona. Las primeras son bienvenidas, reverdecen todo y no dañan el camino, pero a medida que avanza la estación son más intensas y de temer, cosa a veces ignorada por los forasteros, ocasionándoles serios contratiempos que los dejan sin deseos de regresar. Hay una creencia en el valle referida a esto: el cerro desconoce a los extraños, más si vienen solos, sin alguien de la zona; los lugareños tienen la certeza que desconfía de ellos, que se enoja desencadenando el mal tiempo.

Personalmente guardo un gran respeto por las serranías, por el clima que generan; trato de conocerlas y comprenderlas. Fuera de su inconmensurable belleza, son un altar de la naturaleza donde surge la vida. Un elevado porcentaje del agua para riego y consumo de la zona de Ledesma, proviene de sus laderas, tanto es así que la empresa homónima, decidió donar al estado decenas de miles de hectáreas para crear el Parque Nacional Calilegua, asegurándose un santuario ecológico donde tener una provisión segura de agua para el riego de sus plantaciones. Quiero y aspiro a que el Cerro me considere uno de los suyos. Soy conciente que debo cuidarme personalmente al recorrerlo, prestando atención a sus advertencias. Aunque a veces... es tal el deseo de ir o regresar de San Francisco del Nuevo Mundo, que las paso por alto y, la verdad, he tenido mucha suerte, nunca un inconveniente mayor.

Era una calurosa semana de enero, de esas que no se aguantan en Libertador. El miércoles a la noche había caído un formidable aguacero que seguramente ocasionó daños en el camino. Pero el sol con su buen tiempo volvió a salir en el eterno ciclo del verano, como si nada hubiera pasado. Ese viernes yo tenía una sola idea en mi mente: ir con Paco a San Francisco; no tenía conocimiento de los daños que realmente había causado la tormenta y, como a la mañana había visto enfilarse con normalidad el ómnibus de la empresa «23 de Agosto» hacia el camino a Valle Grande, pensé que todo andaba bien.

Cuando llegué al arroyo Agua Negra (entrada obligada al PN Calilegua) vi clausu-

rado el acceso al puente y habilitado el viejo camino por el lecho del río, pensé que lo estaban reforzando, haciéndole mantenimiento. Cerca del lecho había una formidable topadora y detrás... ¡el puente retorcido en el cauce! ¡No lo podía creer! Tenía un aspecto paradójico, inusual y absurdo, ¡él era para estar por encima del lecho!

La correntada había cavado el murallón-pilar que da al Parque. El Agua Negra cuando crece es de temer, tiene una furia incontenible; semejante empuje había arrastrado prácticamente el muro haciendo caer el puente «Bailey» que había sido colocado hacía apenas dos años, este «arroyo» es el contraste de los contrastes. Normalmente es un ingenuo hilo de agua cristalina que transcurre en un lecho que le queda grande, pero al crecer puede hacer lo que veía. No es para menos, es un verdadero canal de desagüe donde se drena el agua de una gran superficie de las serranías. Con las primeras lluvias no crece demasiado; como la vegetación y la tierra están resacas absorben el agua, pero las lluvias siguientes se escurren fácilmente haciéndolo crecer desmesuradamente.

Todo esto pensaba mientras cruzaba su lecho en el camino abierto por la topadora. Realmente sin el puente, las cosas cambiarán para los visitantes del Parque y los pobladores de Valle Grande, pensé. (Hoy el puente se ha restablecido y el paso volvió a ser seguro hasta que una fuerte tormenta en el futuro intente desprenderse del mismo nuevamente...)

Comencé el ascenso con la seguridad de que las cosas serían distintas en el camino luego de la tormenta y así fue: «volcanes», piedras y árboles sobre la ruta, acababan de ser removidos por las máquinas y los obreros. Llamaba la atención que la huella estuviera relativamente sana, el problema eran los costados, los derrumbes y los árboles caídos. Por la caída del puente se clausuró el camino, el tránsito se cortó por un día y, al salir el sol con la brisa del día siguiente se oreó, se afirmó bien, sin que sea arruinado por la circulación de vehículos cuando está el barro fresco. Esto está previsto, hay una ley que lo estipula claramente y está puesta en cartelones a la entrada del camino: «Prohibido transitar en días de lluvia o con la senda mojada», pero no se cumple, ni obligan a hacerlo. Todos estamos muy apurados, no se puede esperar ni unas horas y, así se arruina el difícil camino del cerro y más aún, si lo transitan vehículos pesados.

Luego del monolito situado en «Abra de Cañas», en la cresta de la serranía, no había derrumbes. Evidentemente la tormenta fuerte fue sobre la ladera este del cerro. Al llegar a San Francisco y charlar con los paisanos, tomé conciencia que era uno de los primeros vehículos que pasaba luego de la tormenta; acababan de abrir paso y yo, lo mas campante, circulaba como si tal cosa, sin haberme percatado de la real magnitud de los hechos. No era la primera vez que esto me ocurría, la verdad que me considero un tipo con suerte y al cerro, mi amigo.

El fin de semana fue magnífico, soleado, hasta algo caluroso en San Francisco. Unos días extraordinarios. Pero la cosa cambió el domingo a partir del mediodía, las nubes en el horizonte se hicieron inmensas, oscuras, agresivas; crecían verticalmente, se

desparramaban como yunques, veíase luz en su interior de cuando en cuando y comenzaron a sentirse amortiguados truenos, como los cañonazos de una lejana batalla. La radio se escuchaba con dificultad por las interferencias eléctricas y anunciaba tormentas en Salta y Jujuy. Tuve una mala espina, decidí adelantar en unas horas mi regreso. No vaya a ser que me agarrara la tormenta en el cerro; quedar varado, sería lo menos que me podría ocurrir, pensé. En un rato estuve listo para el regreso.

Esta vez estábamos solos con Paco; los humanos son demasiado temerosos y contagian miedo, así que pude alistarme tranquilo, sin pesimistas comentarios. En el momento de partir se notaban esporádicas ráfagas de viento que movían los árboles y tenían olor a lluvia. El cielo sobre «Sanfra» estaba límpido, de un azul intenso, pero había nubes amenazadoras, sobre todo al sudoeste, se movían a gran velocidad; escuchaba el eco de los cañones cada vez más cerca.

En el camino hasta el monolito no tuve contratiempos, hasta me llamó la atención ver dos modernas camionetas con despreocupados turistas haciendo un pic—nic allí. Parece que mis temores de una nueva tormenta fueron exagerados, pensé. Pero cuando pude ver el valle de Ledesma en toda su extensión cambié de opinión. Estaba cubierto como por un toldo de negros, retumbantes, fosforescentes nubarrones que avanzaban a toda velocidad. Por encima de ellos se apreciaba un cielo límpido, por debajo, apenas logré ver Libertador, los cañaverales; la oscuridad era manifiesta, se veían oscilantes e iluminadas cortinas de agua.

Estar en la cresta de la serranía brindaba la oportunidad de apreciar, por unos brevísimos momentos, lo que ocurría arriba y abajo de esas nubes borrascosas. Apenas tuve tiempo de pasar a Paco a la cabina cuando el frente de tormenta, como una gigantesca cuchilla horizontal llegó a la ladera del cerro donde estábamos. Un fuerte viento sacudió acompasadamente toda la vegetación que, al moverse, parecía un oleaje gigantesco, levantando un torbellino de hojas como la espuma de un mar embravecido. Espesas y oscuras nubes se metían entre la floresta, cubriéndola, parecía que una gigantesca puerta corrediza se cerraba.

La oscuridad nos cubrió en unos segundos, comenzando a caer torrentes de agua entre relámpagos y truenos. El movimiento acompasado de la vegetación y «la espuma», tenían un aspecto tétrico, me daban la sensación de estar en una pequeña embarcación con forma de camioneta, en medio de una tempestad. —¿Se acordará el Hermoso de mí, me habrá reconocido para protegerme?— pensaba. Estábamos en el frente de la tormenta; nunca me había tocado una situación tan difícil en el cerro.

Me encomendé a Dios y al Hermoso, encendí las luces, el desempañador, cerré todo lo que pude los vidrios e inicié un lento descenso en medio del «oleaje»; rezaba para que no cayeran árboles en el camino y menos encima de nosotros. La ruta era un verdadero río, las cunetas y alcantarillas no alcanzaban o no funcionaban. Por suerte la oscuridad no era total, se podía apreciar aceptablemente los contornos del camino. Transitaba por el medio de la ruta por temor a la debilidad de los bordes, caer al precipicio o incrustarme en la barranca. La lluvia, de una intensidad

inusual; la máxima velocidad del limpiaparabrisas daba una mediana visibilidad.

Paco estaba a mi lado en el asiento; apenas lo pasé a la cabina, captó que algo inusual estaba ocurriendo, sentado observaba con atención lo que sucedía en el exterior, también mis actitudes y movimientos. Normalmente es alegre, vivaracho, todo energía, cariño; pero ahora estaba serio, pensativo. Luego de «valorar» la situación me dirigió una mirada tranquila, como queriendo trasmitirme su confianza y muy sereno se fue al piso acurrucándose, haciéndose el dormido ¿Me estaba diciendo que maneje tranquilo, que confiaba en mí y prefería descansar para no importunarme? De rato en rato levantaba su cabeza para mirarme sosegado, dándome coraje. Estaba admirado por su conducta que mucho me ayudaba.

Pasamos «La Mesada de las Colmenas»; no había signos de vida en la casa del guardaparque. El arroyo Tres Cruces traía bastante agua pero pude pasarlo bien, es ancho y con un buen lecho. Ibamos en medio de la furia de la naturaleza que a decir verdad era benévola con nosotros permitiéndonos seguir y más, «gozar» del espectáculo de los relámpagos, de los árboles que se balanceaban como paredes, columnas, muros a punto de caerse, tal era el aspecto por las enredaderas que los cubrían. La lluvia por momentos era horizontal o ascendente como un torbellino por el viento; el agua se escurría cada vez más rápido por el camino, cubriéndolo y no se lo veía.

En una curva, por suerte bastante amplia y firme, alcancé a ver entre la cortina de agua dos tenues lucecitas de un auto pequeño. ¡Qué corajudo o irresponsable este remisero!, pensé, largarse con semejante tiempo, otro no podría ser. Detuve mi marcha para que pasara sin problemas; el conductor era un hombre joven, rubio, acompañado por otros chicos y chicas de su edad, estaban en shorts y remeras, bien de paseantes veraniegos. Tenían cara seria de asustados y me preguntaron: –¿Falta mucho para la Mesada?– Les contesté que un trecho, pero que allí no había nadie. –¿Qué nos aconseja?– preguntaron –¿Seguimos o volvemos? Estamos de paseo, pero el tiempo no nos gusta.– Está horrible y peligroso, den ya la vuelta, les contesté sin dudar y nos separamos, en un segundo no los vi más. Estos están buscando un accidente, pensé... ¡largarse con este tiempo! solos, sin conocer; es tal cual dicen los paisanos, el cerro los desconoció y se enojó. Si el camino normalmente es algo peligroso para los extraños, más con este tiempo y en un autito pequeño, ni qué hablar. Mientras seguía el lento descenso con mi fiel compañero «descansando», pensé que quizá hubiera tenido que esperarlos, pero me tranquilicé pensando que inmediatamente detrás de ellos vendrían los turistas con sus potentes camionetas.

El temporal iba menguando lentamente, pasaba por lugares conocidos. En El Mirador, estuve casi seguro que llegaría a Agua Negra. –Pero, ¿cómo estaría su cauce?, seguramente bien cargado y turbulento; enojado al máximo– pensé. Felicítala a la camioneta, la *Taruca III*, acariciando y palmeando el volante, el tablero, estaba portándose muy bien, andaba parejito, ni una tosecita siquiera, con muy buena reacción.

Llegamos a la casa del guardaparque, no había nadie; todavía llovía aunque sin viento. Al bajar los vidrios sentí clarito el rugido del Agua Negra y un fuerte olor a

barro, el acompasado retumbar de piedras grandes rodando por su cauce impulsados por la fuerte corriente. Seguí hasta el borde del embravecido arroyo, allí estaban Catalino y Jacinto, dos transportistas de San Francisco con sus camionetas y algunos pasajeros; del otro lado no había nadie.

El panorama era feo, el Agua Negra bramaba bote a bote, el pilar del puente había quedado en medio del oleaje, por suerte ya habían retirado el puente del lecho para que no se lo lleve, la fuerte correntada había cavado su cauce, las entradas del camino al río eran muros de casi un metro ¡Ni pensar en cruzarlo! Hay que esperar, dijo Catalino, si deja de llover el Agua Negra baja tan rápido como sube y veremos qué hacer!

No llegaba ningún otro vehículo, salvo los jóvenes en el pequeño auto, cosa que me tranquilizó. Paco corría de aquí para allá entre los charcos y la lluvia, estaba empapado pero a sus anchas, era la atracción de la gente por su gracioso aspecto y lo inquieto de sus actitudes. Ya era el Paco de siempre, había pasado el susto, se sentía seguro y contento. Decidimos poner los vehículos en el estacionamiento del Parque, alejado del cauce, por lo que pudiera suceder.

Eran las siete de la tarde, había buena luz, la lluvia cesaba, corría una suave brisa, se estaba aclarado el panorama. En ese momento, como en una caravana llegaron varios vehículos, había caído un árbol sobre el camino y entre todos apenas pudieron abrir paso.

La tormenta se alejó dando tranquilidad al ambiente, llegó el ómnibus, varios pasajeros fueron inmediatamente a ver cómo estaba el cauce del arroyo, los acompañé. Había bajado bastante y se lo veía más tranquilo; varios se dirigían Agua Negra abajo y pasaban al frente, allí el río se divide en varias ramas, haciendo menos peligroso el cruce. Calculé que los vehículos no podrían pasar esa noche y, que a buen paso, en una hora podría estar en Libertador, debía aprovechar la luz que quedaba; decidí cruzar con Paco llevando lo imprescindible. Volví al estacionamiento, cerré bien la F100, tomé unas manzanas, un poco de agua para el camino, la correa de Paco, linterna, conseguí un buen bastón y me dispuse a cruzar.

Por suerte, al momento de hacerlo, encontré a Raúl, un joven sanfrancisqueño que, gentil, ofreció ayudarme, lo que acepté al instante; él conocía el Agua Negra. La verdad que en la orilla del torrente tuve un poco de temor, el agua corría velozmente, era de color marrón, se la apreciaba espesa como un caldo, con fuerte olor a barro, pero con mi guía me sentía seguro. Al ser más plano el cauce se veían las piedras rodar. Paco, firme a mi lado, sujeto con la correa a su pechera, se lo veía tranquilo, confiado, dispuesto a acompañarme en la aventura. Yo estaba con pantalones cortos, calzaba unas sufridas sandalias de cuero, todo apto para meterme al agua.

En el propio borde, el joven que había agarrado mis cosas, yo tenía el bastón y a Paco, fue concreto al darme las instrucciones para cruzar: Doctor, si trastabilla suelte al perro, él saldrá mejor que usted. No se detenga en la corriente, camine permanentemente, use el bastón, de lo contrario se le hundirán los pies, la corriente cava donde uno pisa y se enterrará dificultándole más la marcha. No mire

la corriente, tome como referencia una roca, árbol, del otro lado y camine en esa dirección, siempre en el sentido de la corriente, no a través y menos, en contra.

Sin pensar dos veces me metí al agua, Paco entendió perfectamente la maniobra. Apenas pisé el fondo noté que los pies se hundían en la arena y un remolino de agua giraba en torno de ellos como un taladro, no dejé de caminar, el agua me llegó bastante más arriba de las rodillas, mirando siempre al frente seguí firme. Paco, valiente, nadaba a mi lado, ayudado por la correa; estoy seguro de que hubiera pasado solo, pero no quería exponerlo al peligro, él era un cachorro, su primer cruce por un torrente de verdad, antes sólo lo hizo en mansas acequias. Apenas asomaba la cabeza, las largas orejas flotaban, sus ojos marrones se veían algo asustados entre el oleaje, pero estábamos uno junto al otro, protegiéndonos mutuamente.

Sin darme cuenta, ya estábamos del otro lado en tierra firme. Paco me miró tranquilo y contento dándose una formidable sacudida que me empapó tanto como el cruce. Entonces me percaté de que mi guía iba descalzo con absoluta naturalidad por las piedras, hacer yo eso hubiera sido imposible. Este brazo es más profundo y bravo, me dijo refiriéndose al que venía, siga las instrucciones y tranquilo, que lo hizo bien.

Sin detenerme siquiera encaré el agua, Paco firme a mi lado, más todavía, algo adelante, abriendo camino. Me sentía seguro y hasta me pareció angosto, lo pasamos sin inconvenientes con el agua cerca de la entepierna. No había terminado de salir y solté a Paco que estaba muy contento con el remojón y empezó a correr de aquí para allá, previa sacudida que nos volvió a mojar. La correntada cubría y dejaba libre por momentos, unas piedras de la orilla, a ellas se puso a ladrar furiosamente, creía que se trataba de seres vivos; todos nos reímos. Acomodé algo la ropa, despedí a mi «samaritano» que volvió a cruzar para ver sus cosas y, con un circunstancial compañero que había cruzado antes, emprendimos el camino, algo mojados pero contentos de haber superado el obstáculo. Era nuestro primer cruce a pie del Agua Negra ahora sin puente, el verano recién comenzaba con sus imprevistas lluvias y seguramente no sería el último.

Rumbo a Libertador íbamos en fila india, esquivando charcos, a buen paso para no llegar muy tarde. Paco abría la marcha, luego el compañero, después yo. De repente, nos sorprendió el ruido de un vehículo que venía de Agua Negra. –¡Imposible! No había nadie de este lado, ¿cruzarlo? También imposible– pensé.

Al darnos vuelta, vimos en la penumbra los poderosos faros de una camioneta que se detuvo a nuestro lado. Era la *Toyota Hilux* de Tito Ontiveros, un «moderno» paisano de Valle Grande. Como el Agua Negra había bajado y él lo conoce de años, es su «amigo» y así también lo respeta cuando corresponde, decidió encararlo con su moderno vehículo 4x4 luego de arreglar algo los bordes y lo pasó nomás, ante el asombro de todos.

Gentil nos invitó a subir en la caja y así, montados en tan formidable vehículo llegamos a Libertador luego de sortear algunos badenes bastante crecidos, en la ruta de tierra, a los que Paco ladraba incansable. El Hermoso me había reconocido y protegido como a un amigo.

Tres Morros

Conocí Tres Morros acompañando a Lino Mendoza, iba a traer cueros y lana de ovejas. Yo estaba muy entusiasmado por el paseo. Ese día amaneció despejado, con pocas nubes, pero me llamó la atención un viento cálido del norte que empezó a soplar a las ocho de la mañana; al momento llegó Lino con mi cabalgadura para ensillarla, era el caballo de su madre; el manso y guapo «Alazán»; daba gusto andar en él, tranquilo, dócil, fuerte.

Estábamos a comienzos de junio, sin frío, el bosque estaba verde pero con algunos tintes amarillos. Las cabalgaduras, a pesar de la subida y el peso, avanzaban a buen paso, eran baqueanos para el cerro. Lino iba en el «Tordillo», flete elegante, de buena alzada; era de Natalio, su padre, que lo usaba para desfilar; llevaba a tiro un caballo oscuro de magnífica estampa, musculoso, nervioso, lo estaba domando; lo compraron en Caimancito, pero era del Chaco Salteño, de allí su nombre: «Chaqueño». En él bajaría montado, quería acostumbrarlo al cerro, sus senderos, iría sin peso para aclimatarlo, para que conozca la montaña.

Con el trepar, San Francisco empezó a achicarse y se perdió de vista; nos pusimos a nivel de Santa Bárbara y más, se apreciaba San Lucas: sus corrales, la iglesia. Pasando «Pino Hachado» el monte cerrado comenzó a desaparecer; entrábamos en los pastizales de altura; la «queñua», ese curioso árbol rojo y rugoso, empezó a mostrarse en las quebradas. Hacia el sudoeste se veía otro valle con manchas verde claras y un río. Lino me dijo que era Normenta y las nacientes del río Ledesma. Más atrás aparecieron otras serranías y, en el fondo, ya contra el cielo, montañas peladas, altas, con nieve, se distinguían dos picos en diente de sierra, uno mayor que el otro: ¡eran el Chañi!, el grande y el chico.

Llegamos a Duraznillo, continuamos el camino dejándolo a la derecha, tampoco seguimos el sendero a Alto Calilegua, sino uno intermedio que iba a Tres Morros. –En una hora estamos– comentó Lino. Por una ilusión óptica parecía que estaba más cerca, ahí nomás, detrás de una lomita, pero no era así, había que cruzar una profunda quebrada por donde transcurría un cauce de agua en verano, que ahora estaba seco. El lugar, espectacular; un hondo corredor de paredes verticales de piedra con vegetación colgante, hacía mil y un vericuetos en su avance, parecía un caracol; la pared del frente más alta e imponente, su profundidad de unos cien metros tenía vegetación. Árboles, pastos, un microclima que usaban los pobladores en el invierno cuando los peladares estaban secos.

El sendero para bajar y subir a ese lugar era angosto; una real escalera de piedra con peldaños irregulares donde los caballos hacían maravillas de equilibrio y esfuerzo; bien empinada en zigzag (foto 9, Pág. 116). Era admirable el coraje, fortaleza y seguridad de los equinos, aunque a veces trastabillaban, haciendo bochinche y sacando chispas de las herraduras. Asustaban las cabriolas que hacían para afirmarse en el irregular sendero; yo tenía total confianza en «Alazán»; de él dependía

seguir con mis huesos sanos, con razón tienen que estar bien herrados, pensé. Después me aclararon que no cualquier caballo hace el trayecto, deben ser de la zona, entrenados previamente sin carga y a tiro, como hacían con el «Chaqueño».

Superado el imponente obstáculo entramos de vuelta en las lomadas. Los pastizales se veían secos, pero las ovejas obtenían alimento en su incansable rumiar. En una ladera había una majada, en una meseta construcciones de piedra (foto 8, Pág. 115). Dos habitaciones frente a frente, de techo de paja a dos aguas, rodeadas por una pirca con otra habitación más alejada; todo estaba mimetizado con el paisaje amarillo terroso, para distinguirlas había que prestar atención. Dimos un rodeo para llegar, cruzamos una tranquera, pasamos al costado de la majada; una oveja negra acababa de dar a luz a un corderito del mismo color, intentaba hacerlo parar con su hocico para que camine, éste daba algunos pasos torpes y volvía a caer. Al vernos, lejos de dejarlo nos enfrentó protegiéndolo; nosotros seguimos, en la casa daríamos la novedad del recién nacido. Desde allí se apreciaba en el filo del cerro los tres morros que daban el nombre al lugar, dos estaban juntos y eran nítidos, el tercero hacia la derecha, apenas se esbozaba.

Nos recibió Nolberto Leaños al que, por su pulóver verde, lo veníamos distinguiendo desde hacía rato, era amigo de Lino, hijo de la dueña de casa, vivía en Libertador. Desensillamos, dejamos en libertad a los animales. En la altura se notaba más el viento, era cálido, había que fijar todo para que no se volara; los paisanos presagiaron un cambio de tiempo, iba a llegar el frío, cosa que ocurrió los días siguientes.

En el lugar vivían dos señoras, una con unos kilos de más, la dueña de casa, Doña Florencia Ontiveros; la otra era Baldomera, su hermana, algo menor, tenía su puesto cerca; se acompañaban, las ovejas pastaban juntas. Nolberto había venido anteayer y se volvía con nosotros: ¡Las dos mujeres mayores, vivían solas en esa inmensidad! Al mediodía, pusieron una mesa en el patio al resguardo del viento y nos ofrecieron asado, papa del cerro, ocas; nosotros aportamos nuestras vituallas haciendo un almuerzo común. Las señoras comieron aparte, en la cocina, el asado estaba tierno, las papas y las ocas, riquísimas; estas últimas blancas y dulces. Nolberto nos contó que la carne era de una vaca que habían carneado el día anterior sin pensarlo; la estaban llevando a San Francisco y de tan manera y arisca se desbarrancó, tuvieron que sacrificarla y carnearla en el camino.

El lugar austero, como todas las viviendas del cerro, el único signo de modernidad era una pantalla fotovoltaica que proveía de energía a las baterías que daban luz. Están en todos los puestos de cerro, las instaló EISED SA, a un mínimo costo. La cocina, una habitación pequeña, con su fuego en un hueco del piso; ollas y parrilla al ras del suelo, el ambiente con mucho humo que apenas salía por las hendiduras de la puerta, las paredes; todo estaba tiznado. Los asientos eran piedras con jergones; en un deteriorado estante estaban los implementos de cocina, había una pila de leña en un rincón, ganchos colgaban del techo con variadas cosas, el agua en bido-

nes de plástico semiabiertos en el piso, todo precario, peligroso para la salud.

En el patio contra la pared, protegidos por el alero había más leña, bien acomodada, también un antiquísimo arado de madera que tiraba un buey. Tenían una huerta cerca de la casa; la trabajaban al fines de la primavera, comienzos del verano, sembraban maíz, papa, zapallo, cayote, verduras, que se daban magníficas, con buen sol, agua abundante, en una tierra de primera. En la otra habitación, debajo del alero, se veía colgadas mazorcas cortas de maíz morado, de granos ya secos con sus chalas abiertas. Era un depósito y dormitorio de la dueña de casa; allí entró a sacar vellones de lana, cueros de oveja, secos, sin lavar. Lino eligió los mejores; los quería para hacerle aperos nuevos a su montura y estrenarlos el 17 de agosto en el desfile de Libertador. También separó algunos vellones que serían para el telar comunitario de San Francisco que el municipio había puesto en marcha para el plan de Jefas y Jefes de Hogar (foto 10, Pág. 117). Luego fueron a la habitación más alejada; frente a ella, en el piso, secándose al sol, había más vellones y cueros; se eligieron los mejores para completar la carga. Los vellones fueron acomodados en bolsas de arpillera, cuatro por cada una, eran de buen tamaño pero livianos. Mientras los preparaban, aprovechando que estaba la dueña de casa, entré en la habitación. Quedé admirado con lo que vi: era un dormitorio–depósito–despensa. Al igual que el resto de las construcciones estaba toda hecha de piedras ligadas con barro, con una sola abertura, la puerta de entrada; aquí el techo era de chapas; las camas estaban estaqueadas al piso, cubiertas con gruesas y multicolores mantas de lana de oveja, tejidas por las señoras.

Debajo de las camas, desparramadas en el piso se apreciaban papas de varias clases, oca, cayotes, zapallos pequeños. En fardos de chala de choclo y tientos, había maíces de distinto tamaño y color. Contra la pared, leña prolijamente acomodada. Del techo colgaban unas plataformas de varillas que tenían abundante charqui; de cordero y vaca; manojos de hierbas secas: «arca», «salvia», «muñamuña», yuyos del cerro que usan para hacer infusiones alimentarias o medicinales. Se veían viejas máquinas de moler maíz, picar carne, coser a manija y otras cosas que no alcanzaba a identificar bien.

Estaba asombrado por las provisiones que tenían; productos del lugar, de su trabajo, de máquinas simples, pero de gran utilidad para sobrevivir en el crudo invierno que se avecinaba en esas soledades. Doña Florencia al ver mi atención e interés por sus productos, me obsequió charqui, papa, oca, que acepté gustoso y agradecido. Ahí le pregunté cómo hacen con las ovejas durante las nevadas. Me contó que las protegen en una cueva gigantesca que hay cerca, que ellas se van a vivir allí para cuidarlas de los pumas y, como el mal tiempo, en general nunca dura más de tres días, se quedan todos juntitos y, cuando despeja, salen nuevamente al campo; que también en julio y agosto, las llevan a pastar a «Yaretayo» un lugar con pastos residuales y agua, entre el Amarillo y el Hermoso, a más de 3.000 metros de altura, allí no nieva, eso es después de la marcada, el 24 de junio, día de San

Juan, su patrono.

Toda esa épica hazaña de mujeres mayores y animales me lo contó con naturalidad. En el cuidado del ganado, de la casa y como compañía, hay un gran personaje: el perro. Había varios; flacos, pequeños, de raza indefinida, pero de una utilidad y fidelidad increíble. Llevan y traen las ovejas a pastar de mañana y tarde, las cuidan de noche durmiendo entre ellas. También ayudan a trajinar el ganado vacuno de los valles a los pastizales y viceversa en diciembre y abril; si una vaca se pierde son imprescindibles para encontrarla, ni hablar de la ayuda que prestan en las cacerías de chanchos, venados o el peligroso tigre. Los perros, como el caballo criollo, son inteligentes, valientes, fieles, sufridos, dan la vida por su amo y su propiedad. Mejores que un cristiano!, me afirmó un paisano.

Cuando salí al patio, Lino y Nolberto estaban preparando los animales para el regreso, las cargas vendrían en el «Tordillo» que era manso, conocía el camino, no causaría problemas en el irregular sendero. Lino iría en el «Chaqueño», tenía que hacerlo cerruno; lo ensilló con calma, despacio; para montar lo puso entre los otros caballos, le vendó los ojos y le maniató las patas delanteras. Todos estábamos atentos, pero se dejó subir sin problemas, estaba nervioso pero obediente. Yo, en el fiel «Alazán». Nolberto vendría caminando, su habitual manera de desplazarse en el cerro. Nos despedimos de las señoras que ahora quedaban nuevamente solas en esas alturas, protegidas por los perros, Dios y la Pachamama.

El regreso fue sin problemas, los caballos, «de diez»; el «Chaqueño», una sedita. Vine pensando en esa precaria economía de autosuficiencia, allí en las alturas. Lo que parecía un lugar inhóspito daba generosos frutos que debían aprovecharse mejor; tenían usos y costumbres del altiplano de hace más de un siglo; era innegable que estábamos en lo que fue el imperio Inca, en el sudeste del Collasuyo, en una isla altiplánica de las Yungas, en los límites con el Chaco.

«Mesillas»

Los acantilados de las serranías de Calilegua son magníficos, llaman la atención del viajero que trascurre por la ruta 34 en el oriente jujeño, se los aprecia muy bien desde Fraile Pintado a Caimancito. Un verdadero espectáculo; son atractivos, de allí su nombre: «Cerro Hermoso»; notable fue la sensibilidad, el realismo de los lugareños para ponerle ese delicado y romántico nombre.

Su formación geológica se debe al plegamiento que dio origen a la cordillera de los Andes, éste causó un cimbronazo periférico formidable al avanzar sobre la llanura chaqueña, creando elevaciones de unos 3.000 metros de altura situadas en zonas aledañas del Trópico de Capricornio, originando un sistema productor de lluvias que, junto al deshielo de cumbres más altas, dieron la cuenca del río Bermejo y esta verde región, «las Yungas», del noroeste argentino. El plegamiento ocurrió de oeste a este, quedando, en lugares de mayor resistencia geológica, los acantilados que despiertan tanta curiosidad y admiración.

Estos gigantescos muros están distribuidos desordenadamente en la cara este de la serranía de Calilegua, que corre de norte a sur. Es lo que primero iluminan los rayos solares en el amanecer. Fue el límite oriental del Collasuyo; los Incas tenían en su cima temples para adorar al Sol apenas comenzaba a iluminar sus dominios. Ceremonia especial era la del solsticio de invierno, el 21 de junio, el Año Nuevo Inca, el «Inti Raymi» –*inti*: sol, *raymi*: fiesta–, cuando el astro rey en su eterno ciclo de vida, renace iluminando más horas el hemisferio sur, y sale anaranjado e inmenso, de la llanura chaqueña; una fantástica visión verlo nacer en el horizonte. Se aprecian todavía restos de esos temples en las cumbres del Amarillo, del Hermoso, que fueron destruidos irresponsablemente por los que colocaron las antenas de radio y por algunos «visitantes».

Viajando por la ruta 83 a Valle Grande, antes de la quebrada del río Jordán se ven unos imponentes murallones que los lugareños designan con el humilde nombre de «Mesillas», por lo chato de su cima. La visión que uno tiene de ellos desde el camino carretero es imponente. Están allí, al frente, sobre nuestras cabezas, barrancos de 500 y más metros, tachonados de vegetación que cambian de color y aspecto según la hora del día o la época del año; en verano se ven adornados con saltos de agua, muchas veces cubiertos por nubes, apareciendo, desapareciendo, como si fueran una visión (foto 11, Pág. 117).

Deseaba conocer «Mesillas», por suerte pude hacerlo guiado por Lino Mendoza que ya me había acompañado en paseos anteriores. Iríamos con un «nuevo amigo», el «Chico», un joven bóxer que me regalara un vecino de Libertador, estaba a prueba, quería ver como se adaptaba al ambiente del cerro, cosa que hizo muy bien.

El camino y los paisajes, por más que los haya apreciado en otros viajes volvían a ser novedosos; teníamos que pasar por Tres Morros para asomarnos al balcón. «Mesillas» no es un lugar parejo, son ondulaciones cubiertas de pastizales, verda-

deros vergeles en verano (foto 12, Pág. 118). El terreno está cruzado desordenadamente por profundas y serpenteantes gargantas de paredes de piedra por donde se escurren hacia el Jordán las aguas de las intensas lluvias, estos accidentes aparecen de imprevisto, lo que hace difícil avanzar a campo traviesa; lugares que parecen estar a un tiro de piedra, son imposibles de llegar por encontrarse uno con estos obstáculos inesperadamente, los que obligan a dar grandes rodeos.

Era invierno, los pastos secos, al ras del suelo, muy pocos ojos de agua; las ovejas llevadas a otros lugares y los puestos, cerrados. El cerro es inhóspito en esa época del año, sólo vimos una tropilla de caballos que se desplazaba por momentos al galope, desapareciendo tras una lomada, apareciendo más allá, tenían un cabal conocimiento de aguadas, pastizales residuales y, gracias a su rápida movilidad se movían adecuadamente en busca de alimento y refugio; parecían potros salvajes.

Pasamos junto al puesto de Florencia, rodeamos el cerro Tres Morros, elegimos ese camino pensando que llegaríamos sin problemas al borde de un acantilado que creíamos «ahicito nomás». No se apreciaban obstáculos, pero al avanzar, vimos que eso era una ilusión, apareció una profunda hendidura imposible de sortear y tuvimos que dar un rodeo hasta el puesto de Baldomera, también cerrado.

Por el nuevo sendero tuvimos más suerte. Con emoción fui acercándome a un lugar donde no se veía nada delante, sólo un hermoso cielo azul y una fila de piedras, restos de una pirca, era como una barrera de seguridad a unos tres metros del borde. Cuando llegué a él, mis ojos no podían creer lo que veían, acostumbrados a la planicie ondulante, amarilla, a cerros y quebradas con límites. Un inmenso valle se extendía de norte a sur con múltiples tonos de verde y, vecina al barranco una vegetación exuberante; era la selva incontenible, que trepaba hasta su borde mismo. Había murallones verdes por doquier que parecían ondular como una gigantesca bandera, caían por cientos de metros para luego inclinarse hacia un desagadero gigante que la bruma y el polvo, hacían difuso y, suavemente, iba a terminar en el valle de Ledesma que se apreciaba al fondo; este tenía un tenue color azul, como un cristal esmerilado. Recordé que la historiadora ledesmensense Olga Demitrópulos me comentó que Don Martín Ledesma Valderrama, el primer español que exploró oficialmente y documentó la zona en el año de 1624, llamó a la región «los campos azules» y realmente eran así.

El silencio era total, absoluto, tanta magnificencia sin ningún sonido era extraña, parecía una película muda, la imaginación debía poner la música adecuada. Entonces, Lino gritó su nombre en el borde del abismo; este se repitió largo rato por el eco, lo escuché hasta unas ocho veces, cada vez más tenue, cambiando de tono, alejándose con una llamativa separación, ¡qué magnífico fenómeno!, desde ya que exclamé el mío, repitiéndose el fenómeno, juaan, juaaaannnnn...

Me llamó la atención una piedra inmensa, parecía un monumento, estaba donde terminaba la vertical del barranco, seguro que era un desprendimiento del mismo, me puse a buscar otras cuando vi algo que no comprendí de entrada. Una

roca suspendida en la vegetación, ¡imposible!; a su lado una larga sombra que se extendía sobre el verde: ¡la piedra era un gigantesco obelisco que nacía en las profundidades!, en una cañada que apenas se apreciaba, calculamos que la estructura vertical tendría unos quinientos metros.

Las sorpresas no terminaban, hacia la izquierda, al fondo del abismo, en la sombra; donde se unían barrancos de distinta orientación, se veía pequeña por la distancia, un ave que volaba en círculos, de alas negras y lomo blanco, ¡se desplazaba inmóvil!, venía ascendiendo, haciéndose más nítida su imagen, era llamativa la prolongada parálisis de sus alas extendidas; estaba utilizando una corriente de aire cálida ascendente, subía majestuosa en medio del silencio, superó los límites del acantilado y siguió más allá, perdiéndose en una nube. Nunca vi que moviera sus alas; largos minutos estuve observándola, era un cóndor, el rey de las alturas, al que seguramente le llamó la atención nuestra presencia.



Amanecer desde la cima del Hermoso, una apacheta se recorta en el horizonte. Foto del autor.

Los personajes

«Lurito Calileguensis» *Amazona tucumana*

Guillermo Lingua, fue el primer guardaparque del Parque Nacional Calilegua, creado en el año 1978. Era una joven delgado, no muy alto, de cabello y bigotes castaños, mirada franca, tranquila, atenta, casi infantil. Vivía sumergido en la naturaleza, enamorado de su trabajo, siempre dispuesto a orientar, asesorar al viajero, al turista, ayudar a los paisanos. Estuvo en otros lugares antes, pero de paso, este era su primer destino fijo. Calilegua era «su Parque», a más, lo estrenaba. La casa donde viviría nueva, colgada del cerro, en «La Mesada de las Colmenas», a diez kilómetros de «Aguas Negras», la entrada del Parque y a medio camino de «Abra de Cañas», la cima de la serranía, el límite oeste de la reserva. La vivienda, moderna, espaciosa; como era un gran lector, tenía una amplia y surtida biblioteca.

Su ayudante y baqueano era Alejandro Zalazar, «Alejo», un mozo de la zona, nacido en Valle Grande, que vivía con su familia en San Francisco. Fuerte, gentil, despierto, competente en el trabajo y desde ya gran conocedor del cerro, el Parque es la palma de su mano. Guillermo estaba satisfecho y orgulloso de él, lo modeló en su espíritu de servicio y amor a la naturaleza, era su brazo derecho y hombre de confianza.

Parque Nacionales, dependía en ese entonces, del Ministerio de Agricultura y Ganadería, institución con una formidable burocracia. Dos años llevaba Zalazar como provisorio sin lograr el nombramiento que lo efectivizara. Los múltiples requisitos y papeles fueron cumplimentados, llenados puntillosamente y enviados a Salta donde estaba la oficina cabecera del noroeste. Zalazar tenía todas las condiciones para el cargo, que por otra parte, figuraba en el presupuesto desde la creación del Parque; tenía muchas esperanzas en conseguir este trabajo fijo que le gustaba mucho, además, iba a permanecer en su medio, cerca de los suyos, lo trataban bien; ni comparación a ser zafrero en la caña de azúcar o ir al sur en busca de trabajo.

Fue una suerte que, mientras trabajaba en la construcción de la casa en la Mesada, la gente de Parques se fijara en ese joven responsable, inteligente, honesto, conocedor de la zona, baqueano en el monte y le propusieran el cargo, cosa que aceptó al instante. En el cerro no se consigue trabajo estable fácilmente, sentía que tocaba el cielo con las manos (y era verdad).

Pasaron los meses, dos años y cada viaje de Guillermo a Salta era para ocuparse

de su baqueano; siempre había algo que actualizar o que se había traspapelado, era de no terminar! ya no sabía qué decirle a Alejo! Este, resignado, pero sin perder las esperanzas, esperaba. Hasta paltas, de los puestos evacuados al crearse el parque, naranjas de Calilegua, llegaron a las oficinas de Salta para estimular el expediente, pero nada, estaba en una vía muerta. Ya comenzaba el tercer año de espera: que falta esto, o aquello; insistir, era rutina en los viajes de Lingua a Salta.

Zalazar, en unos de sus recorridos por el cerro, en un puesto abandonado, había encontrado un hermoso y colorido loro parlanchín que no había acompañado a los amos en sus nuevos rumbos: asentarse fuera del parque. Pero el perico se fue con él y le decía «lurito», era la mascota en la casa del guardaparque.

Una vez, Alejandro estaba de franco y Guillermo, de imprevisto tuvo que viajar a Salta ¿Qué hacer con el «lurito», dejarlo solo? ¡Imposible! *Ma' sí*, lo llevo conmigo, le compraré una jaula en Salta, se planteó Guillermo. El perico era dócil, muy amigo del guardaparque, no se bajaba de su hombro. Con él se presentó en las oficinas de Parques, causando gran alboroto y alegría. Luego de resolver lo urgente de su viaje, fue a ver los papeles de Zalazar y, como siempre, algo faltaba; un firma en este caso. Pero he aquí, que el empleado del trámite, quedó prendado con el loro y este le hizo buenas migas. Imposible dárselo!, pensó Guillermo, era de Alejo. Pero la insistencia y deseos fueron muchos. Si todos los estímulos anteriores fallaron, este lurito calileguensis, no tendrá más influencia que yo?, se planteó el guardaparque. Y, dándole mil y una recomendación sobre el cuidado del perico y del expediente, se lo dejó.

Lingua fue la siguiente semana al correo a retirar correspondencia y encontró, entre ellas, una carta oficial, certificada: ¡contenía el tan ansiado nombramiento! Al regresar, contento a «La mesada de las colmenas», para darle la buenanueva a Zalazar, le pareció ver y oír más loros que nunca sobre el Calilegua.⁵

5 Este «lurito calileguensis» era un «loro alisero», cuyo pomposo nombre científico es «Amazona tucumana», es el ave emblemática de las Yungas, vive exclusivamente en las selvas de montaña del noroeste de Argentina y sur de Bolivia y en ningún otro lugar del planeta. Durante el otoño–invierno, se desplaza en grandes bandadas, a sitios de la selva de menor altura, allí encuentra alimento. En primavera–verano nidifica en huecos de grandes árboles en la zona boscosa como pinos del cerro, nogales, cedros, alisos, de allí su nombre común, estos se encuentran en las partes altas de las serranías 1.700–2.200 metros de altura. El «loro alisero» está amenazado de extinción, junto con las otras especies de loros del mundo. Esto se debe a la destrucción de su hábitat, a la captura para ser vendidos como mascotas y, por ser perseguidos por considerárselos perjudiciales para los cultivos (foto 13, Pág. 118).

Maestros rurales

Hace años, en una de mis primeras visitas a Valle Grande, iba en mi fiel *Citroën* acompañado por Antonio, médico porteño amante de Jujuy. Estábamos admirados por el camino, de la cortesía de la gente, nos cruzábamos con arrieros que nos saludaban atentamente. Al llegar al Jordán, curso de agua con nombre bíblico, que corre por una profunda garganta de piedra, nos detuvimos a beber agua y paisaje (foto 14, Pág. 119). Hablábamos de este mundo aparte, cuando vimos venir un joven a caballo con una mula de carga a tiro. Por su vestimenta no era paisano, nos saludó, lo saludamos, él detuvo los animales... eso y empezar a charlar fue una sola cosa. Nos dijo que era maestro, iba a «su escuelita» de Alto Calilegua, llevaba material que había recibido del Consejo General de Educación, le comentamos que éramos médicos que nos gustaba la zona y su gente. Era oriundo de San Salvador de Jujuy, llevaba ocho años de maestro rural, en ese entonces tendría veintisiete años.

Estaba indignado por lo fuera de lugar de las lecturas, hechos, experiencias, ejemplos que contenían los libros que le dieron en el Consejo, destinados para Alto Calilegua. Libros diseñados para niños de ciudad, sobre todo de Buenos Aires; «nuestra realidad aquí es distinta», insistía molesto. Nos contó que en esta época del año, coincidían las clases y la zafra, el pueblo quedaba reducido prácticamente a niños y a viejos; con ellos compartía su diario vivir. Los brazos jóvenes bajaban a la cosecha de caña de azúcar.

Hablamos de los problemas sanitarios de la región, la falta de atención médica periódica y coordinada, la necesidad de estimular huertas, granjas familiares y comunitarias como medio de tener una alimentación adecuada. Comentamos de impulsar una explotación forestal, agrícola y ganadera racional, con los recursos válidos de la región, para evitar su paulatino empobrecimiento y abandono. Realmente éramos un grupo pintoresco a la vera del camino, tres hombres jóvenes, en ese entonces, queriendo arreglar y hacer progresar a Valle Grande; planteando y dando solución a sus problemas.

El tiempo transcurría sin sentirse, entonces el maestro nos dijo: Bueno, debo seguir viaje si quiero llegar con luz al Alto, me esperan seis horas de buen paso; nos despedimos con un fuerte apretón de manos.

El maestro ya estaba a buena distancia, a punto de entrar al sendero para tomar de lleno la cuesta del cerro por Despensa, cuando recordé no haberle preguntado su nombre y le grité: Su nombre maestro!... detuvo el caballo y dándose vuelta contestó: ¡¡¡Sarmiento doctor!!! al decir esto nos saludó con la mano y se perdió en el monte. Nos miramos con mi amigo, sin saber si lo que vivimos, fue verdad o una aparición.

Años después, charlando en San Francisco con el maestro Matorras sobre este encuentro, me dijo que era Pedro Luis Sarmiento y que ahora estaba de maestro en Cerro Negro, para el lado del Chañi.

El «coya» Arjona

En 1973 oí hablar, luego conocí y traté a un personaje vallegrandino que fue pionero del transporte automotor en la zona, me refiero a don Dionisio Arjona, más conocido como el «coya» Arjona, en referencia a su origen boliviano, de Potosí. Este individuo es realmente único y por varias razones; sobre todo por su tozudez en lo que se propone; es comerciante y transportista.

Circular ahora por los caminos de Valle Grande es un paseo de niños, salvo en el verano del 2006, comparado con lo que fue hace años, época en que el «coya» Arjona era el único transportista regular; el «rey de la ruta 83», en su épica camioneta *Dodge*, que todavía sigue en pie, y que arreglaba personalmente, ya sea en plena ruta o en la puerta de su casa en Valle Grande o en Libertador. El «coya» es un hombre curioso, práctico, la mecánica parece no tener secretos para él; parcha una rueda, como desarma, arregla y arma una caja de cambios o el diferencial. (foto Pág. 47).

Tiene un carácter concreto, expeditivo, casi violento a veces, cosa que contrasta con la lentitud y parsimonia de los vallistos. Esa manera de ser, seguramente no convence a varios, pero lo hace práctico en situaciones de peligro, de dificultades, para encontrar una salida. He vivido personalmente alguna de ellas viéndole salir airoso; relataré dos.

Un fin de semana, estaba construyendo «Aurora», mi casa; viajé a San Francisco en compañía de Roque el imprentero, en ese entonces teníamos motocicletas; él, una *Honda Translap*; yo, una *Yamaha Seraw*. Para Roque era toda una aventura ascender el cerro con una moto tan poderosa pero diseñada para ruta. El viaje se hizo sin contratiempos hasta la Mesada de las Colmenas, donde está ubicada la casa del guardaparque, un hermoso lugar, con una vista espectacular al cerro, al valle y Libertador.

La vivienda prefabricada, moderna, con luz y agua corriente. En ella, desde Guillermo Lingua, el primer guardaparque, pasaron varios, todos jóvenes; algunos casados con hijos chicos; otros, solteros, varones o mujeres; actualmente no tiene residentes. Un kilómetro arriba, está el campamento de Vialidad Provincial, su casilla metálica en hemisilindro, parece un nido de pájaros gigantes asentado en una estrecha saliente del cerro. Seguimos avanzando en ese espléndido medio día del sábado y, unos metros más adelante, vi bajar por el camino a un hombre corriendo, apenas nos vio agitó insistentemente sus brazos pidiendo nos detengamos para decirnos: ¡¡¡Ha ocurrido un accidente más adelante!!! vayan a auxiliar por favor, yo voy a buscar agua. Asombrados y sin imaginar qué había ocurrido seguimos avanzando despacio, con atención. Fuera del ruido de las motos, el silencio era total, no veíamos nada en el camino.

¿Qué puede haber ocurrido si aquí no hay nadie?, pensé. Fue entonces, cuando al final de una recta en subida, que termina con una curva de casi 360° para seguir ascendiendo en zigzag, vi a un hombre joven que se agarraba la cabeza con las manos mientras daba vuelta alrededor de otro que estaba en el piso inmóvil, de costado, como muerto y, más arriba a la orilla del camino un viejo camioncito cargado de ripio. Al vernos el muchacho se acercó gritando: ayúdenlo, ayúdenlo, el camión le pasó por

encima, y se agarraba la cabeza. Estacionamos las motos, nos sacamos los cascos y guantes rápidamente, acercándonos al hombrecito que estaba inmóvil en el suelo. No sabía en ese momento si estaba vivo o muerto, ya más cerca aprecié que apenas respiraba, y muy pálido. Era un hombre de la zona, delgado, de mediana estatura, no había sangre ni señales de desgarro en las ropas, al sentir mis pasos, al agacharme para tomarle el pulso, entreabrió sus ojos, me miró diciéndome con un hilo de voz: –Ayúdeme amigo, la rueda me pasó por el bajovientre–. No podía imaginarme todavía qué había pasado, pero me di cuenta de que el hombre estaba muy delicado, a punto de desfallecer por un traumatismo interno. Lo revisé procurando no moverlo, tenía el pulso débil, dolor en el abdomen inferior que estaba tenso, el hueso de la pelvis crepitaba.

¡Teníamos que trasladarlo urgente al hospital! ¿Cómo hacerlo? En el campamento de vialidad no había vehículos, el guardaparque, no estaba. Entonces Roque fue práctico, dijo que me quedara con el accidentado, el iría hasta el hospital a pedir ayuda y partió raudamente cuesta abajo. Antes de una hora era imposible tener la ambulancia y me dispuse a esperar. Tranquilizaba al muchacho que estaba muy excitado, sin que me pudiera explicar qué había pasado, cuidaba al herido que estaba quieto, controlaba sus signos vitales, me alivié al ver que eran normales aunque seguía pálido y rogaba a Dios que le diera fuerzas para aguantar hasta que llegara el auxilio.

Regresó el señor del campamento de vialidad con el agua, refresqué al herido, tomó unos sorbos, tenía los ojos cerrados, confiaba en nosotros y el creador. Lo que más impresionaba en esos momentos de dramatismo era el silencio total reinante, apenas quebrado por el canto de los pájaros.

Habrían transcurrido unos veinte minutos cuando sentí el ruido de un vehículo que venía bajando, lo reconocí al instante: –¡El «coya» Arjona en su mítica *Dodge!* – Bajó presto, ya había visto al camioncito y al hombre en el suelo: –¡¿Qué pasa, doctor?!– me dijo, mientras rápido se acercaba; le conté lo poco que sabía.

Reconoció a Canaviri, su viejo Bedford, fue a donde estaba el muchacho, que sollozaba a la orilla del camino para hablarle, que le explicara lo que había pasado, quedé junto al caído, no entendía nada de lo que charlaban, sí veía al «coya» gesticulando, que se agarraba la cabeza con ambas manos por el asombro, luego se acercó y me dijo con absoluta seguridad: ¡¡¡Tenemos que llevar ya a este hombre al hospital!!! Ahí tengo una madera y unas colchas, le haremos una camilla, lo pondremos sobre el asiento largo en la parte de atrás de la camioneta, los pasajeros se acomodarán, lo cuidarán, expresó sin dudar, con la seguridad de un experto.

Con esmero pusimos al accidentado sobre la improvisada «tabla» de emergencias. Los pasajeros se habían bajado, algunos ayudaban, conocían a Heriberto, era vecino de Valle Grande. Cumplían estrictamente las indicaciones del «coya»; las mujeres murmuraban, el paciente no se quejaba, por ahí se contraía algo por el dolor cuando lo movíamos, seguía con los ojos cerrados pero contestaba claramente cuando se le preguntaba algo. «Procedan ustedes como corresponda que yo aguanto», dijo en un momento; confiaba plenamente en sus samaritanos. También pidió agua y coca an-

tes de partir. Por suerte tenía un pulso estable, lo acomodamos de costado tal como estaba cuando lo encontré, en esa posición estaba más cómodo, respiraba mejor.

Mientras lo cargábamos y a los gritos, Arjona me decía: –¡Qué bárbaro este chango, y qué confiado el Canaviri!– Sin entender nada le pregunte: –¿Qué pasó Arjona? – Mirá, doctor, como el camioncito no trepa con ripio la subida, el «Cana» quiso poner la baja, pero la palanca está rota, tenía que ponerla de abajo, dejó al jovenzuelo al volante y se metió bajo del camión diciéndole que ponga primera cuando él le diga, pero éste bárbaro cuando apretó el embrague soltó el freno y el camión se movió por la pendiente, ¡en el apuro no lo habían calzado!, entonces le «pellizcó» la panza, la cadera, porque si pasa por encima, «revienta como sapo» el Canaviri este. Allí intervino el joven. Yo le dije que no sabía manejar pero insistió!, me abata-té cuando me gritó de abajo y solté todo; después vino el «¡Ay!» de don Canaviri. Ahora algo podía imaginarme cómo fue el drama. Todos se acomodaron y partió la *Dodge* cumpliendo una delicada misión.

Roque había cumplido su tarea. En «El Mirador» se encontró Arjona con la ambulancia donde trasladaron al herido, le pusieron suero, calmantes, en un rato estuvieron en el Hospital Orías de Libertador, esa misma tarde fue intervenido por una rotura de colon y pelvis; luego de un largo postoperatorio se recuperó bien; al alta, Canaviri hizo un asado para todo el servicio de cirugía. Dejó de trabajar como mecánico de tractores en la empresa Ledesma, ahora es transportista para Valle Grande donde tiene un negocio, su camión actual es un moderno *Mercedes*. Siempre nos encontramos en el camino, nos saludamos, charlamos algo, quedamos buenos amigos, me dio una linda mano transportando varias cosas para la construcción de «Aurora». Arjona lo conocía de mucho antes, nunca me refirió nada respecto al accidente, de su papel en el salvataje, como si hubiera sido algo de rutina, sin trascendencia.

El otro episodio en la ruta con el «práctico» Arjona, fue cuando ya tenía la camioneta *Ford F 100*, íbamos con Mila, mi esposa y Eugenia, la hermana mayor del compadre Cosme; la habíamos invitado a conocer San Francisco, viajaba asombrada, algo asustada por el zigzagueante camino en subida, nunca había recorrido la región, Mila le explicaba sobre el lugar y el camino. Veía con asombro el Valle del San Francisco, Libertador, el Ingenio Ledesma, allí abajo, como un cuadro gigante.

Llegábamos al monolito, en la cima de la serranía, cuando de repente luego de la última curva vemos parado, en medio del angosto camino un inmenso camión cisterna. Si parecía una visión, ¡un camión tanque en el camino a Valle Grande! ¡Imposible! Paré, bajé, me acerqué, las mujeres se quedaron charlando. Era un *Fiat Iveco* sin acoplado, la cabina estaba inclinada hacia adelante dejando el inmenso motor al descubierto, allí estaba el chofer, un hombre del norte, tratando infructuosamente de arreglar la avería. Me contó que venía con su familia a conocer el parque, se animó a subir porque la cisterna estaba vacía.

El camión venía bien, pero al hacer el cambio luego de la curva cerrada, se le ahogó el motor parándosele sin remedio y ahí estaba, tratando de hacerlo andar. Su esposa

tenía un niño en brazos y dos adolescentes revoloteaban a su alrededor. Por lo que vi había agotado todo su saber; yo no entendía nada de eso, no podía ayudarlo, tampoco podía pasar, hacer retroceder al camión para que me diera lugar era imposible, así que me dispuse esperar, a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Fue entonces cuando vi al «ángel salvador»; Arjona acababa de parar su *Dodge* delante del camión, venía de Valle Grande. Se bajó parsimoniosamente con su obesa humanidad y descuajeringada vestimenta; tenía su clásico gorro celeste–marrón que no se saca ni para dormir. Observé meticulosamente la escena, sin dirigir palabra a nadie, como si no existiéramos.

Me retiré unos segundos para informar a mis acompañantes de los hechos y, al volver, ya estaba don Dionisio trepado arriba del motor con una gigantesca llave francesa en las manos, dirigiendo a viva voz el salvataje. El chofer le obedecía, seguía a pie juntillas todas sus indicaciones, ví que trabajaban en las válvulas de inyección, «las purgaba», según escuché. Parecía el director de una orquesta con su batuta metálica, dirigiendo la función con absoluta seguridad. Por momentos hablaba solo en voz alta, en su personal jeringonza que nadie entendía, tenía el aspecto de un niño jugando al mecánico, ajustando y aflojando tuercas mientras el gasoil le caía encima como lluvia en cada movimiento del motor. Luego de completar una serie de maniobras se bajó y dijo en voz alta sin dirigirse a nadie: –Bueno, ahora hacer oler nafta al motor y ¡listo! a seguir viaje– y se encaminó a su camioneta, abrió el capot metiéndose prácticamente adentro, volvió con una botellita plástica con nafta.

Se acercó al camión sin decir palabra, todos seguíamos con atención sus movimientos y, como un mago que desarrolla su función, dejó con parsimonia la botellita sobre la rueda y, en rápido movimiento sacó su pañuelo, nada impecable, del bolsillo del pantalón, lo roció con nafta de la botellita, prolija y misteriosamente; impresionaba ser una medida exacta. Moviéndose como en cámara lenta puso la botellita en su sitio; luego, con prolijidad, introdujo el pañuelo en la toma de aire del motor y, en voz alta y cortante, dirigiéndose al chofer dijo: –A ver, che, dale arranque *pa'que* ande–.

Y así fue, tras algunas explosiones desafinadas, se sintió el acompasado rugido del motor retumbar en los cerros, sonaba a música en nuestros oídos, ahora podríamos seguir viaje. Varios gritamos: –¡Bravo «coya»! ¡Bien Arjona!– pero éste, imperturbable, sin prestar atención, sacó el pañuelo, que casi lo chupa el motor, lo sacudió un poco, guardó en el bolsillo, conectó las mangueras sueltas, tomó la botellita, la tapó y le dijo al chofer; que le daba una y mil gracias y le preguntaba cuánto le debía: –¡A ver si aprendes a manejar, che!– y se fue a la *Dodge* sin mirar a nadie, sonriendo entre dientes, despacio, orgulloso. La función había terminado con éxito.⁶

6 Esto ocurrió a fines de la década de 1990, Arjona envejeció, no maneja, vive en Valle Grande con su esposa, ahora viaja en colectivo, haciéndoles siempre observaciones a los choferes. La ruta provincial 83 a Valle Grande debe llamarse Dionisio Arjona, él demostró su viabilidad para el tránsito automotor. Su mítica *Dodge*, ex de YPF, sigue andando por los caminos vallistas. Ahora en su parte puneña, en Santa Ana, lleva, trae pasajeros y carga hasta la punta de la ruta que quiere llegar a Valle Colorado; como siempre, igual que su antiguo amo, abriendo camino.

Vallecito

Vallecito está más allá de San Francisco, en el camino a Valle Grande; es un lugar llamativo por su permanente verdor y vida, a nadie puede pasarle desapercibido, queda unas curvas después del ruidoso arroyo Sunchales. Está a unos doscientos metros debajo del camino carretero, se llega por un sendero casi vertical, también hay una huella para vehículos que nace unos dos kilómetros antes.

Es un lugar con grandes y hermosos árboles; la casa apenas se ve entre el follaje de paltos, naranjos, mandarinas, pomelos y moras ¿Todo eso en la serranía de Valle Grande? ¡Imposible! Pero es así, Vallecito es un microclima con un verdor llamativo, tiene agua permanente de una vertiente cercana que está rudimentariamente canalizada. En invierno llaman la atención sus naranjas y mandarinas sobre el follaje, parecen pintadas; son los únicos productores de citrus de la zona. También cultivan maíz, zapallos, algo de otras verduras, en pequeñas plataformas en la ladera que cae al río, «campo abajo» o «campo arriba» según estén con respecto a la casa; crían chanchos para la venta, el trueque o para proveerse de carne en las fiestas. Las vacas, en el cerro, Sunchales arriba, donde pasan el verano y las bajan en invierno.

Sus propietarios son los Cari de Pampichuela; el jefe de familia es Mardonio, allí vive con Anita, su mamá; está Teodosia su esposa, vallista también. El es jubilado del ingenio, tiene una casa en el barrio San Francisco en Libertador, donde ahora están sus hijos; posee un viejo Jeep carrozado, una leyenda en el camino del cerro. Siempre está haciendo algo, limpiando el terreno, cultivando la tierra, reparando una pirca, curando animales o buscándolos en el cerro. Su mano derecha es Andrés, también jubilado del ingenio y de la zona. Conforman una activa economía rural, algo primitiva por cierto.

El personaje en Vallecito es Anita, mejor dicho Aniceta, de más de 88 años, delgada, encorvada, siempre activa, a veces en tareas mayores que las que se esperan por su contextura y edad; parece una hormiguita por su permanente laboriosidad (foto 15, Pág. 120). Su esposo fue Rogelio Cari, papá de Mardonio, que trabajó más de 30 años en el aforo del río Valle Grande midiendo su caudal. Mardonio es el vivo retrato de Rogelio en todo sentido, calcado, más de lo que puede esperarse de padre a hijo (foto 16, Pág. 120). Hace un tiempo me contaron una curiosa anécdota del abuelo Rogelio. Años después de jubilarse, a pesar de la edad y los achaques, seguía trabajando sin descanso, Anita a la par. Mardonio trabajaba entonces en la fábrica, vivía en Libertador, venía a Vallecito algunos fines de semana y en las vacaciones para ayudar a sus padres.

Don Rogelio estaba realmente viejo, podía pasarle algo en cualquier momento, tenía su jubilación pero ninguna cobertura de sepelio, todos estaban preocupados, pero no había manera de convencerlo que tomara una. Aducía mil y una razón para no hacerlo: «Parece quieren me muera, ¿no?»; «Esos son unos pícaros,

le sacan los pesitos a uno y vaya a saber que darán cuando necesite el cajón»; «Quiero estar en la tierra», y así por el estilo, la familia se había resignado, dejando en manos de la Providencia lo que pasara.

En uno de los viajes a Libertador a cobrar la jubilación, Rogelio regresó con lo que sería una sorpresa para todos: ¡un féretro!, sí ¡un cajón de muerto! Lo había comprado a su gusto y medida en la funeraria, lo trajo en la camioneta de Arjona con mucho cuidado, estuvo varios años en su dormitorio contra la pared hasta que le llegó la hora; fue enterrado en Pampichuela, en el féretro que él eligió para reposar eternamente. El Vallecito de los Cari sigue de pie por el intenso trabajo de sus habitantes; simples, tranquilos, laboriosos; ahora todos tienen cobertura de sepelio, no hay ataúdes en los dormitorios.⁷



El «Coya» Arjona. Cambiando un neumático de su *Dodge*.

Foto del autor.

⁷ Anita falleció en Vallecito a los 92 años, en enero de 2007.

Andrés Cazón

El otro personaje de Vallecito es Andrés Cazón, un criollo nacido en Pampichuela, hombre mayor, sobrepasa los setenta años, delgado, fuerte, de mediana estatura, hábil para las tareas de campo, desdentado como la mayoría de los adultos en el cerro, su dicción es algo farfullante por lo que hay que estar atento cuando habla. Tranquilo, de mirar a los ojos, su rostro está curtido por el sol y los años, vive conchabado con los Cari de hace muchos años.

Una vez acompañé a Andrés por el cerro, iba a ver unas vacas a «la cresta del Sunchales», la terminación abrupta de la ladera, que nace kilómetros abajo en el río Valle Grande. Cuando se equipaba me llamó la atención que preparara su vieja escopeta del 16 y al preguntarle el por qué me dijo: «Andan cóndores por allí, atacan los terneros y, si se ponen a tiro, los bajo». Eso no me gustó, traté de explicarle que el cóndor es carroñero, come animales muertos, no ataca a los vivos y me contestó con sorna: Pregúntele a Mardonio cuántos terneros perdió entre las garras de esos caranchos de ala blanca. Anita que miraba la escena, asentía con la cabeza, dando su aprobación, y dijo que su hijo había visto el día anterior una manada de chanchos del monte en una aguada cercana, que podrían estar todavía; ésa era otra razón para llevarla. Pero la verdad, el llevar arma no me convencía, yo quería conocer lugares, ver paisajes, no cazar animales. Me había comentado en una visita anterior que desde arriba se veían todos los poblados de alrededor; eso era lo que me interesaba.

Desde Vallecito iniciamos el ascenso, él con escopeta, honda, machete y su pequeño bolso con provisiones, muy llamativas para mí. Vi cuando las preparaba: ¡un gavilán hervido! lo había cazado el día anterior; papa con cáscara, mote y un pedazo de bollo; su botellita de agua, dos pomelos de la casa «para darle gusto», no puede tomarla sola. Llevaba un viejo sombrero de fieltro y se calzó unas modernas zapatillas *Yomak* de gruesas y dibujadas plantas. Todo era completamente distinto a mi equipo: prismáticos, máquina de fotos, fiambre, queso, pan, naranjas, agua mineral y, todo eso pesaba bastante.

El sendero comienza en la casa, cruza el camino carretero, la primera parte dentro del monte serrano. Luego de una hora y media de firme andar se llega a los peladares, el cambio de monte a pastizales se da de manera brusca como trazado con una regla; cuando se llega a ellos se los ve allí, delante, en permanente subida, como una pared casi vertical, verde o amarilla según la estación, que se pierde en el cielo.

Mientras uno camina ascendiendo no percibe el cambio exterior del paisaje, que ocurre apenas comienza a trepar, pero al darse vuelta, luego de resollar un rato para recuperar aliento, se encuentra con una gran sorpresa: ¡El mundo es distinto! y queda maravillado ante una formidable visión panorámica; siente que la caminata, el cansancio, no fueron en vano. Habíamos superado en altura a la quebrada del río de Valle Grande, estábamos por encima de ella, apreciando de una manera increíble el paisaje: debajo, el camino carretero, que aparecía y desaparecía por las curvas y

el follaje, el verdor de Vallecito, el brillo del techo de chapa de la casa, los corrales y plantíos; a la izquierda, Campo Seco, como una imaginaria y abandonada pista de aterrizaje. El silencio total, sólo quebrado por el lejano ruido del motor del ómnibus en la carretera. Era curioso verlo avanzar por el camino, como si fuese de juguete.

Pero lo realmente espectacular está cuando uno levanta la vista y encuentra allí delante, al fondo, azules montañas, ¡los contrafuertes orientales de la quebrada de Humahuaca! Apreciaba esto como si estuviera suspendido en el aire o tripulando un globo aerostático, parecía un sueño, una cosa imposible para un mortal común, pero allí estaban: a la derecha, el serpenteante camino a Pampichuela que trepa la formidable Cuesta del Algarrobo; a su izquierda, detrás, se aprecia el pueblo y la pampita de altura que le da su hermoso nombre, algo a la derecha, más atrás, sobre el faldeo de la sierra, al final de una quebrada, el cuadriculado de la finca Agua Colorada.

Otros lugares se veían y Andrés me indicaba sus nombres, que ahora no recuerdo. Detrás de Pampichuela la quebrada de Noques, donde nace el arroyo San Luis; la finca de las señoritas Cáceres. Más a la izquierda, pasando otra quebrada, sobre una amplia ladera inclinada se aprecia nitidamente, la comunidad de San Lucas. Casitas, quintas dispersas, puede verse la torre de su iglesia y una quebrada profunda, el cauce del río San Lucas que desemboca en el Valle Grande a la altura de Peña Alta, una inmensa formación pétreo que se aprecia como la quilla de un gigantesco barco anclado en pleno cerro. A la izquierda y hacia arriba, hay una serranía de mayor altura, su ladera tiene grandes pastizales, motas de bosques y, cerca de su filo, sobre una línea imaginaria, una construcción blanca, que por momentos parece tener el brillo de una estrella, ¡la escuelita de Santa Bárbara!⁸ En ella enseñó hace más de 50 años el maestro Cástulo Aparicio y ahora lleva su nombre. Toda una visión a vuelo de pájaro, no había más que girar la cabeza y apreciar las distintas partes del paisaje.

De ese ensueño me despertó Andrés al decirme que debíamos seguir si queríamos llegar a la casita cerca del Pinal, donde debía ver a la hacienda para darle su ración de sal. Seguimos trepando por los pajonales secos y polvorientos, que con las primeras lluvias serán generoso alimento para el ganado. De a trechos entrábamos en quebradas con vegetación; eran pequeñas aguadas, lugares protegidos, donde el agua en finos hilos brota entre las piedras y se junta en charcos, donde beben los animales.

El paisaje, a medida que ascendíamos se hacía más amplio y Andrés empezó a prestarle atención a unos nuevos personajes que revoloteaban en el cielo a bastante distancia; lo hacían de una manera solemne, casi sin mover las alas, por encima o debajo de nosotros. «¡La *pucha* que están lejos!», dijo. «¿Quiénes?», le pregunté. «Esos cóndores que se ven allí», me contestó, señalándolos. Entonces aprecié las aves. «Fíjese que tienen manchas blancas en las alas, eso hace distinguirlas», agregó y recién, con atención, aprecié ese detalle, están lejos de mi escopeta!... terminó diciendo.

8 En el año 2007, la escuela cumplió 100 años.

Llegamos al puesto; era una pieza de palos y chapas con un corral; todo precario. Dentro de la habitación había unos catres, ropa colgada, lazos, agua en bidones, panes de sal, un mechero, en fin, todo lo necesario para estar unos días vigilando los animales. A la entrada había un fogón, con unos bancos de troncos; era la «cocina comedor». Los animales empezaron a acercarse espontáneamente al corral, sabían que venía su cuota de sal que era colocada sobre rocas con huecos en los que entra el «pan de sal» con exactitud y, por turno los animales les daban formidables lamidas.

Era pasado el mediodía y aprovechamos para comer, Andrés, su gavilán que estaba sin cuero, apreciándose su músculos como en una figura anatómica, no me tentaba para nada; muy educadamente decliné la invitación a compartirlo, preferí mi «civilizado» fiambre, del que, gentil, aceptó un poco.

Descansamos un rato, recorrí los alrededores, «descubrí» el Pinal, un hermoso bosquecillo de pinos del cerro, cubiertos de barba del monte; era un lugar mas amplio que las quebradas anteriores, con el suelo alfombrado de pastos y hojas, un sitio ideal para acampar. Andrés me señaló unas rocas que, en fila, asomaban más arriba; estaban a regular distancia: La Cresta del Sunchales, dijo, refiriéndose a la escarpada cima, que parece la cresta de un ave, donde nace el arroyo Sunchales. Llegando allí la visión es más amplia, se aprecia todo a la redonda; lo que ya vimos y lo del otro lado, Alto Calilegua, el Hermoso, el Amarillo, San Francisco. Eso me entusiasmó mucho, era un lugar formidable, pero imposible de llegar en ese momento: mis piernas no daban más y la hora era avanzada (eran las cuatro de la tarde y por ser invierno en dos horas se pondría el sol, en tres estaría oscuro); hacer el regreso de noche no era aconsejable. Pero la idea me entusiasmó y quedamos en hacerlo en otra oportunidad, hasta con la posibilidad de pernoctar en el bosque encantado del Pinal.

Iniciamos el regreso a paso vivo, fue como el descenso de una inmensa rueda gigante, las cosas desaparecían a nuestra vista; perdimos el paisaje cuando nos sumergimos en el monte, si hasta me parecía imposible cómo había podido realizar semejante subida, caminaba cansado pero contento, planificando mi próxima excursión, desde luego con Paco, que se había portado muy bien, a la Cresta del Sunchales.⁹

9 En uno de los descansos, Andrés con su dificultosa dicción me dijo: Doctor, usted que anda por la ciudad; ¿no puede conseguir un método para tocar violín?, me tomó de sorpresa, no entendía y le pedí me repitiera lo dicho. ¡Sí!, quería un método, un instructivo para tocar el violín. Entonces me contó su afición a ese instrumento que tenía, lo había comprado hacía unos años en Libertador, a un carpintero del Barrio San Lorenzo. ¡Un luthier en la villa!, ¡no lo podía creer!. El sabía algo, tocaba en soledad, pero quería perfeccionarse. La verdad que me quedé maravillado con su pasatiempo: ¡Tocar el violín en pleno cerro!, este viejo criollo tiene hermosas inquietudes.

De regreso a Libertador, no pude resistir mi curiosidad de conocer a ese luthier criollo y, luego de averiguar un poco lo encontré, vivía a unas cuerdas del puesto de salud. Don Jerez tiene una pequeña carpintería al frente de su casa; fui con Berta, la enfermera, que me sirvió de guía. Nos recibió con gentileza, nos conocíamos como médico y paciente. Al comentarle el motivo de mi visita: conocer, ver al hacedor de violines, sonrió orgulloso; fue adentro y trajo uno que tenía listo para entregar. Sin ser músico, quedé maravillado del aspecto y la terminación del instrumento, todo muy prolijo.

Cornelia Martínez

El efecto 2000

Tener electricidad las 24 horas en San Francisco del Nuevo Mundo es un milagro; desde luego no surgió mágicamente, fue una larga gestión de sus habitantes, la Comisión Municipal, la positiva respuesta de la Dirección de Energía de la Provincia. Primero fue un motor que proveía de luz unas ocho horas diarias. Tender los cables, conectar las casas, convencer a varios, llevó tiempo; la gente se fue acostumbrando a los beneficios de la electricidad y la extrañaba, cuando el motor fallaba. Luego, con gran visión, aprovecharon la vertiente de agua que da nacimiento al arroyo en el mismo pueblo, el gran desnivel del terreno; planificaron un generador hidráulico. Se hizo el piletón para asegurar la permanente provisión de agua, la tubería que la transportara hasta la turbina unos 600 metros más abajo. Así descrito parece cosa sencilla, rápida, pero llevó trabajo y tiempo. Incontables viajes acarreado piedra y ripio desde Agua Negra en la entrada del Parque, por el sinuoso camino del cerro. En San Francisco no hay áridos. Se instaló la turbina en la ladera del cerro, un lugar espectacular, un balcón sobre el río Valle Grande, es la única con pilares (aérea) en la provincia; se la terminó y ¡oh milagro! el pueblo tuvo energía eléctrica las 24 horas con todo el cambio cultural que eso significó.

Salvo algún inconveniente, sobre todo al principio, cuando el novel operador empezó a manejar la turbina, todo anduvo bien. Luego vino la privatización de las empresas de energía, la creación de EJSEDA que se hizo cargo del servicio, se amplió la red, se colocaron medidores domiciliarios; la gente fue más prudente en el consumo; se la modernizó haciéndola automática; autorregula la producción de electricidad según las necesidades. Los cortes fueron raros y la electricidad formó parte de la vida cotidiana de los sanfrancisqueños. Da gusto llegar a San Francisco del Nuevo Mundo de noche; aparece de repente iluminado geométricamente luego de una curva, es un oasis de luz en la negrura de la serranía.

Llegaba el fin del año de 1999, con sus presagios de alegrías e inconvenientes. Cambiar de año, siglo, milenio, todo junto en un solo momento no era cosa común, San

Al preguntarle como aprendió; me dijo que en su pago, Tarija, sus hermanos mayores eran carpinteros y constructores de guitarras, violines, eso fue hace muchos años.

El es mayor, con mas de setenta años, jubilado del ingenio y ahora «mata el tiempo», como me dijo, haciendo trabajos de carpintería liviana y violines por encargo. Comentó que tiene varios vendidos en la zona de Valle Grande; se acordaba de Andrés, de Vallecito. Yo estaba emocionado ante ese artesano, su historia, las maravillas que hacía, su sencillez y naturalidad. Al pedirle que tocara algo, no se hizo de rogar, muy solemnemente acomodó el violín sobre su hombro y escuché algo muy alegre: una cueca tarijeña. Al despedirnos me dijo, mirándome a los ojos mientras me daba la mano: doctor, veo que está entusiasmado con el instrumento, le hago uno a buen precio y le enseño cómo comenzar, después se consigue un método. Allí me acordé del encargo de Andrés, esa propuesta sigue rondando mi mente.

Han pasado los años, Andrés envejeció más, ya no es el ágil paisano de entonces, las enfermedades, la vejez, la falta de cuidado lo deterioraron bastante, sigue con los Cari. Mardonio, Teodosia, los hijos lo cuidan como «un viejo de la familia», no quiere sentir hablar de ir al asilo de ancianos en Calilegua.

Francisco, como todo el planeta, se preparaba para ello. Entre los posibles problemas estaba el efecto 2000, donde se decía que las computadoras no reconocerían el «000», se pararían o desorientarían, con todos los problemas que significaría para muchos de los servicios públicos manejados por ellas, entre otros, la turbinita sanfrancisqueña.

Tres días antes de fin de año, hubo una fuerte tormenta eléctrica en las Yungas jujeñas, los cerros temblaron con los truenos, rayos, relámpagos, y la turbina se detuvo; se quemó un circuito, no funcionaba de manera automática, había que hacerlo manualmente con el problema que eso significaba, sobre todo el ir de noche a reconectarla. Es lejos y allí «asustan» decían.

Doña Cornelia Martínez es una criolla de la zona y mi vecina. Vive sola, sus hijos, ya mayores, están desparramados por el norte, tiene una pequeña huerta, cría gallinas; también se había incorporado a los beneficios de la electricidad, pero sólo con una bombilla de luz.

Luego del año nuevo del cambio de siglo, estábamos charlando; le comentaba los cortes de luz, la falla de la turbina y me dijo: pero doctor..., fue el efecto 2000..., al cambiar el año con tantos números nuevos la máquina se desorientó, perdió la memoria, tuvieron que ordenarla de nuevo para que ande, para que cuente bien. Me quedé asombrado por su respuesta; evidentemente, Cornelia estaba bien al tanto del efecto 2000, de los adelantos e inconvenientes de la modernidad.

La reina de los cielos

Una de las características climáticas en San Francisco del Nuevo Mundo son los bruscos cambios del tiempo sobre todo en verano. El poblado está inmediatamente debajo del Trópico de Capricornio, a 1.700 metros de altura, es un lugar fresco en plena serranía, ideal para huir del caluroso Ramal¹⁰. Está situado en el borde de la profunda garganta del río Valle Grande, que corre unos 700 metros más abajo. La quebrada es un inmenso corredor formador de nubes que se mueven permanentemente en algodonosa procesión; como fondo están los grandes acantilados de la otra orilla, todo eso le da un aspecto fantástico.

En las serranías vallegrandinas chocan los vientos chaqueños del este con su humedad en verano, transformándola en inmensas nubes que se elevan a gran altura, son los «cúmulus nimbus», que los meteorólogos llaman la «reina de los cielos» por su aspecto imponente, la inmensa cantidad de energía que concentran, son verdaderos laboratorios atmosféricos; en su interior se forman las grandes tormentas del estío con sus granizadas imprevistas, formidables aguaceros y espectaculares fenómenos eléctricos; son temidas por los aeronavegantes por la potencia de los vientos que generan en su interior, los bruscos cambios de tempe-

10 Esto contradice a la designación original de Yungas: «las tierras cálidas» de los andinos, aquí son «las tierras frescas», para los habitantes del «Ramal» la calurosa zona baja del valle del río San Francisco; como siempre, las cosas son según de donde se las mira...

ratura a varios grados bajo cero (foto 18, Pág. 121).

El desenlace del drama atmosférico depende de la temperatura, la humedad ambiente, los vientos; eso determinará si actúan hoy acá o en otra parte. Esas inmensas formaciones algodonosas de nítidos contornos tienen cambios permanentes en sus formas, se aprecian plenamente en el horizonte durante los calurosos días de verano. Desde Ledesma se las ve distantes, pero en San Francisco están al alcance de la mano, adoptando formas espectaculares: edificios, osos, elefantes, yunques, realmente un teatro en el cielo para quién se detenga a observarlas con imaginación.

Los cambios climáticos se suceden rápidamente, un día puede amanecer diáfano y, en horas, todo cambia, en especial cuando está precedido por jornadas cáldidas, se larga una lluvia torrencial, con gran actuación de la orquesta eléctrica de truenos y relámpagos en un «allegro con brío», desciende la temperatura y, al rato, el pueblo se ve envuelto en una espesa bruma que no deja ver más allá de las narices, los árboles surgen como apariciones fantasmagóricas; luego, si corre algo de viento, aparece un estridente sol en un cielo azul celeste intenso, hasta puede verse un hermoso arco iris en la lejanía.

Otras veces, las nubes se detienen inmóviles arriba del pueblo, cubriéndolo como un toldo blanco grisáceo con actividad eléctrica sostenida en su interior, todo se oscurece y, si llega la noche, se produce un curioso espectáculo: en la más intensa oscuridad surge de la nada y por momentos, un valle iluminado, donde se distinguen los más mínimos detalles de un pueblo, que no parece San Francisco. Las cuatro estaciones están presentes en un solo día.

El verano de 2000 tuvo en sus comienzos días de mucho calor, un cielo azul intenso y la «reina de los cielos» en el horizonte. Una tarde, comentaba a doña Cornelia, mi vecina, sobre los días tan calurosos sin esbozos evidentes de lluvia y ella me contestó con naturalidad, mirando el firmamento azul, señalando esas catedrales con sus inmensas cúpulas: –Descuide, doctor, esas nubes gigantes que ve allí, son las que acarrearán el agua de los cielos en el verano, si no es hoy será mañana que lloverá, el tiempo no puede seguir así de sofocante y seco. Aprecié entonces en toda su magnitud e importancia a las cúmulus nimbus, la «reina de los cielos» y la ancestral sabiduría de doña Cornelia, vieja habitante de la serranía.

El agujero de ozono

Que el clima está cambiando, lo sentimos en carne propia, no podemos pensar en la ropa que nos pondremos por la estación en que estamos; puede uno llevarse sorpresas, pescarse un resfriado por un súbito descenso de la temperatura en verano o deshidratarse en invierno por una ola de calor inesperado. Estas «incoherencias» del clima están causadas, en gran parte por el hombre, por el incremento desmesurado de dióxido de carbono en la atmósfera y con el agotamiento de la capa protectora de ozono que rodea al planeta, debido a las grandes emanaciones industriales de la «civilización». Esto último nos está privando de la defensa ante los rayos ultra-

violetas solares, letales para la vida. Tampoco puede mantenerse la regulación de la temperatura terrestre, desencadenándose recalentamientos o enfriamientos bruscos. Esto también se aprecia en San Francisco; en pleno invierno hay días de calor con intenso sol, un sofocante viento norte, seguido en horas, por un brusco descenso de temperatura, cielo nublado y un gélido viento del sur, lo cual desorienta a plantas, animales y humanos. Parece que no hubiese estaciones, sí cambios de temperatura.

En septiembre de 2000 tuvimos varios de esos fenómenos. Luego de una jornada de sofocante calor a pesar de ser medianoche, la temperatura seguía elevada y me llamó la atención que empezaran a cantar, causar revuelo, los gallos y gallinas de mis vecinos. Debe ser que anda la comadreja pensé, yéndome a recostar en la relativa frescura de «Aurora». Al despertar la mañana siguiente y ver la hora ocho, me desorientó la penumbra, ya tendría que estar bien claro. Al salir al patio, encontré un cielo plomizo, un viento frío del sur, el tiempo era completamente distinto al día anterior ¡Dios mío, esto desorienta a cualquiera!

A media mañana seguía pensando en lo loco del clima cuando vi a mi vecina Cornelia en el patio de su casa, luego de saludarla le comenté el fenómeno. Ella, muy tranquila me contestó: –Era de esperar, doctor!; los gallos lo anunciaron a media noche. El humo de la fábrica, de los autos están haciendo un agujero en el cielo, los rayos del sol queman mucho y se escapa de golpe el calor, por eso hay cambios tan bruscos del tiempo. Me quedé mirándola, mientras asentía con la cabeza, sin saber qué contestar.¹¹



Artículo publicado en La Gaceta, diario tucumano. Año 2000.

11 El jueves siguiente, leí en el diario La Gaceta de Tucumán que en un congreso de indígenas que se realizaba en Tegucigalpa, Guatemala, se presentó el relato de un hecho acontecido en Canadá en 1883. Se realizaba allí un exposición de los adelantos científicos, la máquina de vapor estaba a la cabeza con todas las innovaciones que había causado en la industria y el transporte. Fueron a la exposición unos indios, «los nariz quebrada», la mayoría de los cuales estaban asombrados de los adelantos que les mostraban «los blancos», salvo un anciano que dijo, «los humos que arrojan estas máquinas infernales harán un hoyo en el cielo y el Padre Sol nos quemará con sus rayos». Luego de leer esto pensé que hay algo más que la ciencia oficial, para analizar los fenómenos climáticos, de lo cual doña Cornelia Martínez sabe bastante. Ella ya anciana, se fue a vivir con una de sus hijas a Libertador, allí falleció en el año 2005.

Salomón Apaza

La finca Saladillo de don Salomón Apaza es abrupta, toda una gigantesca ladera, nace en el lecho del río Valle Grande y termina en el filo de la serranía; debe su nombre a la salubridad de algunas vertientes de agua. Hace unos años, se hizo su casa de material a orillas del camino que va a Valle Grande.

Salomón es un criollo educado, formal en el trato, trabajó varios años en el ingenio, tiene seis hijos, cuatro mujeres y dos varones, ya grandes, que viven en Libertador y en San Salvador. Nos hicimos amigos de cruzarnos varias veces y por haberlo atendido como paciente. Vamos a visitarlo con Paco, su casa está a unos cinco kilómetros de «Sanfra». El y su esposa Benita son muy atentos, viven solos en Saladillo, los hijos vienen los fines de semana. La señora está encantada con Paco, de su comportamiento, de sus grandes y suaves orejas; cariñosamente lo llama «orejitas» cuando lo acaricia, él se pone mimoso y la conquista más. Conversar con los Apaza es siempre agradable, hablamos de hechos, lugares, personajes del cerro. Ambos son vallistas; él, de Alto Calilegua, ella de Valle Grande; conocen la región y su gente como la palma de sus manos.

De recorrer la serranía durante años, cuidando, localizando ganado, Salomón es un experto en el cerro, un gran rastreador; por la marca de las pezuñas, calzado, orines, bosta, ramas rotas, sabe cuándo y dónde pasaron animales o humanos. Deseando conocer la zona, le comenté que quería bajar al cauce del «río grande», como le dicen los paisanos al río Valle Grande, quería ver las ruinas que me dijeron había en sus orillas.

Gustoso aceptó, quedamos que sería el próximo domingo y allí temprano estuvimos con Paco, don Salomón aprovecharía para buscar una vaca que iba a tener cría. Como andábamos detrás de vacunos utilizábamos sus senderos, Salomón iba adelante, haciéndolos transitables. Era curioso y divertido cuando me mostraba las huellas de las pezuñas de los animales. Ha pasado hace poco, despacio, están bien marcadas, va para el lado del río comiendo hojas; me sentía guiado por Calíbar, el famoso rastreador puntano, que Sarmiento describe magistralmente en Facundo.

El terreno presentaba regulares accidentes, la pendiente se suspendía por momentos para formar pequeñas mesetas en donde se aprecian árboles de mayor porte. Eran lugares de distintos tamaños, algunos muy angostos que continuaban por una cresta en descenso, en general por allí continuaba el sendero. En una de ellas, bastante estrecha, Salomón me dice: –Fíjese lo angosto del lugar, los contornos, preste atención–. Veía restos de una pared que estaba a nivel del suelo bordeando la lanceolada terraza, no era un lugar para vivir, allí solamente se podía estar de pie ¿Qué habrá sido?, no era natural, fue construido por el hombre, ¿un mirador?; esto se ponía interesante...

Seguimos bajando, se oía el ruido del río que estaba más abajo. Paco, feliz e in-

quieto iba adelante, había hecho buenas migas con el perro de Salomón, que no tendría más de tres años, de color claro, mediano porte, mirada vivaz, siempre atento. Tenía su historia, había sido perro ovejero en Santa Bárbara, cumplía bien su misión de cuidar el rebaño; pero su patrón lo tuvo dos días sin llevarle alimento y se comió un corderito; fue castigado, separado de la majada; estaba cebado con la tierna carne del cordero, ¡pero no le habían traído su comida!, ¿qué culpa tenía si no le dieron su ración? y fue castrado. Con esos antecedentes llegó a manos de don Apaza, quien lo cuidó y le salió un excelente rastreador de animales, cazador. Sabía seguir corzuelas, chanchos del monte, acorrallarlos y, hasta al overo, el tigre, pero eso es palabra mayor, allí los perros no pueden. Con él se entendió Paco, jugaban, lo seguía en sus excursiones por el monte; yo estaba algo preocupado: mi «orejitas» no tenía ninguna experiencia cerril, —¿cómo reaccionaría si se le presentaba algo?, por suerte no hubo novedades (foto 17, Pág. 120).

Llegamos a otra meseta, Salomón se detuvo, me miró expresivamente como diciéndome, ¿Nada le llama la atención?, agucé mi vista apreciando el piso y, entre las hojas secas: ¡restos de paredes! ¡construcciones circulares! Había varias; se veían piedras canteadas desparramadas alrededor. ¡No había duda!, eran restos de antiguos asentamientos indígenas. Por el aspecto, porte de los árboles que crecieron en el interior y sobre los muros se veía que tenían muchos años, ¿prehispánicos? Estaban bastante cerca del río, pero hasta allí no llegaba en las crecientes del verano. De ese lado había una enorme piedra en la que se apoyaba la meseta, la pasaba, era como un edificio de tres pisos, se la podía trepar como a una atalaya. Los ocupantes supieron elegir el lugar, pero: ¿quiénes fueron?, ¿cuándo lo abandonaron?, todo eran incógnitas. Supuse que fueron pueblos de origen puneño por las características de las construcciones; al verlas, me recordaban el Pucará de Tilcara, seguramente fueron sus asentamientos en los recorridos por la selva.

Me llamó la atención entrar en un sendero nivelado, de más de un metro de ancho, si bien ahora poco transitado; se veía que alguna vez lo fue; estaba bien afianzado, subía y bajaba zigzagante en pendientes no muy marcadas, se veía que era de antes; la vegetación y el tiempo lo habían deteriorado; al preguntarle a don Apaza, me comentó que era el antiguo camino de herradura a Valle Grande, antes que inauguraran el camino carretero en 1950, ¡habían transcurrido más de cincuenta años!, era notable como se conservaba por lo menos en parte. Ese camino tuvo un importante tránsito desde siempre, el año redondo, todo se movía por él en recuas de diez y más mulas. Salomón lo recorrió siendo chango hasta sus trece años más o menos. Realmente causaba emoción transitar por él, fue trazado sobre caminos indígenas; se veía que tuvo un esmerado mantenimiento: muros, desagües. También confirmaba que el camino carretero debió hacerse a la vera del río, sería corto, estable; sin lo intrincado de trepar y bajar la serranía; pero más pudo la influencia de políticos con intereses madereros, para hacer la ruta en su traza actual.

El río estaba unos cincuenta metros más abajo, nos acercábamos a un estrechamiento de su cauce. El camino de herradura comenzó a trepar; Salomón propuso que bajásemos para que apreciara el angosto de cerca, quería ver si había huellas de su vaca en la playa del río. Paco enfiló derechito hacia la corriente de agua que estaba tranquila, el lecho era de arena con piedras de diversos tamaños y roca viva roja, labrada por el agua. El lugar, impactante, realmente un angosto de no más de cinco metros de ancho, con paredes de piedra, cóncavas por la erosión; el cauce ahora era tranquilo y cristalino, ocupando sólo el piso, para ir a rematar en un pozo cavado en la roca y cambiar bruscamente de dirección (foto 19, Pág. 121).

Era medio día, todo luz, color, contrastes, un paisaje realmente de postal. Pero... ¿cómo será este lugar en verano, durante o después de una tormenta?: ¡el infierno!, realmente la otra cara de lo que es ahora. Me imaginaba el agua con piedras, troncos, bramando por el angosto, golpeando con fiereza en la roca, cambiando en noventa grados su curso, haciendo temblar todo. Comenté eso a don Salomón, me contestó que en verano a nadie se le ocurre andar por aquí, las vacas están en el Alto. Antes, se pasaba cerca por el antiguo camino, pero nadie se acercaba hasta el río; hasta el overo, chanchos, monos, corzuelas, le escapan en verano, no lo necesitan, hay agua por todos lados.

Comenzamos el ascenso, llegamos al camino de herradura, lo seguimos. Aún no terminaba de admirarme de su calidad: habían pasado cincuenta años de su uso oficial, sufrió lo agresivo del terreno, del clima, la falta de mantenimiento y seguía siendo útil. Daba gusto transitarlo, trasladaba a otra época, la del real esplendor y protagonismo de la región; la época donde era proveedora de carnes para Jujuy, para el norte de Salta, de engorde de las mulas, ganado para el Alto Perú. Pronto nos encontraremos con el sendero que va a Santa Bárbara y San Lucas, me advirtió don Apaza, despertándome. Íbamos paralelos al camino carretero, cientos de metros más abajo, sin dar tantas curvas, en dirección a Peña Alta. Allí los transportistas dejan a los viajeros que van a esos poblados, su único acceso es un camino de herradura que baja hasta el río, lo cruza por un angosto puente, trepa por los murallones del frente dividiéndose: a la derecha para San Lucas, siguiendo la dirección del río homónimo, que corre muchos metros más abajo, a la izquierda, trepa la serranía en busca de las pampitas de altura de Santa Bárbara.

Llegamos a esa huella pero en vez de trepar al camino carretero, decidimos seguir hasta el «Aforo», del que sólo quedan ruinas. Allí trabajó Rogelio Cari en la desaparecida repartición oficial «Agua y Energía», midiendo el caudal del río Valle Grande. Desde que se jubiló hace más de veinte años, nadie lo reemplazó; un piso de cemento entre la vegetación muestra dónde estuvo; hicimos un alto. Paco al igual que yo, mostraba huellas de cansancio, se recostó a mis pies, descansamos unos minutos y emprendimos el ascenso despacio, casi sin hablar, descansando con frecuencia; seguía los pasos de don Apaza que se detenía para darme ánimo.

Encontramos la ruta 83 y se alivió la marcha, era pareja, ancha, la pendiente más

suave y corría una suave, fresca brisa. Estábamos más allá de Peña Alta, las paredes del cerro, arriba del camino, eran de piedra con algo de vegetación, bien escarpadas, se perdían en un cielo azul. Al ver mi admiración, contemplándolas, Apaza me dijo que eran una trampa para los animales, se desbarrancaban con facilidad. Al asustarse en el camino por lo vehículos trepan por intrincados senderos y no saben bajar, despeñándose; varios terneros había perdido de esa manera.

En un descanso miraba esos acantilados y, como una aparición, surgió del borde una inmensa ave en sereno vuelo, parecía un avión comercial a baja altura pero sin ruido. Es un cóndor, me dijo con naturalidad, yo estaba embobado, vea usted que irá hasta el acantilado del frente, allí girará en redondo y le veremos su lomo blanco; esperé unos segundos y ocurrió tal cual. Era tan sereno y majestuoso su vuelo, el giro, que despertó mi profunda admiración, pero no el de mi guía; con desconfianza me dijo: este desgraciado está buscando la vaca que va tener cría para hacerse del ternero, debo encontrarla antes, para protegerlos. (Concepto erróneo, pero arraigado en la gente del lugar).

Llegamos a Peña Alta bien cansados y, como por milagro, allí estaba Rosendo con su *Ford F 100*, presto a partir a San Francisco, había venido trayendo viajeros para Santa Bárbara; nos vio de lejos y decidió esperarnos, desde ya que le agradecemos, nos ahorró como una hora de camino, los perros no se opusieron a que los subamos a la caja, al contrario y así, bien sentados en camioneta regresamos a Saladillo, donde nos esperaban doña Benita y su hija con el almuerzo: una tarta de acelga de su huerta, al horno de barro ¡Excelente!

A más de cansado, estaba hambriento, asombrado por el paseo. Muy contento mientras comía les expresaba eso. Sonrientes, escuchaban mi admiración de cosas y hechos cotidianos para ellos: ¡Descubrir ruinas! ¡El antiguo camino de herradura! ¡El formidable angosto! ¡Ver un cóndor a menos de treinta metros! ¡Paco hacerse de un nuevo y digno amigo que le iba enseñar a rastrear en el cerro! Demasiadas cosas para un solo día.

Las señoritas Cáceres

Comencé a recorrer con regularidad las serranías vallegrandinas a fines de la década del setenta cuando conocí al padre Laudino Cano, sacerdote español, de años radicado en Libertador. En ese tiempo una de sus tareas, era asistir espiritualmente a la diócesis de Valle Grande, cosa que me entusiasmó y charlábamos sobre eso. Entonces ir a Valle Grande era difícil, en verano ni qué hablar, pero estábamos en buena época, era julio, se acercaban las festividades de San Santiago y Santa Ana, patronos de los pueblos de Pampichuela y de Santa Ana. El padre me dijo: –Pues, hombre, si estás con tantas ganas no las guardes, vente conmigo, necesito un acompañante. Alguien nos llevará a Huacanque, después veremos cómo llegar a Pampichuela, de seguro que la Comisión Municipal nos buscará, yo hablaré por la radio de la policía. Dios proveerá–. Y así se armó mi primer viaje con el curita, no puedo negar que estaba admirado y algo desconfiado por su absoluta certeza, en aquello de «Dios proveerá», que es su lema en las obras que emprende, y se cumplen. (El padre Laudino cumplió, el 29 de junio de 2006, sus Bodas de Oro sacerdotales ¡50 años de labor pastoral!, la mayoría en la zona de Libertador).

El tránsito vehicular era aislado, no había un transporte regular, el rey de la ruta 3, ahora 83, era el «coya» Arjona con su ya mencionada y épica *Dodge*. La celebración de las fiestas religiosas eran con real devoción, no mítines políticos como ahora. El acontecimiento era para honrar al santo, no a las autoridades. Hicimos el viaje con Arjona, nos bajamos en Huacanque donde don Rosa Virazate esperaba con buenas cabalgaduras y emprendimos la marcha por un sendero en zigzag, primero descendente hasta el río Valle Grande, lo cruzamos por un puente mágico suspendido entre murallones de piedra, con el río rugiente por debajo a pesar de la época. Trepamos un fantástico camino, era como subir la escalera de incendios de un gran edificio, por la formidable barranca. Tanta novedad me tenía en un asombro permanente, mientras el padre, muy tranquilo charlaba con don Rosa. Llegamos a Pampichuela al atardecer, Virazate nos alojó en su casa, la atención de su hija Herminia, de primera. En la cena participamos de una comida comunitaria, «la tistinchada», donde el plato principal es gallina, que los vecinos se «habían robado» entre sí, todo un ambiente alegre y festivo, regado con abundante vino.

Temprano me despertaron las bombas de estruendo en honor al patrono del pueblo San Santiago. Laudino estaba levantado charlando con el dueño de casa. Luego de la misa vino la procesión con la imponente imagen de Santiago montado en un blanco corcel matando moros; la danza de los cuartos¹², el almuerzo compartido, el partido de fútbol, la doma de potros. Todo muy auténtico y tranquilo. Yo era un acompañante social, más que monaguillo.

¹²Baile donde los danzarines se mueven agarrados a las extremidades de medio cordero; al final, tiran con fuerza hasta partirlo, cada cual se queda con «un cuarto», que puede ser mayor o menor según su habilidad de tirar o el azar.

Antes del almuerzo el padre me presentó dos mujeres blancas, de ojos claros, delgadas, mayores, de vestidos oscuros largos, pasados de moda. La mayor y más baja era Rosa, algo encorvada, con cierta dificultad para hablar por una lesión en el paladar. La otra más alta, bien derechita era Ester, inquieta en su actitud. Ambas de maneras sencillas, educadas, sostenían fluidamente una conversación mirando siempre a los ojos, distinto a nuestros paisanos. Doctor, son las señoritas Cáceres, residen aquí cerca, de muchos años, son amigas del padre Aurelio, me dijo Laudino. Yo pensaba mientras les daba la mano; son blancas, residen cerca de aquí, de muchos años ¡Si esto es el fin el mundo! ¡Qué son! ¿Náufragos en una isla? (foto 20, Pág. 122).

Me saludaron con franqueza desde el apretón de manos, formalidad, alegría y, luego de platicar un rato, nos invitaron a tomar la merienda en su casa. Fuimos por la tarde; en la cancha estaban en el segundo tiempo de un clásico del fútbol vallisto: Valle Grande versus Pampichuela. Pensé que era lejos pero el cura me tranquilizó, es aquí nomás. Marchamos hasta los límites del pueblo, bajamos por un casi vertical sendero a una profunda quebrada llena de vegetación, –Es la quebrada de Noques, tiene un arroyo con truchas, el San Luis– me dijo el curita, todo estaba verde a pesar del invierno. Llegamos al torrente luego de un rato de andar; sus aguas cristalinas, el puente, era un tronco canteado entre dos piedras que se movía algo, dando una sensación de inseguridad, pero estaba firme, mientras lo cruzaba con temor, alcancé a ver algunos peces que se movían veloces entre las piedras: las truchas.

Cruzado el puentecillo, la huella se hacía ascendente aunque no tan inclinada como la bajada, se apreciaban pequeños rastrojos a la izquierda, se cultivaba maíz. A la derecha el terreno era elevado, estaba cubierto de yuyos. En un momento el padre, que iba adelante, se detuvo. La zona era, hace años, mucho más activa, –me dijo– eso que ves allí, agregó, señalando un hueco entre la vegetación, que empecé a distinguir al prestarle atención, es un molino hidráulico jesuita, de la época de la colonia, antes que los expulsen, ellos recorrieron la región evangelizando.

Quedé asombrado por su comentario, decidí explorarlo y encontré algo formidable. Una gruta afirmada con piedras donde podía entrar una persona de mediana altura, en la pared del fondo a la derecha y arriba, había un agujero, era la desembocadura de un canal, por allí caía el agua. En el piso, acostada, había una rueda de madera, como de carro, con paletas verticales en su periferia, donde golpeaba el agua al caer, haciéndola girar, en el centro, tenía un eje, que transmitía el movimiento y que se perdía en el techo. Estaba asombrado, emocionado por lo que veía, salí jadeando, el curita sonreía captando el asombro en mi rostro. Esto es magnífico, dije. Veo que estáis entusiasmado, respondió con su gracejo español, si queréis ver más, sígueme, y se abrió paso entre unos arbustos por un sendero imaginario que trepaba a la par de la cueva, cuando estuvo arriba limpió un poco el suelo y pude apreciar dos inmensas piedras circulares superpuestas, de distinta textura:

¡Eran las piedras del molino!, ¡con ellas se molían los granos!, el eje hacía rotar la superior y se regulaba su altura (foto 22, Pág. 123). Hubo una construcción que las protegía, ahora desmantelada; como hipnotizado las miraba. Entonces el padre me tomó del brazo diciéndome: sigamos, doctorcito, se hace tarde, nos esperan las señoritas y debemos regresar. Estaba fascinado por el molino y pensaba una y mil cosas de un tiempo que se fue, allí Laudino me dijo con cierto aire de tristeza: si parece que el camino se hizo para sacar la gente de estos lugares más que para traer progreso; tiempo después, entendí con claridad lo que el padre quiso decir.

Llegamos a un corral con vacas, terneros; el paisano que los atendía se acercó presuroso; saludó con respeto al sacerdote que le respondió con aprecio y me presentó: Juan, es un doctor de Libertador, viene a conocer Pampichuela y la finca San Luis. Me llamó la atención al darle la mano que su antebrazo derecho era móvil, tenía una férula de madera, luego supe que por una fractura mal soldada tenía una falsa articulación, pero él con maña se las arreglaba para cumplir sus tareas; y era, con ese antebrazo inestable, la mano derecha de las señoritas.

Estábamos cerca de la casa cuando aparecieron unos perros agresivos que el paisano mantenía a raya. La morada era una construcción de material, en forma de «L», en la periferia, las habitaciones y en el centro, una galería, todo sobre nivel. Tenía piso de ladrillos de aspecto aceptable, pero se apreciaba que fue mejor; la cocina, una construcción aparte, con un fuego permanente, alimentado por gruesos troncos; era el hogar de una infinidad de gatos.

Los árboles y enredaderas que rodeaban la casa eran generosos, prácticamente la cubrían, haciéndola fresca o cálida según la estación. Estaban esperándonos las señoritas Cáceres; atentas, orgullosas de tener al padre y al doctor de invitados. En la galería habían preparado una pequeña mesa con un impecable mantel blanco y un hermoso juego de té de porcelana china antigua muy llamativo. Nos sentamos en sillas y un sillón tipo Viena, de muy buen gusto. Tomamos el té, conversando amablemente de una y mil cosas, estaban bien informadas de la actualidad por la radio y los diarios que a veces caían en sus manos. La velada agradable, amena, formal, parecía transcurrir en la galería de una casa de ciudad y no en las Yungas jujeñas. Las señoritas eran educadas en cultura y modales, pude intuir que habían recibido una buena instrucción, que siempre se habían desenvuelto con reglas de urbanidad e higiene, no podía imaginarme cómo pudo haber sido. En esa visita y en otras, a través de veinte años, pude armar la historia...

Rosa y Ester eran tía y sobrina. La familia Cáceres estuvo radicada en Ledesma desde principios del siglo xx, eran de Salta. Don Desiderio Cáceres fue un alto empleado del Ingenio, encargado del lote Florencia, con trato directo con el ingeniero Herminio Arrieta, administrador y luego dueño del ingenio, del Partido Conservador, de su plena confianza; le había servido años y estaba pronto a jubilarse. El ingeniero lo entusiasmó, en vistas que se iba hacer el camino carretero a Valle Grande —era la década de 1930—, para que se comprara la finca San Luis, en Pam-

pichuela, donde podría criar ganado de buena calidad por el clima y los pastos. Iba a recibir una buena gratificación de la empresa para adquirirla, Arrieta quería poblar la zona con gente leal. Es así como la familia Cáceres se trasladó a Pampichuela, construyó la casa en San Luis cerca del arroyo. El molino, que funcionaba a pleno, quedaba en su propiedad, ellos lo explotarán. La construcción se hizo firme, amplia, trayendo los materiales y enseres de Ledesma a lomo de mula por el camino de herradura, fue toda una epopeya. Los Cáceres fueron pioneros, como en las películas de la conquista del oeste norteamericano. Pampichuela en ese entonces y como los demás poblados de la zona: San Lucas y Santa Bárbara, eran más grandes y pujantes que ahora, con una notable economía de autosuficiencia, se sembraba, cultivaba garbanzos, lentejas, maíz, trigo a la usanza española y transformaban en harina en el molino. Pero lo importante era la cría de ganado; estos pueblos fueron los proveedores de carne vacuna de las actuales provincias de Jujuy y el norte salteño; el lugar de engorde para llevar ganado bovino, mular a pie al Alto y Bajo Perú en época de la colonia y aún después, trayendo dinero, productos, caballos de calidad: los peruanos de paso que todavía se ven. Era una empresa que llevaba meses, a veces años; algunos habitantes tienen monedas bolivianas de la época y recuerdos de esos fantásticos viajes de sus antepasados.

Era un lugar de intensa economía regional, todos eran propietarios de sus tierras, gracias a la compra por sus encomendados–arrendatarios, de la inmensa finca Valle Grande, de don Rufino Valle y Gordaliza, un prohombre jujeño, primero realista ,después patriota y luego realista nuevamente, que se extendía desde Caspalá hasta el filo del Hermoso: ¡100 leguas cuadradas! prácticamente todo el departamento de Valle Grande, venía de encomienda–merced de Caspalá de la época colonial. Para eso reunieron y pagaron 20.000 pesos bolivianos de entonces a los herederos. Todo con participación activa de don Eugenio Tello, senador por Jujuy y hombre del general Roca, corría el año del Señor de 1886, pero esta es otra interesante historia que ya conoceremos...

La vida en San Luis era activa y pujante. Rosa y Ester, pequeñas, Aristóbulo, el varón, algo mayor. Iban a la escuela de Pampichuela, entonces capital del departamento de Valle Grande que se llamaba Eugenio Tello y tenía más alumnos que ahora. En la casa aprendían religión, urbanidad, higiene, buenos modales, tareas de campo como lo recalcan las señoritas. En el lugar había también otros «blancos», familias que vinieron o ya estaban allí. La presencia de blancos en la región viene de la época de la colonia, la guerra por la independencia, la consolidación nacional y provincial. El noroeste argentino era una frontera móvil ante esos acontecimientos políticos y, en las serranías, se refugiaban los que tenían problemas con la autoridad en ese mundo cambiante y, más que penal, eran de tipo político, económico, familiar, sentimental, estos alejados lugares eran seguros.

Las cosas no se dieron como soñaron los Cáceres y otros, hubo muchos factores en contra, ocurrieron hechos que fueron verdaderas catástrofes y, lo que iba ser

progreso, fue drenaje, destrucción. A mediados de la década del cuarenta, asoló la región una epidemia de Rabia Paresiante, enfermedad viral que ataca al ganado bovino transmitida por los murciélagos, afecta el sistema nervioso, causando parálisis de las patas traseras y luego la muerte. Fue algo terrible, el ganado moría por cientos; sus osamentas desparramadas por los pastizales de altura, el cielo cubierto de aves carroñeras, en un espectáculo dantesco. Prácticamente, de la noche a la mañana no hubo hacienda en Valle Grande, ¡un desastre!

Las señoritas Cáceres se referían a este hecho con mucha tristeza, lo tenían como el comienzo de las desgracias para la familia y la zona. El transporte ferroviario, de ganado en pie y frigorífico de carne del sur, estaba en expansión y reemplazó inmediatamente a Valle Grande como proveedor. Desde ese entonces no existe la ganadería en gran escala, de calidad, en la región. El camino que estaba por terminarse, lejos de inyectar vitalidad, sirvió para drenar la zona, sus bosques y habitantes se fueron, impulsados éstos por las mejores oportunidades de la naciente industria en las ciudades del sur.

Era la masiva migración del campo a la ciudad, que vino con el peronismo a fines de la década del cuarenta, la agricultura local se vino abajo con la introducción de granos, de harinas a menor costo; dejaron de funcionar los molinos. Con el tiempo las localidades fueron despoblándose, fenómeno que ahora se está revirtiendo ante lo difícil y violento de la vida en las grandes ciudades.

En la década del 50 fallecieron don Cáceres y su señora. Aristóbulo emigró a Salta con algún capital, tuvo suerte en el tabaco. Rosa y Ester quedaron a cargo de la finca que empezó a venirse abajo. Subsistían con una economía familiar que ellas sostenían con entusiasmo y laboriosidad; allí se acercó Juan que resultó ser un buen empleado. Conseguir gente trabajadora, honesta y responsable en el cerro se hizo difícil. Recuerdo que en una de mis visitas, encontré a Ester en la hombría tarea de castrar un formidable y arisco toro, al que Juan con algunos circunstantiales ayudantes a duras penas habían podido bajar del cerro. Era un animal salvaje, que quería aplacar y que cuatro hombres apenas habían podido tumbar. Allí estaba Ester, delgada, pálida, con sus largos vestidos, empuñando decidida el cuchillo de capar, hacía su tarea entre los fuertes bramidos del formidable animal. La escena era dramática, elocuente, con un simbolismo pleno sobre la valiente, realista postura femenina ante la adversidad, que no escatimaba tomar el papel de hombre, para mantener en pie la casa familiar y sobrevivir dignamente. Era el epílogo de una tragedia griega.

El tiempo fue pasando inexorablemente. Rosa, mayor, falleció primero, está enterrada junto a sus padres en el camposanto de la finca. Ester siguió sola en sus tareas, Juan también había fallecido desbarrancado. Ella y la casa se iban achicando, ya no eran ni la sombra de la original, pero seguía digna, laboriosa, erguida, derechita, sin una queja. Hice mi última visita con Mila, mi esposa, que no la conocía personalmente pero sí por fotos y correspondencia. Aunque parezca mentira,

mantuvimos con las señoritas Cáceres correspondencia epistolar, primero por el Correo, hasta que lo cerraron y luego por los transportistas. Siempre llegaban para fin de año expresivas tarjetas, esquelas, que mi esposa contestaba puntualmente. También recibí varias veces envíos de frutas, dulces y hasta unas delicadas tacitas chinas de té, eran parte del juego que había admirado en mi primera visita.

Mila estaba asombrada por lo alejado y solitario de la casa, allí abajo, en pleno monte, mientras nos acercábamos le contaba y mostraba mis experiencias por esos lugares. Ester estaba sola, deteriorada, pero incansable en sus tareas, y, a pesar de todo, nos atendió con gentileza, entusiasmada por la visita, sin una queja; nos brindó un caliente té y tuvimos una amena charla llena de recuerdos. Mucho llamó la atención de mi esposa una frondosa enredadera en la esquina de la galería que se extendía por doquier, tenía hermosas y perfumadas flores blancas como azahares, pero de mayor tamaño. Apenas se acercó, empezó a resaltar su belleza y perfume, el rostro de Ester cambió, se cubrió de una alegre sonrisa, empezó a hablar con entusiasmo de esa viejísima planta. Nos contó que la había traído su padre de Buenos Aires, que fue el orgullo, el símbolo de la casa y ahora recuerdo de otras épocas en que el lugar era toda actividad. Nos habló de su perfume, hizo referencia a una risueña anécdota de un ilustre visitante, el ingeniero Arrieta, que en una noche de suave brisa, pensó se había derramado un frasco de perfume, y no, era la fragancia de la flor de esa enredadera que tenía un sugestivo nombre: Angélica. Nos dijo también que era difícil de prender, que varios intentos habían fracasado.

Al despedirnos, llamó a Mila, eligió un lindo gajo y lo arrancó diciéndole: córtelo en dos o tres ramas y plántelo esta noche, procure que sea en buena tierra, por ahora bajo sombra y no le deje faltar el agua, estaba muy contenta al dárselo.

Cumplimos al pie de la letra sus recomendaciones en el jardín de «Aurora», Y, ¡oh, milagro!, los brotes crecieron, están luchando por mantenerse vivos. Son erguidos, francos, tranquilos, seguros y delicados, como las señoritas Cáceres; se llaman Rosa y Ester¹³.

13 Ester falleció en septiembre de 2000, pasó sus últimos meses en Libertador en casa de familiares, en el hospital Oriás, lejos de Pampichuela, de su San Luis de Noques. Fue enterrada en el cementerio de la finca, al lado de los suyos y estoy seguro que allí continúa el bullicio y actividad de los Cáceres, ahora nuevamente juntos.

Victorina

Victorina tenía 16 años, sanfrancisqueña, su papá es Jesús de Tres Morros, Filomena, la mamá, es de San Lucas; ellos tienen varias hijas mujeres, mozas bien parecidas, delgadas, altitas, morenas, con cabelleras de un negro retinto, ojos oscuros, retraídas en el trato con extraños, pero sueltas y locuaces entre ellas. Jesús es cosechero del Ingenio Ledesma, trabaja en la zafra azucarera, luego vuelve a San Francisco; cultiva con la familia una parcela de tierra, tiene algunos animales y realiza changas para sobrevivir. Su casita está en la parte baja del pueblo, frente de la cancha de fútbol, parece una escuela por la cantidad de niños que hay, hijos y nietos.

Victorina terminó la primaria, es una chica delicada, apegada a la familia, se quedó ayudando a su mamá en los quehaceres de la casa, a criar a los pequeños hermanos y sobrinos, los mozos del pueblo no dejan de rondar la casa de Jesús. Últimamente ella no andaba bien, comenzó a estar inapetente, perder peso, tener molestias abdominales. Consultó y fue internada en el hospital Orías de Libertador, le diagnosticaron primero una enfermedad hepática, luego un problema pulmonar por un derrame en la pleura. De la sala de clínica pasó a terapia. Numerosos estudios le realizaron, los doctores no podían determinar qué tenía, cada día estaba peor y decidieron derivarla al Hospital San Roque de Jujuy para que la evalúen, le hagan otros exámenes. Allí hay más aparatos y especialistas, le dijeron a la mamá los médicos.

Cuando llegó al Hospital San Roque estaba bastante delicada, respiraba con dificultad, fue internada en la sala de terapia intensiva donde estuvo unos días, mejorada pasó a la de clínica. Le hicieron mil y un estudios, algunos complejos y costosos como una tomografía tóraco-abdominal. Se tuvieron en cuenta varios diagnósticos sin llegar a ninguno definitivo. Recibía medicina sintomática, algo mejoró, pero era la sombra de la bella adolescente, fue dada de alta y debía volver para control. Ir, volver de San Francisco a San Salvador es dificultoso, tanto económica como operativamente. Pero la mamá paciente, con una fe inmensa en los doctores que curarían a su hija, descuidando a los otros, a la casa, sacando plata de donde no había, fue y volvió las veces que le dijeron, le hicieron varios estudios nuevamente, pero no evolucionaba bien.

Filomena fue percibiendo que los doctores, antes tan solícitos, interesados y amables, estaban como cansados de ellas. Algunos que la atendían por consultorio externo, nunca habían visto a Victorina, limitándose a repetir la medicación, pedir nuevos exámenes que demoraban en hacerse. Desesperada consultó también en el cerro con curanderos, sanadores, todos coincidieron que a la niña le habían hecho un mal muy poderoso difícil de vencer. Tampoco faltó a cuanto rosario o misa se celebraba en la iglesia de San Francisco.

Tenía turno en el hospital de Jujuy para el lunes a las 8 y, por más que hizo lo

imposible viajando el domingo a la tarde a Libertador, tomando «Balut» temprano para Jujuy, por varios inconvenientes, recién pudo estar en el San Roque a las 10 con su hija en bastante mal estado, respiraba con dificultad, vomitaba lo que ingería; pero no pudo ser atendida, los doctores ya se habían retirado. En la guardia no quisieron verla porque era de consultorio externo. En vano habló, rogó que su hija estaba mal, que debían atenderla. Esta paciente debe ser atendida por el médico de cabecera, le dijo concretamente la enfermera al ver a una Victorina que todavía se tenía en pie y respiraba junto a su madre.

Resignada y sin saber qué hacer volvió a la terminal de ómnibus, ya era el medio día, ninguna había probado bocado. Sentadas en un banco Filomena pensaba: ¿Volver a Libertador? ¿a la guardia cuando cambien el turno? ¿ir a otro hospital? Pero la Victorina no pudo más y se desplomó en brazos de su madre que apenas pudo impedir que cayera al suelo, varios las ayudaron a tomar un taxi. El joven chofer partió en veloz carrera al hospital San Roque como le indicó la mamá. Llegaron a la guardia con la niña desvanecida, pálida, apenas se movía, era una pluma; sin dificultad la pusieron en la camilla que le arrimaron al momento. De inmediato la revisó el médico de guardia, todas las enfermeras se movían a su alrededor.

Apenas tenía pulso, tuvo un vómito de sangre, fue llevada veloz a terapia intensiva donde las enfermeras apenas reconocieron a la adolescente que había estado hace unos tres meses. La mamá se quedó sentada en un banco del pasillo presagiando lo peor. Médicos, técnicos, enfermeras entraban y salían, le hicieron análisis, radiografías, transfusiones de sangre, por sondas drenaban líquidos, cámulas con suero penetraban el cuerpo flácido de Victorina que apenas se quejaba. Al atardecer se le acercó un doctor para explicarle lo grave del estado de su hija, para decirle que tiene que trasladarla a otro hospital para hacerle estudios más complejos. Resignada, aceptó cualquier cosa con tal que salvaran a su hijita.

La llevaron a un hospital más grande, frío y, luego de estar en una congestionada guardia, ser examinada nuevamente por varios galenos, deambularon por interminables y desiertos pasillos; subieron por un ascensor a terapia intensiva. Era la tercera sala de terapia que estaba Victorina. La mamá siempre a su lado o cerca, ahora parada estoicamente en el pasillo, apoyada en una blanca pared, casi desfalleciente, no había dónde sentarse. Al rato, una enfermera le habló, se sobresaltó cuando la tomó del brazo, estaba adormilada, no la había escuchado, quería preguntarle si era familiar de la jovencita que acababan de traer, ella movió afirmativamente la cabeza como un autómatas murmurando un débil, soy la madre. Venga señora, le dijo agarrándola fuertemente del brazo temiendo se cayera, el doctor quiere hablar con usted y la introdujo en una habitación con una mesa en el medio, rodeada de sillas metálicas, en las paredes había vidrios iluminados, ante tanta luz tuvo que cubrirse los ojos con las manos.

Apareció un doctor que nunca había visto antes; este le dijo: –Señora, su hija estaba muy mal cuando la trajeron, había perdido mucha sangre–. Filomena, sin

levantar la vista le preguntó ¿Cómo está ella ahora doctor? Ha fallecido señora, nada pudimos hacer, era un caso desesperante ¡Ay, doctor! gimió la mamá sin levantar la cabeza, como si hubiera recibido una puñalada, ¿qué hicieron con mi hijita? Este mediodía cuando la llevé por segunda vez al hospital medio muerta, pensé que algo muy feo iba a suceder y así fue. De meses que deambulo por varios hospitales, nadie me decía nada concreto, se la pasaban de médico en médico, de servicio a servicio: que hacían falta otros estudios, que ya va mejorar, que la traiga la semana que viene, que le haga estos análisis, estas radiografías, que tome estos remedios. Esta mañana no me la quisieron atender cuando llegué un poco tarde al consultorio, ella estaba mal. Sólo cuando estuvo media muerta, entraron a preocuparse y a correr todos por todos lados. ¿Por qué doctor? ¿por qué esto es así? Nadie se responsabilizó de Victorina, ¿qué hago sin mi hijita?, yo cumplía con todo lo que me decían. El pobre Jesús trabajó más que nunca, hasta malvendió algunos animales para tener platita con que movernos, hacer los estudios, comprar las medicinas ¿Qué hizo la Victorina, qué hice yo, para merecer esto? ¿qué digo ahora en mi casa?

Todo esto lo decía la mamá sin levantar la cabeza, con un terrible dolor interior y, para no caerse se sentó exhausta en una silla, llorando desconsoladamente con la cabeza entre sus manos. El médico la escuchaba petrificado, no sabía qué decirle, qué hacer, nunca había visto a Victorina, a su mamá, no conocía el caso, a la paciente, no entendía nada de lo que le decía.¹⁴

Junio de 1996.

14 Una semana después, se presentó el caso en el ateneo del Hospital San Roque, hicieron varios diagnósticos sin llegar a ninguno definitivo. Nadie supo, conoció, comentó el complicado deambular de la jovencita, salvo que era de San Francisco en Valle Grande, una hermosa y exótica región, más allá del Parque Nacional Calilegua, que algunos conocían por comentarios.

Berna

Lo conocí cuando construía «Aurora», me lo presentó Hermes, trabajaba en su jardín, le asistía a transplantar unos rosales. Este joven puede ayudarte en las tareas de tu casa, es guapo, de confianza, me dijo. Vi un adolescente delgado, humildemente vestido, de mirada tímida, bizco. La verdad, que este muchacho no puede servirme de mucho, pensé entonces.

Con la llegada de Pablo, el carpintero, surgió la necesidad de un ayudante, lo busqué. Supe que le decían Berna, se llamaba Bernardino, vivía en el bajo, más allá de la cancha de fútbol, su madre era Leonarda, una laboriosa mujer, sostén de la familia. Berna había terminado la escuela primaria en la escuelita de San Francisco y, al no poder seguir otros estudios, buscaba aprender un oficio, hacía changas en el pueblo, ayudaba a su madre en las tareas del hogar, era bueno y comprensivo con ella, de comportamiento simple, sencillo, algo cándido, puro, sin malicia. Con Pablo se entendieron bien, fue su ayudante, estaba entusiasmado de aprender cosas nuevas. Su vivienda era humilde, siempre había vivido en el cerro, admiraba mucho los detalles e instalaciones de una casa de material, cuando Pablo terminó su trabajo quedaron buenos amigos.

Luego vino don Gregorio Zalazar, viejo electricista que conocía de años, a realizar la instalación eléctrica. Allí estuvo Berna como ayudante, con los cables, llaves, sí que se entusiasmó de veras. El tendido oculto de las líneas, los interruptores, tomacorrientes, la llave general de circuitos independientes, en fin con todo. Con el asesoramiento de don Zalazar amplió la pequeña instalación eléctrica de su casa, le puso más luces, llaves y toma corrientes, le pidió que le consiga un manual sobre el tema. Grande fue su tristeza cuando Zalazar se fue, pero ya sabía algo de instalaciones eléctricas, sobre todo el cuidado a tener con la corriente.

Así, con derechos bien ganados, Berna quedó como ayudante general: pintar los tirantes, pasarles el impregnante protector a los marcos, puertas, ventanas, a los muebles. Era un joven-niño, todo le causaba admiración con sincera ingenuidad y llegué a estimarlo. Cuando yo no estaba o no había tareas para hacer, Berna trabajaba en lo que venga con tal de ganar unos pesos. En ese tiempo estaban construyendo el piletón de la turbina eléctrica, traían áridos desde Agua Negra y allí cargando piedras estaba Bernardino, no me imaginaba al «alfeñique» en tal tarea, pero la hacía.

Esa semana ¡por fin! gracias a los ruegos de su madre a la comisionada municipal, había entrado en el plan «trabajar» a pesar de ser menor de edad. Debían acarrear ripio de Aguada del Toro para la nueva municipalidad. Era de un lugar alto a la vera del camino a Valle Grande no lejos de «Sanfra», la barranca de ripio fino estaba sobre otra en escalón, de allí se cargaba el acoplado. Llevaban unos días de trabajo, habían transportado bastantes carros y se había formado una verdadera cueva, el ripio inmejorable.

Era medio día, ya estaban a punto de terminar la tarea de la mañana y Berna en el fondo del socavón deseando almorzar: la última palada y dejó, pensó, y realmente fue la última. En milésimas de segundo, quizá por un temblor imperceptible, algo frecuente en la zona, la cueva se derrumbó cubriéndolo por completo no dándole tiempo a nada. Luego del formidable ruido y polvareda por el derrumbe, la situación fue desconcertante. Gritos pidiendo auxilio de los que quedaron parcialmente atrapados, de los que acudían en ayuda. —¡Y, dónde está Berna?, se preguntaron luego de unos instantes, no lo veían por ningún lado. Los no atrapados luchaban con las manos y palas para sacar a los enterrados y buscaban con cuidado y desesperación al Bernardino debajo del ripio. Varias horas demoraron en encontrarlo, el corrimiento del derrumbe lo había arrastrado varios metros, no tenía lesión alguna, estaba sucio por el polvo, muerto por asfixia. A los otros, fuera del gran susto no les pasó nada grave.

El pueblo estaba alborotado, habían oído el ruido del «volcán», habían visto la polvadera. La pobre Leonarda desconsolada; Berna era el hijo comprensivo que siempre pensaba en ella.

Diciembre de 1996.

Transporte

Viajar por la ruta provincial 83 que lleva a Valle Grande, al corazón de las Yungas jujeña, es una aventura, en especial para los forasteros, pero no es lo dificultoso que fue hasta la década del noventa, cuando comenzó a mejorar el camino por la iniciativa y trabajo de las comisiones municipales y el apoyo de Vialidad de la Provincia y de la Nación. Fue necesario enripiar gran parte de la ruta, hacer alcantarillas, cunetas para drenar el agua de lluvia, impidiendo que elija la huella como cauce arruinándolo y que con el tránsito inmediato, después del aguacero, se produzcan profundas huellas, barriales infernales.

Estas mejoras incrementaron el transporte de una manera considerable y de prácticamente uno, el «coya» Arjona, surgieron varios, hasta ¡autos remises!, que ni sus fabricantes sospechan por donde se meten y salen. Hay dos empresas regulares de colectivos, la «23 de Agosto» de los Alancay y la «24 de Septiembre» de los Cruz. Alternan el recorrido Libertador–Valle Grande y viceversa, salen de la terminal de ómnibus de Libertador a las 8:30, pasan por San Francisco a las 11 y a las 14 están en Valle Grande, una o dos veces por semana llegan a Valle Colorado que está más allá, por un recientemente inaugurado camino a una hora de viaje. Regresan el mismo día, salen a las 15 de Valle Grande, a las 17 pasan por San Francisco y a las 19 están en Libertador.

Bueno, bueno... los horarios así descritos parecen de una empresa aérea europea; eso es en teoría, la realidad depende de muchas cosas: el clima, el estado del camino, el vehículo, el chofer, los pasajeros. Hay un dicho en la zona que dice: «usted sabe cuándo sale, pero no cuándo llega», en el cerro el tiempo no existe, «los vallistos no tienen tiempo», afirmó irónicamente un turista.

El servicio es muy particular, completamente distinto a los transportes de pasajeros convencionales que conocemos en la ciudad. Sus usuarios son la gente del cerro, usan la movilidad para llevar lo que necesitan, ocupar todo el colectivo es válido: pasillos, portaequipaje, techo, asientos. Cosas de lo más variadas: bolsas de harina, cemento, azúcar, maíz, fideos, garrafas, ¡colchones!, cerámicas, inodoros, machimbre, cocinas, bebidas en general, esto es lo que abunda, también animales pequeños, mascotas y, desde luego, pasajeros. Todo eso hace al viaje muy «pintoresco», aunque a veces algo incómodo, en especial para los foráneos no aventureros; se tiene la impresión de estar en un colectivo de las selvas del Perú, Bolivia, Ecuador o la India.

Los choferes tienen una paciencia infinita, su lema parece ser «cargar todo lo que pueda entrar». Luego de salir de la terminal, recorren la feria de frutas y verduras cargando y cargando, van por los barrios recogiendo más cosas y personas, ancianos con dificultades para deambular que son alzados y acomodados, como bultos delicados, también son sus ocupantes turistas, mochileros que quieren conocer la región, y desde luego yo con «Paco», al que choferes y ayudantes conocen,

acarician sus suaves y grandes orejas, viajé infinidad de veces llevando las más variadas cosas; la mitad de «Aurora» se transportó por colectivo.

La real partida, es decir, pisar la ruta 83, puede ser una hora después de lo programado. Los vehículos son ómnibus de segunda mano, que ya han cumplido varios años de transporte urbano, los legendarios *Mercedes Benz 1114*, que en general andan bien, pero necesitan un permanente mantenimiento que no siempre reciben. Por las características de los pasajeros y la carga, es de imaginar que no se trata de un transporte de cinco estrellas, de un *sleeping buss*, pero es adecuado. Los conductores son hombres de años de manejar, algunos ex choferes de camiones vigueros. Conocen el camino como la palma de su mano, pero son demasiado corajudos; los he visto andar en pleno diluvio por lodazales, dentro de una niebla donde no se veía nada, inclinarse peligrosamente en un derrumbe, morder el barranco, pasar junto a bloques de piedra caídos por espacios imposibles; todo esto hace poner los pelos de punta, ¿son valientes o inconscientes? Saben de mecánica, electricidad, se dan maña para solucionar desperfectos.

El viaje «normal» con buen tiempo, sin pinchaduras, fallas importantes, caída de árboles o un «volcán», es ordenado y agradable; el paisaje lo tiene a uno distraído, dura lo previsto. Los inconvenientes son solucionados con la participación de todos: chofer, ayudante, pasajeros, cada cual aporta lo suyo, según su saber o recursos. El auxiliar del conductor es otro personaje del viaje, un joven que hace múltiples tareas: acomodar los bultos, cobrar el pasaje, ayudar a los pasajeros, bajar a despejar el camino, calzar las ruedas, ver si pasa o no, etc., etc. y tiene una idea fija: ser chofer, que en general logra con gran experiencia, el camino es su escuela; cada viaje, una clase.

Son empresas familiares: padres, hermanos, sobrinos, cuñados, integran el «directorio y personal». Los Alancay de la 23 de Agosto, llevan años en el ramo. Su especialidad es el transporte del pasajero rural de montaña; comenzaron en San Salvador llevando pasajeros y sus cargas a Tiraxi, luego se radicaron en Libertador; aquí cubren Valle Grande y también la zona de Normenta, llevan en la sangre el transporte rural. Su casa en el Barrio Industrial de Libertador, es un gran taller mecánico donde se atienden y mantienen los vehículos: lavado, engrase, mecánica ligera o mayor, ¡llegan hasta desarmarlos íntegramente! Los Cruz son de la zona y el viaje a Valle Grande es su recorrido, también los viajes «charter», que ambas realizan.

La vuelta a veces no es tan «ordenada» como la ida. La carga principal son esqueletos vacíos de cerveza, los pasajeros son paisanos y turistas cansados. En ocasiones algunos lugareños viajan «alegres», coqueando generosamente, pueden molestar algo, pero resultan «pintorescos» si uno está de buen ánimo y no se pasan de la línea. Sostienen largas y monótonas charlas sobre reiterativos temas y hasta pueden seguir bebiendo. Cuando el colectivo está lleno hay que venir de pie en el pasillo; siempre el viaje está amenizado por música popular melódica, cuartetera,

villera, cumbias, folclore a todo volumen del pasacasette del conductor. Si uno viaja solo, o con amigos que conocen el ambiente, la situación se hace tolerable, pero esto se complica algo si es con personas no familiarizadas con estas situaciones.

Recuerdo el regreso en un mes de julio, para esa época oscurece temprano, el ómnibus estaba lleno y viajaba yo de pie. Habíamos pasado el monolito, estábamos en pleno descenso; entre los pasajeros del fondo, había un grupito que bebía, estaban alegres, se hacían chistes, cantaban. Se destacaba entre ellos José Félix, albañil de San Francisco, siempre ocurrente. El ambiente no era molesto, al contrario se veían simpáticos.

Hacía frío y como estábamos amontonados, veníamos calentitos. El ómnibus bajaba crujiendo por los frenos, la carga, la vieja carrocería en el zigzageante e irregular camino en bajada, su interior estaba iluminado sólo por las luces rojas de emergencia, dándole un aspecto especial a ese grupo humano de atrás, que se bamboleaba con el traqueteo. La música tronaba, acompañando la romántica y melodiosa voz de Sandro, los pasajeros charlaban; yo, parado en el pasillo, colgado del pasamano, descansando la cabeza sobre el dorso de mi mano, divagando, por ratos atendiendo, observando al grupo del fondo. Pensaba en los animales de las Yungas que nos oirían o verían pasar, asustados con tanto barullo.

Fue entonces, cuando mi meditación se interrumpió de golpe al sentir a José Félix exclamar en viva y melosa voz: –Con esta música y luz, esto parece un «nigiticlú»!, sólo faltan las locas, y estalló una carcajada general.



El «23 de Agosto» cruzando el puente sobre el río Jordán.

Foto de Graciela Fernández.

Asistencia Espiritual

La atención religiosa de la grey católica en el departamento de Valle Grande, estuvo desde 1976 hasta 1990, a cargo del padre Laudino Cano, sacerdote de Libertador que, como ya mencioné, recorría la zona en sus festividades religiosas. Los pueblos, salvo San Francisco, son antiguos, algunos de la época colonial y tienen una arraigada fe católica, mantenida por tradición cristiana comunitaria auténtica. A partir del año 1990 se hizo cargo de la asistencia espiritual la congregación de religiosas «Misión de Jesús, Verbo y Víctima». Su tarea es recorrer regularmente todas las comunidades dando atención espiritual y material, preparando el camino para la visita del sacerdote. Es una orden originaria del Perú, creada para ayudar a las comunidades rurales alejadas que carecen de párroco estable. Llegaron a la zona por gestión del entonces Obispo de Jujuy, Monseñor Casado. La actitud y espíritu de las hermanas es admirable, corresponde con las necesidades locales (foto 27, Pág. 124).

Los vallistos, dispersos en la inmensidad de las Yungas, lejos de los centros urbanos con recursos programados, tienen como verdaderos protectores a Dios, a la Divina Providencia, Vírgenes y Santos ante lo imprevisto, ante las contingencias de la vida. Aislados en las serranías, recurren a ellos con una confianza y fervor no acostumbrados en la ciudad, como lo atestigua la nota que encontré entre papeles en la capilla de Pampichuela:

Pampichuela, marzo 15 de 1956

Los vecinos de este lugar, en vista de tan enorme sequía, estando en peligro nuestras sementeras, de común acuerdo hemos resuelto hacer una rogativa a Nuestra Señora y patrona de este pueblo Señora del Carmen, sacándola en procesión y para cuyo fin debemos suscribirnos con lo que sea nuestra voluntad y para que con lo producido o fondos que se recolecte ofrecerle una fiesta en cuando venga algún Cura o Párroco y es como sigue:...

...a continuación, apenas legible estaba la firma de los pobladores y sus aportes.

La religiosidad es mayor en las mujeres, ellas constituyen en las serranías, como en el resto de la humanidad, el pilar de la familia, de la sociedad, las que cargan con toda la responsabilidad del hogar, la crianza de los hijos, la satisfacción sexual de la pareja, sin una correspondencia adecuada del esposo, los hijos y la sociedad por el importante protagonismo que cumplen.

El padre Cano como una extensión de sus tareas en la ciudad, debía recorrer esas dilatadas y abruptas comarcas, pero no disponía de fondos específicos para hacerlo. Armar un viaje hace más de diez años, era toda una «expedición», que se podía concretar sin mayores inconvenientes cuando con tiempo y recursos, las comunidades preveían la venida, traslado, atención del padrecito, cosa que no siempre ocurría, pero cuando se realizaba, la feligresía saldaba «oficialmente» las deudas con el

Altísimo. Había bautismos, confesiones, casamientos, responso, misas de almas, todo ello con una piedad que se añora (fotos 26, 28 y 29, Págs. 124 y 125).

En mis recorridas junto a Laudino, pude vivir de cerca esas ceremonias en un ambiente de real devoción cristiana, humildad y entrega total de parte de los fieles y el sacerdote. Recuerdo la del bautismo, que implicaba, además de la incorporación a la fe católica del niño, la creación de un fuerte y formal vínculo entre los papás y el padrino: los compadres. Esto se afianzaba en un rito interpersonal, paralelo al bautismo, sin intervención del sacerdote. Los compadres se arrodillaban en el piso de la iglesia, frente a frente, muy cerca, tomándose las manos y juraban «respetarse y ayudarse mutuamente en la existencia, velar por la criatura para que pueda salir adelante en la fe cristiana y en la vida», lo hacían en público, toda la comunidad de testigo. Conmover era vivir la ceremonia en el seno de una humilde capilla, sumergida en el límite de las Yungas, viendo como seres humanos simples se comprometían honestamente ante Dios, los suyos, por la seguridad espiritual y material del nuevo miembro de la grey católica (foto 25, Pág. 124).

También impresionaba la celebración por los muertos; la misa de difuntos era muy solemne, querían recordar, mitigar las penurias de los que partieron. Evoco una celebrada en Santa Ana, en su hermosa y pequeña iglesia al atardecer, luego de un prolongado rosario. El sacerdote vestido para la ocasión con hábitos oscuros. Delante del altar había un catafalco rodeado de velas, los fieles sentados o arrodillados en el piso, en profunda entrega a Dios, rezaban por el alma de sus muertos, la tenue luz de las velas, del atardecer, daban a ese cuadro un aspecto sobrenatural ¡Los difuntos estaban allí!, se percibía su presencia, agradeciendo los rezos a sus parientes y amigos. Yo estaba detrás, cerca de la puerta, también recé por los míos, luego salí un momento para ver «dónde estaba». La oscuridad era total, no veía más allá de mis narices, al darme vuelta sólo resplandecían la puerta y las pequeñas ventanas del templo por la tenue luz de las velas, se escuchaba el monótono rezo y, al levantar la vista me encontré con el cielo nocturno de un negro intenso, tachonado con fantástica cantidad de estrellas, realmente estaba cerca de Dios y de mis muertos.

La mañana siguiente visitamos el cementerio para dar el responso a las almas. El camposanto era un predio cercado por pircas junto al pueblo, el padre iba formalmente vestido con casulla blanca, llevaba un gran incensario, el pote de agua bendita y rodeado de fieles. De acuerdo a solicitud, el «tata cura» oficiaba el responso, mencionando claramente el nombre del finado. Las tumbas simples, eran pequeños montículos de tierra, la mayoría arregladas; los familiares estaban vestidos para la celebración con sus trajes típicos. Segundos antes de comenzar el rezo, cubrían la sepultura con el poncho del difunto, esto daba al ritual la vivencia de una protección total, espiritual y material del que se fue.

En las confesiones el padre estaba sentado en un rincón del templo; recibía pacientemente el relato de «los pecados» de esos humildes pobladores, en su mayoría mujeres mayores, rostro con rostro, viéndose la cara, arrodillados, en sumisión

total contaban sus faltas y él los perdonaba ¿Qué pecado de ofender a Dios podían cometer esos modestos cristianos?, alguna vez tuve la intención de preguntarle, pero la confesión es un secreto y no quería ser indiscreto.

En una oportunidad, cerca de Valle Colorado en Cuevas, esperaban al padrecito al borde del sendero para que fuera a asistir a una anciana enferma, lo acompañé. Cruzamos el río por un endeble puente colgante suspendido en el vacío. Llegamos hasta una humilde vivienda con galería, me llamó la atención la cantidad de pájaros que mansamente estaban allí sin ningún temor, parecía un ambiente santo. El padre entró en la habitación a cumplir con su tarea, yo esperé afuera. Cuando regresábamos me contó que la confesó y le dio la unción de los enfermos. Era una anciana de más de noventa años, bastante lúcida, la conocía de otros viajes, estaba asombrado porque le rezó el «Señor mío Jesucristo» de punta a rabo, una oración de los niños españoles, antiquísima, que decían al termino de la confesión y lo hizo en un castellano de la época de la colonia ¿Quién se la enseñó, Dios mío?, se preguntó, debe haberla aprendido siendo pequeña, de personas tan viejas como ella es ahora y la recuerda con nitidez en el momento de partir.

Allí pensé: cuán sabios, correctos, son estos pobladores a pesar de su «ignorancia» para actuar en esas circunstancias. Tenían bien claro, como auténticos cristianos, que era más importante la protección de Dios a la medicina; que a esas alturas de la vida, nada realista podría hacer. ¡Tan distinto a nuestro modo de obrar!, en donde a veces, hasta con soberbia creemos, queremos torcer el destino, privando al que se va, luego de haber cumplido su ciclo, de la compañía de los suyos, del lugar donde transcurrió su vida, de una tranquila, auténtica asistencia espiritual, familiar; manteniéndolo internado en aisladas y estériles, en todo sentido, salas de terapia, rodeado de personas y aparatos extraños momentos antes de partir definitivamente. —¿Qué sensación de soledad se deberá sentir, Dios mío!

Las charlas con el padre durante los viajes por esos interminables senderos, o en la oscuridad del cuarto antes de dormirnos, eran interesantísimas, muy variadas, hasta de temas que parecería imposible hablar con un sacerdote. Conciente y realista de su reducida actuación con visitas esporádicas, dada sus múltiples tareas, lo dificultoso de la geografía, pero era lo único que podía hacer. Ahora, la presencia continua de las madres de Mjvv está dando un nuevo impulso a la fe católica.

La vestimenta de los vallistos, en especial los días de fiesta, es llamativa por lo típica, más en Valle Colorado, Santa Ana, Caspalá, el límite norte; son muy semejantes a las de la Quebrada de Humahuaca, a las de Bolivia. En una de nuestras charlas, el padre me hizo un comentario muy interesante al respecto; los pintorescos vestidos, atuendos de los paisanos, son resabio del dominio español, están relacionadas a la indumentaria hispana de esa época. De acuerdo al lugar del cual provenía el «señor», vestía a sus siervos; así, los trajes de determinadas zonas de América, están vinculados con regiones específicas de la España colonizadora (foto 24, Pág. 123).

Los pescadores de truchas

Las truchas de los arroyos de Valle Grande son muy mentadas. Esos ágiles, ariscos y escurridizos peces son clásicos de los cauces de montaña. Eligen sus corrientes cristalinas, saltarinas, frías, soleadas, aisladas del ruido y la presencia humana. Sus pescadores son gente dispuesta a caminar, trepar, bajar laderas, peñascos, de meterse en el agua hasta la cintura a veces.

Deseando conocerlas en su medio natural acepté la invitación de Don Salomón Apaza para ir Sunchales arriba, a «los peñascos», allí tiene un puesto para curar y dar sal a las vacas en invierno y primavera cuando bajan de los pastizales de Alto Calilegua. El día anterior, don Apaza había llevado unos pescadores de Jujuy, iría a buscarlos y decidí acompañarlo, desde ya con Paco, el incansable compañero de cuanta caminata se presente.

Hubo un inconveniente de último momento: la cabalgadura para traer la carga de los pescadores se había soltado, tenía que buscarla. Como no tenía ánimo de esperar o acompañarlo, le propuse hacer el camino con Paco, que nos alcance luego. Nos dio las indicaciones necesarias y partimos. Los accidentes que me dijo los fui descubriendo: una quebrada bien angosta, una vertiente, un tronco caído, la laguna seca debajo de un bosque de pinos en la cresta de una lomada. Paco iba delante olfateando todo, deteniéndose a cada instante para mirarme como diciendo, vamos bien!

Era la mañana de un día espléndido, el cielo de un azul intenso, sin nubes. Andábamos por senderos desconocidos, debajo de una vegetación no muy tupida por la estación, el camino estaba marcado, lo usaba con cierta rutina don Salomón; las vacas también lo transitan y abren sus propios senderos que van a cualquier parte, buscan las hojas de algunos árboles para alimentarse ante la falta de pastos; esas huellas desorientan, hacen perder la ruta, hasta pueden extraviarlo si no se está prevenido, se distinguen porque su techo es bajo, por la alzada del animal, no se ven cortes de machetes, las hacen arremetiando simplemente. Observando con detenimiento y atención uno puede distinguir el sendero verdadero del falso, aunque para un aprendiz como yo, no dejaba de ser motivo de tensión y duda, pero nos dábamos maña con Paco y seguíamos adelante.

Helechos en el piso, árboles de mayor porte con barbas del monte en sus troncos, un terreno limpio de arbustos se apreciaba a medida que ascendíamos. El sol no iluminaba esa ladera, encontré sus rayos llegando a «laguna seca», al bosquecillo de pinos, allí los árboles tenían una fluorescencia verde al dar la luz en las barbas del monte, se marcaban nítidamente por el vapor y la humedad de la mañana.

«Laguna seca» era una depresión circular, plana, el fondo con infinitas huellas de pezuñas de vaca en el fango ya duro, allí se acumula agua de lluvia en verano, un bebedero natural hasta fines del otoño. Descansaba y observaba todo ese ambiente luminoso, cerrado, que parecía un salón decorado artísticamente o una iglesia; se veía el cielo por «ventanales» en la vegetación. Paco examinaba y olfa-

teaba todos los recovecos con curiosidad.

Decidí seguir la marcha, ahora en descenso; el sendero se bifurcaba, tomé el de la izquierda, pero luego de andar unos metros dudé, se hacía enamorado, era una huella de vaca, Paco no me seguía, tenía que retroceder, buscarlo e ir por el otro sendero. Al volver al claro tuve una gran sorpresa: sentado y apoyado en un pino, había un hombrequito que acariciaba a Paco y este muy tranquilo estaba a su lado. ¡Este señor hace un minuto no estaba aquí!, pensé preocupado, inquieto por el inesperado encuentro, pero me tranquilizó la total confianza de Paco hacia el desconocido; sus rasgos y ademanes eran amables, protectores. Lo saludé mecánicamente, sorprendido; contestó levantando la vista mientras decía: lindo su perrito, don; le sonreí disimulando mi sorpresa, no podía imaginarme cómo apareció tan repentinamente, sin mediar ningún ruido, le pregunté por el sendero para ir a «los pedrones». «Tome el sendero pegadito a la laguna seca, enfile siempre para abajo, empezará a sentir el ruido del arroyo, se topará con él, su perrito irá adelante, sígalo, él lo guiará», me dijo.

Quedé asombrado por la afirmación, pero no entré a explicarle que Paco no conocía estos lugares. Me despedí con un, «muchas gracias, amigo», y tomé el sendero indicado, detrás de Paco que parecía seguro en su papel de guía. Se veía la marca de los machetes abriendo paso, pensé en la suerte del encuentro justo en el momento de mayor duda, no quería perderme en la serranía, pero la verdad que sentía un no se qué respecto al encuentro. Ya preguntaré a don Salomón por el paisano, me dije para tranquilizarme.

De allí no tuve más dudas, Paco cumplía al pie de la letra la misión de baqueano oficial, asignada por el hombrequito, descendimos cubiertos por una seca arboleda, en un piso polvoriento e inseguro. Empecé a oír el ruido del agua, Paco, con su natural inclinación al líquido elemento aceleró sus pasos, no tuve mas remedio que seguirlo, rasmillándome, resbalando de cuando en cuando.

Como saliendo de una habitación aparecimos en la luminosidad de la quebrada del Sunchales, el arroyo tenía pequeñas playas de arena y piedrecillas, también rocas de distintos tamaños. Los inmensos «pedrones» estaban allí, el agua corría por un lecho de piedra roja, formaba pequeñas piletas y cascadas, por momentos muy angostos, transcurriendo por gargantas: ¡un verdadero arroyo de montaña, en estado puro!

Paco chapoteaba feliz en el agua de aquí para allá, regresando cada tanto a mi lado para darse una formidable sacudida que mojaba y salía corriendo nuevamente al agua, divirtiéndose de su travesura ante mis quejas. Decidí esperar allí a don Salomón, acomodé en lugar visible mi morral para que lo viera y recorrí el arroyo corriente arriba. Sorteábamos con Paco bien los obstáculos, estaba asombrado por los recovecos que hacía el agua para avanzar: saltos, cauce, pozos. Caminaba por piedras con marcada inclinación, que por suerte tenían algo de vegetación para agarrarse; me consideraba un experto, cuando sentí que la roca en donde pisábamos empezó a desmoronarse y, como en cámara lenta nos deslizamos hacia un pozo de agua que

estaba helada, me cortó la respiración, por suerte hice pie antes que me cubra y así, sin pensarlo me encontré con el agua al cuello. Paco a mi lado nadaba con cara de asustado, lo agarré de su arnés, poniéndolo sobre piedras seguras, dio un formidable sacudón y siguió explorando sin preocuparse por la suerte de su amo.

Salí despacio, agarrándome de rocas firmes, estaba mojado de pies a cabeza, tiritando de frío. Volví hacia «los pedrones» que estaban en el sol, debía sacarme la ropa, escurrirla, ponerla a secar, por suerte me había sacado antes la camisa que estaba seca en el morral, con ella me cubrí y me dispuse a esperar a don Salomón; acababa de completar la operación cuando apareció, y, al verme semidesnudo y contarle mi caída, se rió de buena gana.

Esperamos unas dos horas hasta que la ropa estuvo oreada, charlamos bastante en ese lapso. Me contó su historia en el ingenio. Entró de ayudante de grúa cuando salió del servicio militar, se retiró como maquinista luego de cuarenta años de trabajo, no se jubiló todavía por falta de edad, pero los años de aporte ya los tiene. Había tenido un accidente; perdió los dedos índice y pulgar de la mano izquierda, se los agarró en un descuido la paleta del ventilador de un motor; pero siguió trabajando, se retiró porque le ofrecieron indemnizarlo, esos pesos no le vinieron mal, ahora esperaba los sesenta y cinco años para jubilarse, su jefe fue don Mario Caorlín, quién le enseñó y ayudó mucho.

Don Apaza era de Alto Calilegua, allí transcurrió su infancia y adolescencia, fue a la escuela sólo hasta cuarto grado, tenía ya diez y seis años y, como era muy «grandote», fue su último año de instrucción formal, debía trabajar con sus padres. De chango recorrió todas las serranías cuidando el ganado de la familia, corría las vacas a una velocidad increíble para que no se escapen, en una caída se resintió la rodilla izquierda, que le molesta a veces. Ahora ya viejo, volvía al cerro para quedarse y seguir cuidando la hacienda familiar.

Charlamos de Basilia, su esposa, que es de Valle Grande, de sus hijos, en fin, esas conversaciones distendidas, tranquilas y francas que por el ajetreo de la vida de ciudad uno ya no las tiene. Le conté de mi encuentro con el paisano en laguna seca y se quedó pensativo, no podía ubicar quién podría ser, él conoce a todos, cosa que me inquietó, más cuando me dijo entre broma y serio: Debe ser el hombrecillo del monte, el que protege a los animales, el «Coquena»¹⁴. Su perrito le cayó bien porque es bueno, simpático y cariñoso, quiso darle una mano evitando se extravíe y que pase un mal rato y le dio dotes de guía. La verdad que estaba asombrado, no tenía miedo, me sonreí y entre charla y charla, cuando menos nos dimos cuenta la ropa estuvo seca, ya era medio día.

Me vestí, reiniciamos la caminata por un sendero paralelo al arroyo luego de cru-

14 Coquena: Personaje de la mitología andina representado por un hombrecito, en general bajo, es el protector de los animales salvajes de la rapacidad del hombre. Los que cazan por gusto o arteramente son castigados con accidentes, desgracias. Premia, orienta a los que tienen buen comportamiento, cazan para alimentarse.

zarlo por un precario puente de troncos; a poco de andar llegamos a un pequeño claro de desmonte, muy cerca del curso del agua pero a un nivel superior y estaba alambrado, tenía una pequeña pieza de paredes de tabloncillos hechos con motosierra, techo de chapas, a su alrededor había restos de fogata, troncos como asientos. Allí habían parado los pescadores, ahora estaban arroyo abajo, fuimos a buscarlos, los encontramos en el sendero, ya regresando de su pesca, era la hora acordada con el baqueano. Se los veía cansados pero contentos; nos presentamos.

Eran José Manuel, de unos sesenta y pico de años, delgado, de baja estatura, ojos claros y Néstor más joven y alto, rellenito, frente amplia. Venían cargados con sus pertrechos, el segundo tenía en bandolera a la espalda, un curioso canasto de mimbre, como los de pan pero más chico, con tapa, protegido con su cuerpo de las ramas. En él llevaba las preciadas truchas, vestían los chalecos con múltiples bolsillos.

Tuvieron una buena pesca, se autotitulaban «pescadores ecológicos», sacaban lo que podían consumir en cantidad y calidad; traían en cada viaje o enviaban, alevinos para sembrar, tarea de la que se encargaban ellos o don Salomón; el día anterior pescaron justo para cenar, almorzar hoy y, esa mañana para llevar a Jujuy refrigerados. Los peces pequeños eran devueltos al agua. La comida que hicieron la noche anterior fue «trucha a la piedra, al roquefort», un exótico plato. Calentaban una laja con fuego, la limpiaban y ponían las tiernas truchas en esa «plancha», agregándole el queso, ¡formidable!

Me mostraron sus seleccionadas piezas, eran ejemplares de unos 25 cm, plateadas con reflejos dorados, grandes ojos que parecían tener vida; al ver mi admiración se ofrecieron hacerme pescar, lo que acepté al instante. Con Néstor fuimos al arroyo, a un pozo. Ahí no más me explicó la técnica mientras encarnaba el anzuelo con patudos, curiosa carnada, un animalejo (¿insecto?), que vive debajo de las piedras, de lomo duro con múltiples patas y un par de tenazas; la verdad que impresiona al verlo, pero es una excelente y duradera carnada que, si se es práctico, sirve para varios piques.

La pesca de truchas es inquietante, el animalito inteligente, ubica perfectamente al pescador que debe mimetizarse. La presa y el predador son especiales, tienen su personalidad, compiten, se complementan y respetan. Guiado por un experto, sin proponérmelo, pesqué mi primera trucha vallegrandina, un hermoso ejemplar de unos 30 cm, al sacarlo, mientras coleteaba en la línea, Paco le ladraba insistentemente desde la orilla.

Charlamos animadamente, comentaron la hermosa noche anterior con luna creciente, las estrellas, el ruido del arroyo, de los animales nocturnos, del brillo y crepitar de la fogata, gozaron genuinamente de la naturaleza. En el puesto almorzamos, orgullosos nos convidaron la famosa «trucha al roquefort», que a pesar de fría estaba buena, tiernísima, la cabeza se deshacía debajo de los dientes, hablamos de una y mil cosas mientras preparaban sus vituallas para el regreso. La yegua de don Salomón estaba en la otra orilla esperando para hacerse cargo de sus bultos.

El regreso fue relajado, sin estar pendiente del sendero, pero estábamos cansa-

dos, entre trepar y charlar nos agitábamos bastante, hasta en Paco se notaba el agotamiento, ya no correteaba de aquí para allá, respetaba la huella, en los altos se echaba a descansar. Hicimos una parada en «laguna seca», les comenté del encuentro con Coquena, se quedaron admirados, don Salomón sin decir nada asentía con la cabeza, afirmando, lo que aumentaba el misterio del encuentro.

En algo más de tres horas llegamos a Saladillo, a la casa de los Apaza, serían la seis de la tarde. Basilia, gran anfitriona, nos esperaba con unas empanadas listas para hornear, las que saboreábamos mientras comentábamos la excursión.

Y, con nuevos amigos, los pescadores, conociendo «los pedrones» del Sunchales, el santuario vallegrandino de las truchas, teniendo un encuentro con el «Coquena», terminó ese domingo. Estaba extenuado pero contento, lo mismo que Paco.

Máximo Arias

Máximo Arias es un conocido vecino de San Francisco, delgado, de cabello corto, duro y canoso, más alto que bajo, piel oscura, ojos negros y saltones, facciones bien marcadas. Tiene la boca siempre entreabierta, le faltan dientes y da la impresión de estar distraído, de no comprender las cosas. Invariablemente está haciendo algo, sea en su casa o en la calle; trabaja en la municipalidad, es de planta permanente; cumple las más diversas tareas con naturalidad y dedicación: maneja o arregla el tractor, machetea yuyos a la orilla del camino, trepa a los postes del alumbrado revisando la línea, cambiando una lámpara, hace una instalación domiciliaria, construye una pared; si no parece un empleado público. Explota una pequeña cantera cerca de su casa, allí obtiene piedras para trabajar en sus construcciones. Esa multifacética actividad me llamó la atención. Un día lo comenté con Hermes que sonriendo me dijo: ah, Máximo, es «Pardal», el «Girosintornillos» de San Francisco, recordé al personaje de Disney que leía en el Pato Donald, se mete en todo lo que se le presenta y muchas veces soluciona las cosas (foto 21, Pág. 122).

Seguido me encuentro con él, su casa está camino de «Aurora», justo en una «esquina». Se casó hace varios años, tendría cerca de sesenta, su esposa es más joven, tienen varios niños. Para no desentonar con su original personalidad, para su casorio se tiñó el pelo de rojo, era llamativo verlo, pero él estaba contento, si parecía un «hippie».

Su casa es simple, pobre dirían los de la ciudad, es la estándar del valle; ambientes dispersos, un gran patio, algunos árboles, rodeada por una pirca, en la parte delantera hizo una hamaca, una pequeña cancha de fulbito con arcos y todo, allí sus hijos y vecinitos pasan jugando las horas. Hay un horno de barro detrás de la cocina y un lugar con elementos insospechados: tachos, cuadros de bicicleta, triciclos viejos, tirantes, cajones de madera y metálicos, cables, alambres, antenas de tv en desuso, ruedas de diversos tipo, etc., etc., es el depósito de la materia prima para sus inventos.

Llama la atención la cantidad de cables entre los árboles de su casa; son antenas para captar mejor radio, tiene una vieja Tonomac. Para fines del año 2001, cuando parecía que la Argentina se desintegraba por el descalabro político y económico, yo iba caminando de noche a mi casa; en la subida final escucho una radio que clarito transmitía, en francés!, quedé asombrado, presté atención. ¡Era Máximo! que, para estar más fresco y tranquilo eligió ese lugar para escuchar las noticias, ¡pero en francés!, se escuchaba por ahí la palabra Argentina y los nombres de los personajes políticos de ese momento. Me miró con su expresión diciéndome: «están hablando de «nosotros», de los problemas que hay en Argentina». Quedé admirado de su interés en el tema, no le pregunté si entendía francés ¡Escuchaba noticias del exterior sobre los acontecimientos que conmovían al país! Asentí con la cabeza dando mi aprobación y seguí caminando, pensando en mi vecino y sus ocurrencias: ¡escuchar un noticiero de radio en francés! Se lo comenté a Mila, no lo podía creer ¡Lo único que le falta a Máximo es saber francés!, contestó. Luego le pregunté, «sólo algunas palabras, las que se refieren a nosotros, pero me gusta su entonación», me respondió tranquilo.

Por las quebradas y cerros, hay lugares en San Francisco donde se capta y otros donde no, la señal de TV canal 7 de Jujuy; en la zona en que vivimos con Máximo se capta mal. Estaba el mundial de fútbol del 2002 con todas sus expectativas. Un día mi vecino estaba trabajando con varios retazos de antenas de televisión y me dice que está «diseñando» una para obtener buena imagen. Tiempo después veo una estrambótica estructura instalada sobre el árbol de su casa que lograba mayor altura por una larga caña hueca que había traído de Agua Negra. Al preguntarle qué tal veía me dijo que bien, salvo alguna interferencia los días de viento, ¡no era para menos!, con semejantes oscilaciones a la más mínima brisa!

Los elementos de su «depósito» proceden del basural de Libertador, del lecho del río, de orillas del camino, de desarmaderos y desechos de los vecinos, junta lo que le llama la atención, lo trae en el ómnibus o en el camión de la municipalidad; todos conocen su «hobby».

El invierno en el cerro tiene días muy fríos, así que usar el agua corriente es un problema, está helada; higienizarse, lavarse, un sacrificio, pero Máximo le encontró la vuelta. Quedé admirado cuando medio en serio, medio en broma me dijeron que tenía «agua caliente central» en su casa, sin poder resistir la curiosidad se lo pregunté. Con una rara expresión de entusiasmo y orgullo me explicó y mostró la instalación. Había hecho un «puente», al agua corriente con una cañería sin fin de heladera que encontró en el basural, la colocó sobre un tacho donde hacía fuego, también diseñado y fabricado por él. Cuando hacía frío, habilitaba el circuito, encendía el fuego y, la casa tenía «agua caliente central».

Una vez me hizo un pedido, quería cuerdas de guitarra, había encontrado una desvencijada y, con santa paciencia la estaba encolando, rearmando; se las traje y me olvidé del asunto. Tiempo después, en un radiante domingo, cerca del almuer-

zo, Mila me comenta que debajo del árbol frente de casa hay un paisano con guitarra, curioso me acerqué: ¡era Máximo!, tocaba una vidalita, me miró con sus ojos tranquilos y clásica expresión diciéndome: «Doctor, ya arreglé la guitarra, quería mostrársela, darle una serenata»; me emocioné y él siguió tocando. Sé que se hizo un violín, al que no vi, ni escuché todavía.

Sería largo de contar todas las cosas que hizo para solucionar problemas, aliviar tareas o para que sirvan de distracción. Estas son algunas: un carro volquete para acarrear ripio, piedras, con un oxidado tacho de fierro cuadrado que encontró en el lecho del río en Libertador, lleva lo de tres carretillas, me comentó, carritos, «karting» para sus hijos; los changos se largan felices gritando por la pendiente de las calles de San Francisco, tienen como frenos, una formidable palanca. Los vecinos del pueblo, sonriéndose, dicen que sólo le falta hacer un auto; todo de madera.

Don Máximo con apenas tercer grado en la escuelita de Alto Calilegua, lugar donde nació, de aspecto simple, tosco, que parece no atender a nada es el Leonardo da Vinci de las Yungas, como el imaginero Dedicación Tobarachi de Pastos Chicos, del cineasta Pelorán, el de la Puna.¹⁶

Las marcadas

Las marcadas en Valle Grande son todo un acontecimiento; quién más, quién menos, tiene animales, su puesto y, un día determinado del año los señalan, aprovechan para vacunarlos, curarlos. La reunión es un importante evento social. Resalta el papel «del patrón» en la comunidad, su «fortuna», el ganado es el bien máspreciado, concurren vecinos, familiares, amigos que ayudan al dueño de casa en las tareas, hay buena comida y abundante bebida que es el combustible del rodeo. Varias veces sentí hablar de ellas, que tal o cual vallisto hacía su «marcada».

Mardonio Cari me había invitado a la suya el 24 de junio, día de San Juan. Al llegar a Vallecito en la F 100, acompañado por Paco, tomé por la huella de vehículos, divisé el corral que tenía una bandera flameando en el medio, bien alta, sobresalía por encima de la copa de los árboles; era blanca con dibujos de vacunos, estaba para que los vecinos sepan que había marcada. Un ayudante cuidaba los animales que iban encerrando, no había muchos, me comentó que faltaban bastantes. Los arreadores desde temprano estaban trayendo el ganado, se sentían sus exclamaciones aisladas que despertaban ecos en los barrancos; haciendo dudar de dónde exactamente venían. El griterío subía y bajaba, cambiaba constantemente de lugar, estaban más lejos de lo que parecía; las quebradas y murallones actuaban como instrumentos acústicos, esparcían esos sonidos fuertes, agudos y monocordes.

¹⁶ Ser hábil e ingenioso es frecuente y necesario en los habitantes del valle, aunque no en la magnitud de este personaje. El tiempo pasó, don Máximo está jubilado, ahora se ocupa de las cosas de su casa, no es tan activo como antes.

El ganado estaba desparramado por las serranías vecinas, había que ser fuerte, corajudo y conocerlas para ir a buscarlo. La localización y el arreo se hacía a campo traviesa, por desnivelados terrenos de monte bajo, enramado; a pie, brincando y trepando. Tenían la inestimable ayuda de los perros, pero llevarlos hasta el corral era una tarea difícil; algunos animales escapaban, llegando a lugares inaccesibles.

La hacienda se cría en el monte, allí deambula a su antojo con poca o ninguna presencia humana, es arisca, salvaje y, no pocas veces, embiste a los arreadores que debían estar atentos, como toreros; un descuido podía ser fatal; una caída, despeñarse o lastimarse en la enramada podía ocurrir en cualquier momento.

Yo había recorrido esos lugares en excursiones, para mí, verdaderas aventuras de las que estaba orgulloso. Me llevaban una jornada completa, caminando horas, no podía imaginarme cómo estos paisanos lo hacían en un rato, al trote, a la carrera, bajando y subiendo empinados terrenos en pleno monte.

Hombres y animales llegaban cansados al corral, allí el ayudante debía estar atento para encerrarlos; ir a buscarlos de nuevo era una doble tarea. Mardonio con sus sesenta y pico de años llegó al trote, arreando unas vacas y sus terneros, se lo veía exhausto; a pesar del frío, su camisa estaba empapada en sudor y la ropa desordenada. Encerró los animales, nos saludamos, estaba contento de que haya venido, pero se lo veía contrariado. El ganado no era todo, faltaba casi la mitad, no podía entender cómo se habían desparramado tanto, si hasta ayer estaban ahí nomás, «cosa de mandinga», dijo.

La tarea era formidable, una lucha del hombre a pie, con calzado y ropa bastante precaria, contra la naturaleza. Una, inmóvil; el terreno escabroso con mil y un obstáculos; la otra, escurridiza, agresiva; el animal salvaje, que se movía en un terreno que conocía muy bien. Todo muy lejano a las imágenes del rodeo clásico, donde el gaucho o el cowboy van bien montados juntando el ganado, pero estaban los perros, sin ellos la tarea sería imposible. Paco a mi lado, firmemente sujeto, miraba atento, por ahí tironeaba ladrando para seguir a sus congéneres, pero había decidido no soltarlo, no quería sorpresas.

Era medio día cuando Mardonio decidió que fuéramos a la casa para almorzar y comenzar la marcada; el ganado que no se localizó se lo señalaría en otra oportunidad o el año próximo. La comida estaba lista: un buen loco que se hacía en una inmensa olla de aluminio; para la noche habría asado, cabeza guateada con «copleada».

La abuela Anita en la casa estaba en la tarea de preparar los adornos, las «flores», para las orejas del ganado que se marcaba. Eran pequeñas y multicolores, hechas con lana de oveja, muy ingeniosas; el colocárselo era «enflorar» al ternero.

Fueron llegando los arrieros con sus hábiles, sufridos, fieles y flacos perros, Paco los miraba con atención; algunos se acercaban, se olían. Gruñidos hubo, pero el visitante se portaba digno, tranquilo, hasta se animó a mostrar los colmillos a un camorrero, estaba seguro a mi lado. Teodosia, la esposa de Mardonio, dio de comer a los perros, me preguntó si le daba a Paco, acepté pensando que este atorrante se haría de rogar, dado que es medio deliquete con la comida. Le trajeron un recipiente

a donde estaba atado; grande fue mi sorpresa al ver las ganas con que devoraba la comida sin levantar la cabeza, relamiéndose después de terminar. Disimuladamente me acerqué a ver, quedaban restos de algo marrón oscuro como hígado molido y pregunté qué era, sangre de vaca, cocida con harina, el premio que se da en las marcadas a los perros rastreadores, les gusta mucho, y por lo visto, a Paco también; el ciudadano compartía los gustos culinarios de sus colegas vallistos.

Me senté con unas señoras del lugar, nos saludamos, charlamos amablemente mientras degustábamos el humeante y rico loco. Llegaron más invitados, conocía a algunos, todos eran bien atendidos, acomodándose para comer. Como bebida sirvieron chicha de maíz, «la bebida ceremonial de los incas», al principio la probé con desconfianza, pero a medida que transcurrió la jornada me gustaba cada vez más.

Como en toda casa de campo, criaban gallinas, eran de buen tamaño, bien emplumadas, de colores brillantes: blancas, rojas, batarazas, de patas fuertes; los gallos, de impresionante estampa con buenos espolones, animales de respetar, cosa que entendió Paco al instante. Los observaba siguiendo sus movimientos sin ningún amague de ladrarles o agredirlas. Se alarmó algo, poniéndose más atento, cuando vio que varias de ellas avanzaban decididas hacia su recipiente de comida a terminar los restos, lo tomaron por asalto y, en un instante, con fuertes picotazos lo dejaron limpito, Paco se mantenía a distancia como diciendo: con estas señoras no me meto. Entonces ocurrió algo imprevisto; todas las gallinas, al unísono, como obedeciendo una orden fueron a refugiarse debajo del horno que estaba ahí nomás. No vi a nadie que les obligara o amenazara.

Mardonio reaccionó al instante al ver el movimiento, el águila!, dijo en voz baja levantándose. Miré hacia la copa de los árboles y vi una hermosa ave blanca que sin hacer ruido, ni batir las alas, sobrevolaba majestuosa sobre el lugar, era grande; su cabeza se movía solemne observando el terreno. El dueño de casa entró a una habitación y salió con una escopeta cargando los cartuchos.

El formidable animal se había posado en un árbol cercano, todos observábamos en silencio. Mardonio fue despacio, lo seguí; se veía el águila, hermosa entre el follaje mirando imponente a todos lados, sin importarle nuestros movimientos ni sospechar lo que le esperaba. El disparo retumbó en los cerros en el momento que se desplomó, había sido certero; un balín en el pecho, no se movía en el suelo cuando me acerqué, tuve miedo, respeto de tocarla. Vino Juan, el hijo menor de Mardonio, joven ya, la agarró de las alas extendiéndolas, casi un metro y medio de envergadura: ¡era un hermoso, inmenso ejemplar! Tuve la impresión que se había cometido un crimen y lo fue; pero para los Cari, era uno de sus enemigos, junto al tigre y al cóndor; así que no pude decir nada.

El plumaje era perfecto, blanco en el pecho, el interior de las alas, fue lo que vi cuando volaba, negro en las puntas, la cola y el dorso; la cabeza, relativamente pequeña, con un pico potente, no grande, estaba coronada con un penacho de plumines negros que le daban un aire de realeza. Pero lo imponente eran sus patas,

grandes, fuertes, de color amarillo. Cada dedo remataba en una uña enorme, redonda, larga, curva, terminada en punta, un garfio de color negro opaco, todo un instrumento de caza. Este bicharraco no joderá más a mis gallinas!, fue lo único que dijo Mardonio volviéndose a la mesa, fui tras él. Juan se ocuparía del ave.

Pasé un largo rato pensando en el formidable animal, los demás se olvidaron de él, estaban preparándose para ir al corral, a la marcada. A la tarde, al despedirme de la abuela Anita que nunca se movió de la cocina, vi al águila colgada de sus patas en un árbol, me acerqué con respeto como si fuera al velorio de un dios, impresionaban sus inmensas alas que llegaban al piso, le cubrían la cabeza como una mortaja. Hasta muerta, en esa posición de animal sacrificado, era esbelta, elegante, digna de respeto. Pregunté a la abuela qué era, es un «águila sacri»; se come las gallinas, las agarra sin que se den cuenta, vuela alto con su carga sobre el río, las arroja contra las piedras, allí se las engullen; yo escuchaba en silencio sin poder manifestar mi admiración por el ave.

Luego del almuerzo empezaron los preparativos para ir a la marcada. Los hombres con sus lazos y damajuanas de vino, las mujeres con los adornos para los novillos y las provisiones, había que llevar todo lo necesario para pasar la tarde. En alegre caravana fuimos hacia el corral, la abuela por sus años se quedaba en casa; ayudé llevando algunas cosas. Por suerte el tiempo estaba bueno; nublado pero con una intensa y pareja luminosidad. El frío estimulaba a moverse, beber alcohol. El fogón del corral, fue reforzado con buenos leños, a su alrededor se acomodaron las señoras, «custodiaban» la bebida y las provisiones. Los hombres «ojeaban» el ganado, sobre estos había unas pequeñas garzas blancas que con delicadeza los picoteaban, estaban comiendo insectos; las vacas ni se molestaban, al contrario, agradecidas por el favor.

Sin llamar la atención, como un acto íntimo, Mardonio extendió su poncho en el suelo cerca del fogón y se arrodilló santiguándose, tomó su marca, con calma empezó a enrollar en ella pedazos de lana de varios colores que habían puesto sobre el poncho, los demás discretamente lo observaban, acercándose. Cuando terminó, los hombres uno a uno se arrodillaron de él, hicieron la señal de la cruz, desenrollaron con delicadeza los pedacitos de lana de la marca, se los entregaron, rezaron una oración y le desearon buena suerte dándole un apretón de manos. Yo observaba de cerca la sencilla, sincera ceremonia hecha con devoción y recogimiento por rústicos hombres de campo. Cuando pasaron todos, Mardonio levantó la vista mirándome y yo, como obedeciendo un impulso me arrodillé ente él, dándole mis mejores augurios; hice todo con espontaneidad, naturalidad. A los pedacitos de lana los puso en un cacharrito de barro que había a su lado.

Luego de recibir «mis saludos de buena suerte» me agradeció sonriendo, se paró, fue a donde estaban las cosas y trajo un paquete grande de coca de buena calidad, acorde a la ocasión, la desparramó en apreciable cantidad sobre el poncho, invitando a los asistentes a que se acercaran; cada uno tomó su puñado y se retiró para seleccionarla. Pensé que iban a ponerse coquear, pero no. Luego de un momento, todos habían acomodado las mejores hojas como en un juego de naipes y volvieron

uno a uno hasta Mardonio que nuevamente se había arrodillado, le entregaban las hojas de coca y, de acuerdo al tamaño, número de las mismas le iban diciéndo: dos toros reproductores, tres capones, cuatro vacas lecheras, tres terneros, dos yeguas, un caballo y así, simbólicamente, acrecentaban el ganado del dueño de casa.

Era hermoso ver, vivir eso, estar presente en plenas Yungas jujeñas en una ceremonia que tenía antiquísimas raíces, era yo el único forastero, el ambiente no estaba enrarecido por extraños con máquinas fotográficas y filmadoras que hubieran estropeado la ceremonia. Las hojas, hacienda ofrendada, también iban a parar a la ollita, junto con las tiras de lana. Luego que pasó el último, Mardonio se paró de un salto, alegre, distinto al recogimiento anterior. Ofreció la coca que quedaba que era bastante con actitud histriónica, «para su consumo, señores» y todos se abalanzaron como jugando para tomar su buena porción. Pidió a un paisano que se ocupara de servir bebida; antes de tomar, todos ofrecían un trago a la Pachamama, y luego derramaba un poco en el suelo, Mardonio fue a ofrecer el suyo en una apacheta¹⁷ que había en el medio del corral, al lado del mástil; allí enterró el cacharrito con lanitas y hojas de coca.

Terminada la ceremonia se inició la marcada; había que pillar los terneros para voltearlos. Al elegido lo separaban de los demás y con gritos, lo hacían correr mientras trataban de enlazarle las patas, cuando lo lograban, el animal caía estrepitosamente ante la alegría de todos y maneaban inmediatamente las otras inmovilizándolo en el suelo, el que enlazaba recibía de «premio» un vaso de bebida alcohólica, festejado por los demás.

Los animales eran novillos, vaquillonas de unos dos años, todavía estaban con sus madres; estas se acercaban curiosas, preocupadas cuando veían caer a su hijo. Estaban flacos, llenos de garrapatas, en especial la zona ventral, las entrepiernas mostraban una infinidad de pelotitas grises de variado tamaño. Cuando estaban inmóviles en el piso, varios ayudantes se le arrojaban encima, uno agarraba la cabeza, otro con un filoso cuchillo le hacía un corte en la oreja, Teodosia le cosía en ella la flor, los «enfloraba», otro que tenía un trapo empapado con querosén, se lo pasaba por la zona de las garrapatas para «curarlo» y, al final, la marcada. Mardonio se acercaba con la yerra al rojo vivo, la estampaba en el lomo, de inmediato se veía la humareda, se sentía el olor a cuero quemado y el pobre cuadrúpedo lanzaba un lastimero balido que era «festejado» por los paisanos con gritos y alaridos. Entonces soltaban al animalito que, veloz, iba con su madre.

El acto de capar era brutal, luego de un tajo en las verijas buscaban con los dedos el testículo y el cordón espermático y se lo tiraban, retorciéndolo hasta arrancarlos, luego lo «curaban» con desinfectante.

Fue pasando la tarde y empecé a pensar en el regreso. Meditaba en lo auténtico y pintoresco de la marcada, pero también en lo primitivo de la manera de criar y tratar al ganado; como hace un siglo o más.

¹⁷ Montículo de piedras que construían los indígenas andinos como signo de devoción a la Pachamama.

Tanta wuawua

El primero de noviembre es la festividad de Todos los Santos, el dos, la conmemoración de los Fieles Difuntos, en el norte del país esas fechas están bien presentes, más en el medio rural. En San Francisco del Nuevo Mundo las respetan mucho, es un acontecimiento recordar y homenajear a los muertos. Va más allá de la ceremonia religiosa, recuerdan con cariño, nostalgia, fervor, ¿alegría? a los que partieron. Desean que pasen bien la otra vida, con gratificaciones de ésta. Se olvidan defectos y errores, todos los muertitos son buenos.

Especial es el agasajo en la noche de «todosantos», así juntito, por la tarde, el primero de noviembre, comienza la tarea de ordenar la casa, preparar comida, hornear pan; que no es uno cualquiera, sino pequeño, bonito. Son figuras de animales, personas y cosas que eran de gusto del difunto, algunos muy curiosos como escaleras. ¡Sí! escaleras de trepar con peldaños y todo, es para que el alma pueda subir a los cielos (foto 23, Pág. 123).

La casa y el patio, son arreglados; preparan la mesa como para una fiesta, se colocan los panes y comidas que agradaban al muerto; bebidas, las alcohólicas, generosamente, adornos florales, ramos de plantas aromáticas, estampitas, lista de difuntos, cada cual tiene su lugar. Según sea nuevo, menos de un año o viejo, niño o adulto, el difunto tiene su ceremonia. Es una costumbre ancestral del altiplano, de la época de la colonia y antes, es el encuentro de dos culturas que todavía se conserva con intensidad en regiones del noroeste argentino. En la zona andina de Bolivia llaman a los pancitos *tanta wuawua* –pan niño–. Lo presente y vívido de la celebración en las Yungas jujeñas, nos indica la procedencia de sus habitantes.

En el año 2003, estuvimos con Mila en San Francisco para esa fecha, participamos en la conmemoración. Epifanía, la cocinera de la escuela, nos envió unos panes muy bonitos; a la tarde fui por Simona, quería comprarle empanadillas de «todosantos» y pancitos «dedifuntos», con ellos armamos nuestra mesa, no tan recargada ni colorida como la de los vecinos, pero tenía lo imprescindible: pancitos, vasos con agua, velas, flores. Es creencia arraigada que el difunto tiene mucha sed, de allí que la bebida es infaltable; vasos, jarros, botellas, hay por doquier en las tumbitas rurales y en la mesa de difuntos.

La noche de «todosantos» visité a Filomena Chauque, famosa por preparar una buena mesa de difuntos, mamá de Victorina, la adolescente que falleció hace años, y también de otros angelitos. Las familias del cerro son numerosas y tienen muchos muertos, varios de ellos niños o jóvenes. Su casa es simple, está junto a la cancha de fútbol, habitaciones de adobe desparramadas en el lote, entre los árboles. Me atendió gentilmente, hizo pasar al comedor donde había dos mesas bien servidas, me explicó que la más pequeña era para los muertos niños, allí había pancitos, gaseosas, caramelos. Quedé solo en la habitación largo rato, la anfitriona siguió con sus quehaceres, la luz de las velas daban sombras movedizas contra las paredes ha-

ciendo hiperrealista la escena.

Tanta wuawuas de mil formas era lo que predominaba: animalitos, figuras humanas, escaleras, había abundante vino en la de adultos, comida servida en platos. Estaba impresionado con ese ambiente, la unción y seriedad con que trataban a los deudos. Los difuntos sin duda cenarían allí esta noche. La preparación, decoración, atención a la gente, significan tiempo y dinero.

Sentí voces en el patio, seguro que había otras visitas, —¿Habrán llegado los difuntos? Entonces apareció Filomena con un tamal humeante invitándome a cenar, con los muertitos. Mientras comía charlamos de mil cosas, la felicité por la preparación de las mesas y me contó un hecho que le ocurrió hace años, llevándola a hacer siempre la conmemoración. Jesús, su esposo, como varios paisanos del cerro, es zafrero en tiempo de cosecha en el ingenio Ledesma. Antes, cuando los hijos eran chicos, toda la familia lo acompañaba, vivían en el Lote Libertad, los niños iban allí a la escuela. Venían haciendo la mesa de difuntos desde pequeños en sus familias y la continuaron al casarse, muertos no faltaban, la hacían salteado, más sencilla que ahora, ya que significaba un gasto. Ese año en el lote estaban muy ajustados, Jesús dispuso que no se hiciera, Filomena y los chicos la deseaban, pero «donde manda capitán, no manda marinero» y no se realizaría.

La noche de «todosantos» se fueron temprano a dormir, sin mesa de difuntos. Al día siguiente, dos de noviembre, día de los muertos, Jesús se levantó como siempre antes del alba para ir a trabajar. Filomena le preparó, sirvió el desayuno, acondicionó el «bagayo», comida para el medio día, lo despidió y se acostó nuevamente, todavía estaba oscuro, los chicos descansaban profundamente en la habitación contigua. Al ratito que se durmió sintió que golpeaban fuerte la puerta, de un salto se levantó para ver quién era, hasta pensó que Jesús volvía por algo, grande fue su sorpresa al ver que era la tía Marina, fallecida hace dos años, se saludaron y esta le pidió por favor un poco de fideos «avemaría», quería hacerse un guiso, lo deseaba mucho.

Se despertó sobresaltada, estaba clareando y, sin pensarlo dos veces levantó a los niños, les contó que su tía había venido, que quería comer un guiso de fideos, tenían que preparar la mesa de difuntos. Todos se pusieron a trabajar, los niños despejaron, arreglaron la casa, la pieza para acomodar la mesa, recibir a los difuntos y visitas. Empezó a cocinar, amasó, horneó pancitos y, al medio día, la mesa, la casa estaban listas para recibir a la tía y a los difuntos de la familia.

Grande fue la sorpresa de Jesús cuando vino a la tarde, encontró el ambiente preparado para los muertitos, casi le recrimina a Filomena el haberlo hecho, ella le contó la visita de la tía Marina. Desde entonces los Chauque, estén donde y como estén, hacen su mesa de difuntos.¹⁸

18 Cuando se levanta la mesa de difuntos se reparten los panes y las cosas a familiares, vecinos, amigos, enterrando una buena porción para el finadito nuevo, los niños del pueblo van de casa en casa, buscando *tanta wuawuas* y golosinas.

Semana Santa

Estar en San Francisco del Nuevo Mundo junto a la naturaleza, dependiendo de ella, acerca a Dios, impregna de religiosidad, impulsa, entusiasmo concurrir a la parroquia. Solemos hacerlo con mi esposa los fines de semana y Paco nos acompaña. La mayoría de las veces, por ausencia de sacerdote, se hace la Celebración, ceremonia oficiada por un feligrés capacitado o las hermanas de la comunidad religiosa «Jesús Verbo y Víctima» de Valle Grande. Es un acto lleno de unción, se cumplen los pasos de la misa oficial, salvo la consagración. Muy emotivo me fue leer, por primera vez, el Evangelio a los asistentes; en la ciudad está reservado ese honor al círculo de los allegados a la iglesia.

Por tratarse de un ambiente rural los perros entran y salen libremente, no van muchos, uno que otro faldero, prefieren retozar o camorrear en los alrededores. A Paco el templo, como todo ambiente nuevo, le causaba curiosidad; lo exploraba minuciosamente oliendo, viendo todo, siempre estamos atentos a que no lo traicione el instinto, nos haga pasar un papelón y le veden la entrada. Por suerte no hubo problemas, sí uno que otro gruñido con algún congénere que no pasó a mayores, entonces lo saco un rato para que se calmara. El es conocido en el pueblo, forma parte de San Francisco los fines de semana; chicos y adultos en voz baja, no dejan de llamarlo para acariciarlo; tocar sus orejas es la tentación mayor, toda suavidad y su tamaño una novedad, allí se pone mimoso, refregándose en alguna pierna, pero a los niños en general les escapa, lo cargosean mucho.

Llegó Semana Santa, fiesta tan cara a la cristiandad, que en el campo se celebra con especial unción. Esta vez iba a estar el sacerdote de Valle Grande, un joven y activo párroco del sur del país. Blanco, alto, delgado, ojos claros, de aspecto juvenil que llama bastante la atención. No debe tener más de 40 años y, por su manera de vestir: jean, zapatillas, camisas a cuadros, llevar sus pertenencias en una mochila, parece más un guardaparque o un turista. Pero hablar con él, verlo actuar es otra cosa; un real mensajero de Jesucristo en la tierra.

Su presencia para esta celebración despertó entusiasmo en la



Iglesia de San Francisco. Foto del autor.

comunidad sanfrancisqueña, se cumplieron todos los ritos de la pasión y muerte del Señor con generalizada participación. El Viernes Santo fue un día de recogimiento, hasta el tiempo estuvo triste; nublado con una fina llovizna. Esa noche se realizó la clásica guardia, los fieles acompañaron a Jesús en su sepultura con rezos en el templo. El sábado a primera hora, el pueblo con el párroco a la cabeza visitaron el cementerio para honrar a los difuntos. Fue un día distinto, el cielo estaba despejado, salió el sol como anunciando un gran acontecimiento: el triunfo de Jesús sobre la muerte.

Nos preparamos para asistir a la misa de Resurrección; sería de noche, no recordaba haber asistido a esa ceremonia, tenía curiosidad, había gran interés entre los fieles. Al anochecer nos dirigimos a la iglesia, allí conocí personalmente al padre Fernando, me acerqué a saludarlo, charlar con él era agradable; de mirada tranquila, atenta y franca, hacía acertados, ecuanímenes comentarios sobre hechos y cosas. Quedé encantado con el curita, eso se afianzó esa noche y después.

La ceremonia comenzó con un rosario, estuve afuera con Paco. Frente al templo, Lino Mendoza preparaba la fogata: el Fuego Pascual, una novedad para mí, de niño me hubiera encantado vivirla. Mientras escuchábamos el rezo de las estaciones, acomodábamos la leña que traía Máximo y otros. Paco, atento, seguía, supervisaba, todos nuestros movimientos. Era entrada la noche, el rosario llegaba a su fin, prendimos el fuego. El sacerdote, con su ayudante Toconás portando el gigantesco Cirio Pascual, acompañados por los fieles abandonarían el templo en cualquier momento para los ritos al aire libre alrededor de la fogata, iniciando el lucernario pascual.

El acto fue solemne, vívido; el padre ataviado con hábitos blancos, resplandecientes, el gran cirio con su portador al lado y los fieles con una vela apagada en mano salieron del templo congregándose alrededor del fuego; símbolo de vida y protección, más en esa fresca noche. El sacerdote habló de la Resurrección, de la vida del Redentor en cada uno de nosotros y, tomando lumbre de la fogata encendió el Cirio Pascual que ardió con intensidad: ¡Jesús resucitaba en él!, introdujo clavos en la gigantesca vela; simbolizaban los de la cruz, el sufrimiento de Jesús causado por hombres que no aceptaban su prédica, que lo veían como una amenaza para el culto del Imperio Romano, sus costumbres y estructura; dijo que la historia de la injusticia es eterna, que Dios decidió ser hombre a través de Cristo, sufrir por y como ellos para salvarnos, hacernos comprender que el camino verdadero está en lo bueno, el bien y la justicia; en no hacer lo que no queremos que nos hagan, que esa es la ruta para estar en paz con uno y Dios.

Escuchando esas sabias y sencillas palabras recordé el hermoso soneto de autor anónimo español, del siglo XVI, en pleno auge de la Inquisición, que me enseñó la señorita Rogelia Lozano¹⁹.

¹⁹Rogelia Lozano, «la señorita Lozano», fue una prestigiosa docente de San Pedro de Jujuy, trabajó en Buenos Aires, fue presidenta del Consejo de Educación de la provincia de Jujuy. En SF una biblioteca lleva su nombre.

*No me mueve mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.*

*Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido;
muéveme tus afrentas y tu muerte.*

*Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera
que aunque no hubiera cielo, yo te amara.
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.*

*No me tienes que dar porque te quiera;
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.*

Estos versos encierran pensamientos muy profundos que trascienden más allá de las palabras.

Estábamos ensimismados, hipnotizados por el fuego y por las claras, realistas palabras del joven sacerdote. Cuando terminó fue con el cirio encendido hasta la puerta de la iglesia, la que estaba a oscuras, los fieles entramos en silencio, cuidando no tropezar, luego él con el portacirio. Una tenue luz empezó a iluminarnos, proyectando ondulantes sombras en las paredes del templo; ¡Jesús iluminaba nuevamente al mundo con su Resurrección!, penetraba en nosotros en el acto de encender cada uno su velita, como lo hacíamos en ese momento. Estábamos compenetrados, reinaba una atmósfera de misticismo. Paco, atento y pendiente, observaba todo, no se movía de mi lado; mi esposa estaba con las mujeres a la izquierda.

La ceremonia continuó alegre, las luces se encendieron, Cristo resucitado estaba con nosotros. Antes de la consagración y la comunión, el padre bendijo los frutos de la tierra, el agua; los primeros representados por mazorcas de maíz, el agua en una palangana, ambos colocados en el piso, delante del altar, en el suelo. La comunión muy emotiva, todos la recibieron, el padre realista y moderno, impartió una absolución general, invitando se acerquen luego a charlar con él: ¿Qué pecados graves podrían tener esas humildes gente de campo?

Finalizada la comunión reinaba un recogimiento generalizado, no volaba una mosca, todos entregados a una conversación íntima con Jesús, el sacerdote acomodaba el cáliz con la cabeza baja, pensativo. Veo entonces a Paco separarse de mi lado y, con pasos tranquilos, acompasados, avanzar por el centro del templo

hacia el altar, directamente al cubo de agua bendita y, con seguridad, sin volver en ningún momento la cabeza empezó a beber; ¡tenía sed!, no era para menos, la ceremonia llevaba ya tres horas. No lo vieron en el primer momento, tomó tranquilo, los niños se dieron cuenta llamándolo, no les hizo caso, se le acercaron y me lo trajeron. Un murmullo corrió por el templo; el padre impertérrito, como si no oyera, ni viera nada. La misa siguió, todo terminó en paz y alegría.

Nos reíamos después de su ocurrencia, es como si hubiera querido también recibir al Señor, dijimos que estaba bendito, que era un Paco Santo.²⁰

20 La semana siguiente a la Pascua, el Obispo de Jujuy, Monseñor Marcelo Parentini, visitó Alto Calilegua por la festividad de San Marcos, el protector del ganado y patrono del lugar. Fue todo un acontecimiento, era la primera vez que un prelado de tal investidura visitaba ese apartado lugar. De regreso tuve el honor que se detuviera unos minutos en «Aurora» para refrescarse y seguir viaje. Charlamos algunas palabras, en un momento escuché que el padre Fernando le decía al Monseñor sonriéndose y señalando a Paco. —Éste es el perro santo, el que tomó agua bendita ¡Habían comentado la anécdota!

Historia

Una historia

Al concluir el siglo XIX, se estructuraba la provincia de Jujuy, conformándose sus departamentos, se demarcaban sobre los curatos, encomiendas y mercedes coloniales. Había deseos de constituir algo orgánico, existían políticos de verdad, con ideas tenaces. Un impulso civilizador animaba la república, Roca terminaba su primera presidencia, tenía hombres en Jujuy, uno de ellos era don Eugenio Tello, el «fundador de pueblos», el «Sarmiento jujeño» que tuvo un papel clave en el ordenamiento estructural de Jujuy y en otras provincias. Referido al departamento de Valle Grande, Eugenio Tello, entre otras cosas, se ocupó de organizar la venta entre sus pobladores, los arrendatarios–encomendados de la inmensa finca «Valle Grande» de 100 leguas cuadradas, que venía de la encomienda de Caspalá de la época colonial y se extendía desde la Puna, a la serranía de Calilegua.

Su último propietario, don Rufino Valle y Gordaliza, un prohombre jujeño que fue realista, patriota y nuevamente realista, falleció en 1877. En 1885, el 20 de julio, sus herederos por gestión de Tello, la venden a 20.000 pesos bolivianos, moneda común en el norte en ese entonces, a los arrendatarios ex encomendados, es decir, a sus propietarios originales indígenas; caso único de este tipo de transacción, de una gran extensión de tierras, en Jujuy y quizá en el país.

Don Eugenio Tello, senador nacional por Jujuy, es un hombre práctico, poco amigo de los despachos solemnes, ve cómo delimitar correctamente las parcelas, dar los títulos correspondientes y se pone manos a la obra. Recorre a caballo la inmensa propiedad para disponer el fraccionamiento correcto entre sus pobladores de acuerdo a lo pagado y entrega los títulos.

A continuación, el informe que eleva don Eugenio Tello a Don José A. Carrillo, Ministro General, del entonces gobernador don José María Álvarez Prado, sobre su misión. Emociona la lectura, lo directo de su actuación, sin tantos recovecos burocráticos que se prestan a sospechosas maniobras. Este documento fue rescatado del olvido por el maestro, poeta e historiador jujeño don Leopoldo Abán.

Jujuy, Diciembre 31 de 1887

Al Señor Ministro General de Gobierno

Don José A. Carrillo.

Presente

El 25 de noviembre del año Ppdo., fui nombrado en comisión por el Excelentísimo Gobierno para que, previo fraccionamiento equitativo de la finca denominada Valle Grande, dé la posesión a cada condominio y les otorgue las boletas respectivas de propiedad.

Con tal motivo me trasladé al departamento de Valle Grande el 9 de octubre último y procedí a desempeñar la Comisión que terminé el 11 de noviembre siguiente, en la forma que paso a exponer.

Como la extensión a distribuir era de 100 leguas cuadradas aproximadamente, accidentada por sierras, peñascos y cañadas, a tal punto que solamente forma superficie plana de quinientos metros por costado el lugar denominado Pampichuela y el punto de Santa Ana, con extensión un poco mayor, repito, con excepción de estos dos pequeños lugares, lo demás son tan accidentados, que se camina con toda lentitud y precaución para no despeñarse y para que los animales no mueran repentinamente como sucede. Además la mitad de esas tierras son montañas y la otra mitad o sea 50 leguas están en cordillera.

Ante semejante espectáculo de la naturaleza, comprendí la seria dificultad de llevar a cabo mi cometido, como deseaba; sin más elementos que el Decreto del Gobierno que me confería esta Comisión gratuita, sosteniéndome a mi costa. Retroceder, no podía, porque acusaba debilidad y el acto importaba labrar la felicidad de mil quinientas personas constituyéndolas en propietarias, porque «la propiedad hace más felices e independientes a los hombres». Por otra parte debía acometer la empresa procediendo a la mensura de las tierras entre los 180 copropietarios, dando a cada uno una fracción de pastoreo como también otra de agricultura en proporción al dinero con que habían contribuido cada comprador hasta los veinte mil pesos bolivianos, valor de la finca. Esa operación repito era ardua, tanto porque no es mi profesión, cuanto que para llevarla a cabo necesitaba cinco años por lo menos de trabajo continuo con cincuenta peones y sus herramientas para los desmontes y arreglar caminos. Operación que demandaría un costo cuatro veces mayor que el valor de la finca. En una palabra, la operación de esa forma era impracticable, porque esos pobres indígenas no podían hacer frente a semejante erogación.

Con tal motivo adopté un temperamento que conciliaba la dificultad y que dio resultados satisfactorios: Nombré once personas, las más competentes del lugar, en calidad de peritos juramentados, para que recorriesen toda la extensión del lugar y de acuerdo con cada propietario colindante me informasen de la extensión, límites y calidad de las tierras que debía corresponder a cada uno en proporción al dinero con que habían contribuido para la compra, previniéndoles especialmente que debía

señalárseles el lugar donde cada uno tenía su posesión. También dispuse que cada propietario me diese por escrito la demarcación de la tierra que a su juicio debiera corresponderle, y que al hacer tal demarcación, fuera de acuerdo con los colindantes.

Así se hizo y una vez en posesión de estos informes principié a oír a los interesados y sus numerosos reclamos. Después escuché el dictamen de los peritos juramentados, y finalmente las opiniones de otras personas, concluyendo por informarlos y extender la respectiva escritura de propiedad en debida forma, escriturando a todos sin excepción pasando después a ministrarles la posesión.

El propietario indígena es exigente, pero felizmente han quedado conformes los 180 propietarios, que representan las 1.500 personas, que ya no proclamarán la comuna como años anteriores, serán otros tantos guardianes al respeto al derecho de propiedad, ejercerán libremente sus derechos políticos, mejorando la propiedad en beneficio suyo y del fisco por el aumento de la renta.

Conforme a las escrituras he designado el área de terreno para pueblo en cada uno de los cinco distritos a saber: Pampichuela, 500 metros por costado, adoptando como señal del centro la casa de don Sinforoso Pereira, en Alto Calilegua igual extensión, siendo el centro la casa de don Alberto Murga. En Valle Grande idem, el centro la Iglesia, Santa Ana idem y el centro la Iglesia nueva, en Caspalá idem y el centro la Iglesia. De acuerdo a las escrituras de compra y de conformidad a las que lei de 1870, sobre área para pueblo, he señalado solamente quinientos metros por costado a falta de mayor extensión plana. Puede pues el Gobierno dictar un decreto estableciendo la forma de la cesión gratuita de lotes de tierra para edificar en esos lugares, reservándose cuántos lotes necesite para edificios públicos.

Las fracciones distribuidas son 396 entre 180 pobladores, las escrituras son 171; la diferencia entre estas y esos, es porque algunos han sido mancomunados a solicitud suya.

A pesar que bastaba mi firma para la validez de las escrituras, sin embargo, procurando darles mayor importancia, han sido suscriptas también por los peritos juramentados, por los testigos de actuación y los interesados en señal de conformidad.

No niego que en operación como esta, larga y difícil, haya incurrido en equivocaciones, asignando un poco más o menos de terreno del que en justicia debía corresponderles; pero de todos modos puedo asegurarle, nadie reclamó perjuicios habiendo quedado todos conformes que las propiedades han sido bien delimitadas y bien expresado los colindantes, que ha sido bien calculada la extensión y finalmente he procurado sean propietarios de lo que poseían. Con semejante seguridad, no será fácil la confusión de límites ni los pleitos consiguientes.

No he distribuido como cincuenta pedacitos de terreno en Valle Colorado, distrito de Santa Ana, porque los mismos compradores de Santa Ana y Caspalá a quienes pertenecen, me manifestaron que era difícil la división, y que desde sus antepasados habían poseído en común, que por esto querían que permanezca en común.

Así lo resolví, porque Valle Colorado tiene de extensión media legua aproximada-

mente a cada lado, y cada uno de esos pedacitos contenidos allí son la mayor parte de veinte metros por costado. Les recomendé que respetasen eternamente cada uno de su respectiva posesión, que plantasen árboles frutales y les indiqué la conveniencia de hacer vida civilizada en cambio de la vida nómada que llevan.

También una extensión denominada «Toroyoc» de menos de media legua cuadrada no he distribuido y comunico a SS que me reservo el derecho de hacerlo en virtud de mi comisión en favor de aquella persona o personas que llegasen a descubrir no han sido equitativamente integradas en sus derechos por razones ajenas a mi voluntad que en este momento no puedo prever, pero si el Poder Ejecutivo me retirase tal facultad, la acato.

Acompaño a SS las 171 escritura de propiedad para que permanezcan en el Archivo de la Secretaría de Gobierno, para el caso en que se pierdan algunas de las otras 171 escrituras que deben protocolizar los interesados, y también para que en todo tiempo sirviesen de consulta respecto a límites y derechos de propiedad.

A fin de desempeñar esta Comisión antes de la estación de las lluvias, solicité permiso al Honorable Senado Nacional para ausentarme de sus sesiones en septiembre, sirve esto de explicación del porqué no he representado a la Provincia en el Congreso hasta la terminación de las tareas legislativas.

Finalmente ruego a SS eleve el contenido de la presente al conocimiento de SE el Señor Gobernador.

Saludo a SS con estimación y respeto

Eugenio Tello

La lectura, el análisis de este informe, muestra en su integridad el espíritu de un político de verdad, como era Tello. Había captado los profundos cambios que se producían en la sociedad en ese entonces, equivalentes a las grandes transformaciones actuales. Allí el eje, era la propiedad de la tierra, de la materia prima. Ahora, es la posesión del conocimiento, de la información, la capacidad de su explotación, elaboración, procesamiento, producción, comercialización. Eso es lo que determina el poder realizarse, surgir; como individuo, región o país. «El que tiene información tiene poder».

Como un homenaje a los primeros dueños, en el concepto occidental de propiedad, antes comunitaria, ahora privada, que fueron aborígenes en su mayoría y algunos criollos; está a continuación la lista de los que escrituraron sus arriendos, ahora su propiedad, el importe que pagó cada uno; hombres y mujeres, esto denota el alto papel protagonista que cumplían ellas en la vida provincial ya en ese entonces.

Cipriano Gaspar	\$50,00	Leandro Pereira	\$80,00
Esteban Flores	\$80,00	Isidoro Cáceres	\$200,00
Josefa Lamas	\$80,00	José María Virazate	\$180,00
Lorenzo Zerpa	\$50,00	Críspolo Santos	\$120,00
Sinforoso Chauque	\$80,00	Anastacio Virazate	\$80,00
Lorenzo Condorí	\$80,00	Daniel Zenteno	\$50,00
Doroteo Gutiérrez	\$80,00	Prudencio Murga	\$120,00
Bernardo Zalazar	\$100,00	Jacinto Hernández	\$80,00
Santiago Sisama	\$80,00	Simón Cruz	\$220,00
Damian Bais	\$80,00	Juan Pablo Apaza	\$80,00
Ramón Cruz	\$80,00	Mariano Rodríguez	\$80,00
Caludio Zalazar	\$100,00	Nieves Cruz	\$100,00
Carlos Gutiérrez	\$80,00	Luis Cáceres	\$250,00
Evaristo Llaves	\$80,00	Nicolás Alarcón	\$50,00
Jorge Maidana	\$70,00	Andrea Gorena	\$40,00
Rafaela Llanes	\$48,00	Alberto Murga	\$100,00
Luis Bargas	\$40,00	Anastacio Rodríguez	\$80,00
Jorge Maidana	\$40,00	Paulino Zalazar	\$50,00
Pedro Guerra	\$60,00	Francisco Chauque	\$80,00
Bernardo Salazar	\$50,00	Ignacio Bautista	\$80,00
Cipriano Chauque	\$30,00	Tiburcio Cadena	\$150,00
Alejandro Díaz	\$120,00	José Dorado	\$28,00
Matilde Cazón	\$100,00	Domingo Olarte	\$80,00
Fermín Belmonte	\$120,00	Victorio Gutiérrez	\$20,00
Juan de Dios Arias	\$80,00	Santos Olarte	\$80,00
Críspolo Santos	\$200,00	Anastacio Fernández	\$80,00
Narcizo Tejerina	\$80,00	Francisco Chauque	\$80,00
María Méndez	\$40,00	Martin Bustamante	\$120,00
Dámaso Aparicio	\$80,00	Antonio Belmonte	\$80,00
Marcelino Apaza	\$80,00	Toribio Erazo	\$4,00
José María Tapia	\$30,00	Ignacio Ontiveros	\$4,00
Francisco Zenteno	\$80,00	Santos, Ana y	\$80,00
Angel Méndez	\$80,00	Patricio Zapana	\$80,00
Mariano López	\$500,00	Federico Apaza	\$180,00
Juan Manuel Herrera	\$200,00	Cirilo Apaza	\$80,00
Desiderio Pereira	\$50,00	Olegario Apaza	\$40,00
Pilar Ontiveros	\$40,00	Juan de Dios Mamani	\$240,00
Sinforoso Pereyra	\$150,00	Casimiro Velázquez	\$80,00
Leandro Pereyra	\$90,00	Agustín Chapor	\$80,00
Aniceto Cazón	\$150,00	Juan Velázquez	\$80,00
María Aparicio	\$80,00	Diego Apaza	\$80,00
Victoriano Ríos	\$50,00	Blas Lorena	\$40,00
Santiago Tolaba	\$20,00	Lucas Vilca	\$40,00
Benedicto Pereyra	\$80,00	Francisco Chapor	\$40,00
Alejo Rodríguez	\$10,00	Ramón Cruz	\$80,00

Juan De la Cruz Vargas	\$80,00	Rosa Vilte	\$80,00
Pedro Caniviri	\$80,00	Facundo Flores	\$120,00
Javier Arias	\$80,00	Esteban Méndez	\$80,00
Jorge Maidana	\$40,00	Julián Cruz	\$80,00
Sebastiana Arias	\$80,00	Trinidad Apaza	\$80,00
Anastacio Torres	\$80,00	María L. Mamani	\$49,00
Lope Cruz	\$80,00	Rafael Báez	\$80,00
José Mamani	\$80,00	Juan de Dios Mamani	\$140,00
Anastasio Luere	\$120,00	Payla Mamani	\$40,00
Martín Zapana	\$80,00	María Apaza	\$140,00
Bacilio Zapana	\$40,00	Andrés Quispe	\$80,00
José Mamani	\$40,00	Ventura Limpitay	\$90,00
Pedro Corimayo	\$80,00	Valentín Díaz	\$80,00
Juana Jarro	\$80,00	Nazario Colque	\$80,00
Andrés Loza	\$50,00	Elena Cruz	\$40,00
Patricio Zapana	\$80,00	Juan de Dios Baez	\$80,00
Pedro Rodríguez	\$80,00	Críspolo Apaza	\$80,00
Escolástica Rodríguez	\$30,00	Santiago Quipildor	\$80,00
Juan Paula Zapana	\$80,00	Lázaro Chapor	\$70,00
Juan Sosa	\$160,00	Germán Báez	\$80,00
Benjamina Arias	\$80,00	Manuel Cruz	\$80,00
Matias Cruz	\$80,00	Evangelista Báez	\$30,00
Esteban Cruz	\$80,00	Matías Báez	\$80,00
Bartolomé Cruz	\$80,00	Juan Cruz	\$50,00
León Cruz	\$80,00	Luciano Colque	\$80,00
Isabel Cruz	\$80,00	Josefa Luspe	\$40,00
Genaro Farfán	\$80,00	Petrona Mamani	\$30,00
Inocencio Figueroa	\$160,00	Faustino Mamani	\$110,00
Melchor Mamani	\$10,00	Juan de la Cruz Vargas	\$80,00
Lucas Vilca	\$40,00	Juan Manuel Coronel	\$100,00
José León	\$80,00	Victoriano Mamani	\$40,00
Victoriano Figueroa	\$40,00	Laurencia Quiroga	\$80,00
Tlésforo Cruz	\$80,00	Juan José Soto	\$15,00
Juan B. Cruz	\$80,00	Ignacio Cruz	\$480,00
Manuel Zerpa	\$80,00	Clarita Sambrana	\$12,00
Leonarda Apaza	\$80,00	Ignacio Cruz	\$20,00
José Maidana	\$80,00	Juan de la Cruz Vargas	\$80,00
Casimiro Velazquez	\$40,00	Críspolo Apaza	\$80,00
Anastasio Torres	\$40,00	Rogelio Cari	\$40,00
Juan B. Cruz	\$20,00	Gabino Coronel	\$20,00
Anastasio Luere	\$20,00	Ignacio Cruz	\$20,00
Isabel Cruz	\$10,00	Lázaro Chapor	\$50,00
Manuel Zerpa	\$20,00	Rafael Báez	\$40,00
Teodoro Quipildor	\$80,00	Manuel Cruz	\$20,00
Anselmo Cruz	\$80,00	Máximo Cruz	\$40,00

Cotejando los apellidos de estos compradores, con los del padrón electoral de Valle Grande del año 2003, se ve su presencia, están agrupados en lugares del departamento, lo que revela la continuidad familiar de la propiedad. También es notable, a pesar de lo accidentado de la topografía y la casi inexistencia de alambrados, pircas sí, lo claro que tienen los propietarios vecinos del límite de sus terrenos; una quebrada, un curso de agua, una barranca, la cresta de la serranía, el acuerdo ante Tello está presente. Esto no es así en todos lados, en algunos hay conflictos. Varias inmuebles quedaron sin propietarios, herederos; los dueños migraron, fallecieron y fueron reclamadas como tierras libres, o apropiadas directamente.

La idea de vender la finca a sus primitivos propietarios, encomendados–arrendatarios estuvo acorde con los cambios que se avecinaban y supervisarlos, concretarlo en escrituras fue algo políticamente correcto, racional. La introducción del concepto de propiedad privada en los aborígenes evitó los grandes conflictos que se ven en otros lugares, como es el caso de la finca San Andrés y el ingenio San Martín del Tabacal.

Políticos de verdad, con la visión de don Eugenio Tello, es lo que necesitamos con urgencia.

Eugenio Tello

Datos biográficos

Nació en Jujuy el 14 de noviembre de 1849. En 1872, durante la presidencia de Sarmiento se inaugura en la provincia la Oficina de Correos y Telégrafos que la conecta con el resto del país, es su primer jefe, tenía 23 años. Sus estudios los había cursado en el convento de San Francisco de Salta y en el Colegio de Jujuy dirigido por el sacerdote Rosi. Rindió examen para obtener el título de Maestro Normal, también se recibió de Enólogo. Fue profesor de Latinidad, Literatura y vicerrector del Colegio Nacional de Jujuy.

Diputado provincial de 1875 a 1880, representando a Ledesma, Humahuaca y la Capital. Es secretario y presidente de la legislatura en 1881 y en 1882. Gobernador de Jujuy del 1 de mayo de 1883 al 1 de mayo de 1885. Durante su gestión consolidó la provincia, aquietó la agitación interna. Organizó las leyes, el sistema judicial, la propiedad inmueble, fundó pueblos, fomentó la educación y con justicia fue llamado el «Sarmiento jujeño»:

1883. Funda San Pedro en tierras de don Miguel Aráoz en el trópico y Siberia Argentina, hoy Abra Pampa en la puna. Venta de tierras fiscales en San Bárbara y Maíz Gordo.

1884. Recopila las leyes y decretos de la provincia que se publicarán en tres tomos en 1887. Inaugura la Escuela Nacional de Señoritas bajo la dirección de las docentes norteamericanas Juana Stevenz y Teodora Gay.

1885. Crea el registro de la propiedad inmueble y el archivo de los tribunales. Ordena la mensuración y amojonamiento de tierras destinadas a los pueblos de La Quiaca, Santa Catalina y Pueblo Nuevo de Ledesma

De 1886 a 1895 es Senador Nacional por Jujuy. En 1900, se realiza la Exposición Universal de París, fue vicepresidente de la comisión encargada de la participación Argentina. Para ella escribió «Descripción de la Provincia de Jujuy», con prólogo de Joaquín Carrillo. Siendo senador, recorrió la finca Valle Grande para demarcar las parcelas y otorgar las escrituras a los arrendatarios, tras la compra por éstos, de la finca a los herederos de Valle Gordaliza.

En 1895 es designado Gobernador de los territorios de Chubut y Río Negro, allí sigue con su tarea de organizador y fundador.

Falleció en Buenos Aires el 30 de noviembre de 1924 a la edad de 75 años. Sus cenizas están en el atrio de la iglesia de San Pedro de Jujuy, allí se depositaron en 1983 al cumplir la ciudad su primer siglo de existencia.

Actuación del Gobernador Eugenio Tello.

Por el Dr. Jobino Pedro Sierra e Iglesias.

Eugenio Tello fue electo gobernador de Jujuy; se hizo cargo el 1 de mayo de 1883. Ya en funciones encontró una serie de problemas que debía resolver prontamente: Recoger armas que, como consecuencia de las luchas civiles en la provincia estaban en manos de particulares. Lograr la rendición de lo actuado por las municipalidades. Imponer respeto a la autoridad. Combatir la delincuencia. Establecer el impuesto que debían pagar los productores cañeros. Y, lo más importante, fundar pueblos, él lo consideraba prioritario para el progreso de la provincia. Prácticamente no se habían establecido asentamientos urbanos donde había concentración de habitantes; muchos eran los lugares donde la propiedad se hallaba concentrada en una sola persona como dueña de la tierra.

Tello sabía que estos problemas no los iba a resolver sentado en su despacho, debía hacer una visita personal al interior y la realizó teniendo como movilidad el caballo, acompañado sólo por un custodio-mozo de mano y un ayudante-secretario, su viaje le ocupó más de dos meses, pero dio frutos. Fue el primer y único gobernador que recorrió toda la provincia a caballo. Otros lo harían después por tramos y en vehículo automotor.

Estaba establecido por la Constitución Provincial de ese entonces que para fundar pueblos era necesario contar con una ley, él la tenía. Había sido sancionada en la época del gobernador Restituto Zenarrusa, el 18 de abril de 1870, hacía ya 13 años, pero nadie la había puesto en vigencia. Ella establecía que eran expropiables por causa de utilidad pública para la fundación de pueblos, terrenos en Valle Grande, Yavi, Rinconada, Cochinoca, Casabindo, Santa Catalina, San Pedro, Ledesma, Perico del Carmen, de San Antonio. En ese viaje fundó San Pedro y Siberia Argentina.

Después de terminar su mandato, Tello fue designado por su sucesor, don José María Álvarez Prado, Ministro General de Gobierno, cargo que desempeñó hasta 1886 al ser designado Senador de la Nación por Jujuy. Ya en sus nuevas funciones, a pedido del gobierno provincial y en carácter de ad honórem, recorrió a caballo el departamento de Valle Grande para demarcar y hacer entrega a los nuevos dueños de sus parcelas escrituradas. Se enorgullecía que, sin ser ingeniero, ni agrimensor, nunca hubo un reclamo de los compradores por su actuación. Fue Senador Nacional hasta 1.895. Vivió en permanente polémica personal, que se hizo célebre tanto en Jujuy como en Buenos Aires, con el senador Domingo Teófilo Pérez.

Después de terminar su senaduría, fue nombrado Gobernador de Chubut en 1895, en 1898 el Presidente Roca lo designa gobernador de Río Negro, se desempeñó en este cargo hasta el 30 de diciembre de 1905.

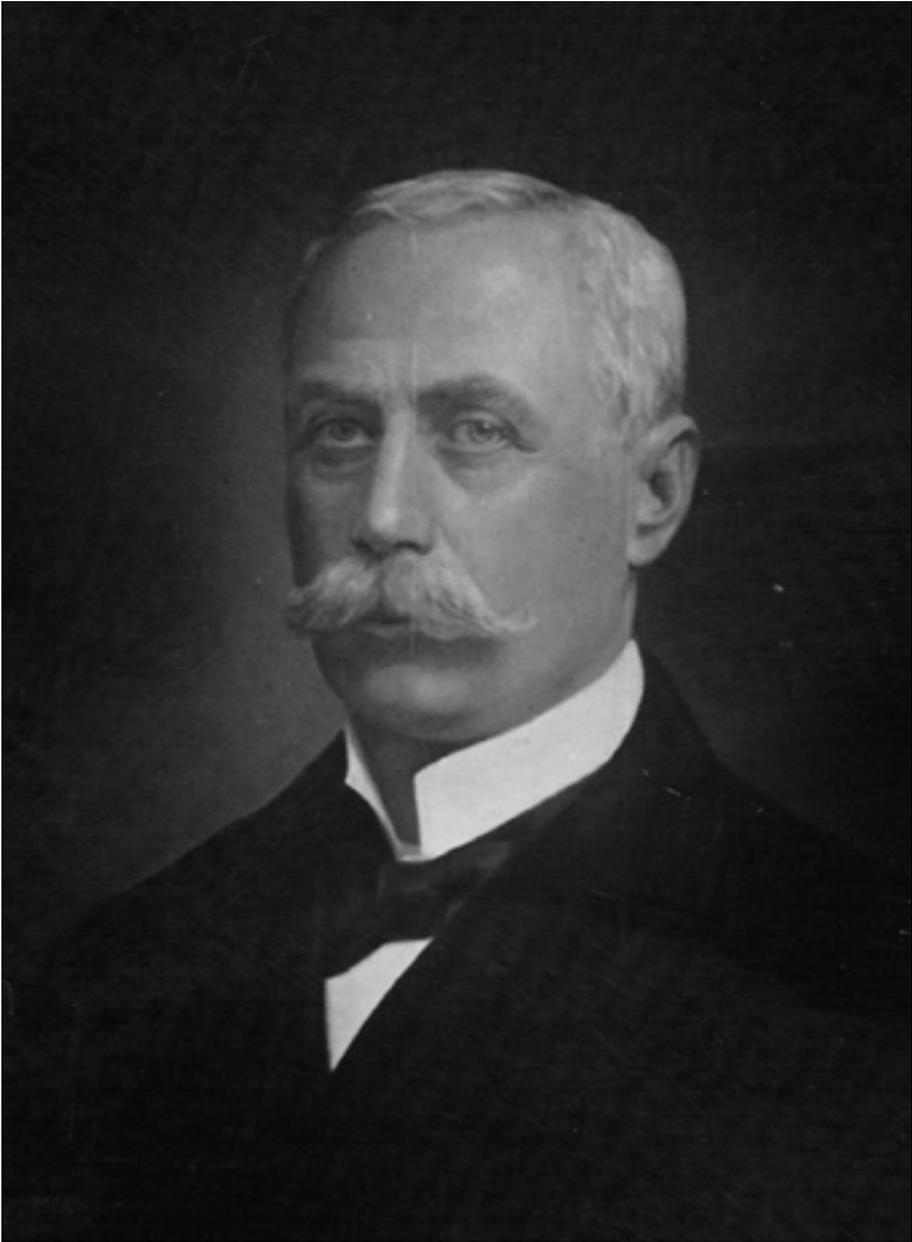
Fue autor de «El Chubut y sus primeros colonizadores», favoreció la radicación de inmigrantes en aquellos territorios australes, realizó obras públicas, inauguró la primera sección del canal del río Negro, la empresa más importante realizada desde la conquista del desierto. Tuvo tierras en la isla de Choel-Choel, fundó la colonia de ese nombre.

Tello fue un excéntrico personaje, un cronoscopio de su tiempo, en su larga vida

desempeñó múltiples empleos, profesiones, funciones y fue acreedor de varios moteos, de acuerdo a la actividad que desarrollaba. De joven le gustaba descubrir, inventar cosas para el bien de la gente; patentó diez inventos, entre ellos un humo artificial para evitar las heladas, alejar la langosta, allí la gente lo llamaba «el loco» Tello, éste contaba que su hermano, el doctor Wenceslao Tello, médico, le decía que por sus extravagancias, el día menos pensado lo recluirían en un manicomio. Cuando salió a recorrer la provincia y fundó poblaciones le dijeron «padre de pueblos». Al crear la «Escuela Nacional de Señoritas» y ser el autor del proyecto de la ley de «Educación Común» lo llamaron «el Sarmiento jujeño».

Después de haber desempeñado diversos cargos, se retiró de la vida pública dedicándose a la agricultura. Falleció en Buenos Aires el 30 de noviembre de 1924. Estaba casado con doña María Sánchez de Bustamente y Quintana. Llevan su nombre un museo y un pueblo en Chubut. Un establecimiento educacional terciario y una avenida en San Salvador de Jujuy. Una calle en San Pedro de Jujuy y por un tiempo, el departamento de Valle Grande.

El 25 de mayo de 1983, dos sobrinos nietos de don Eugenio Tello, trajeron en una urna sus cenizas y las de su esposa. La misma fue colocada en una hornacina en la pared derecha del atrio del templo mayor de San Pedro de Jujuy, al cumplir esta ciudad sus primeros cien años de existencia.



Eugenio Tello (1849-1924).

Foto gentileza de la Galería de Gobernadores de Jujuy – Casa de Gobierno.

Epílogo

Las Yungas jujueñas

«Nuestras Yungas», la cuenca del San Lorenzo, que abarcan los departamentos de Valle Grande y Ledesma son pura serranías, sus alturas van desde los 500 metros sobre el nivel del mar en Agua Negra, a los 3.500 metros en Santa Ana, Caspalá. Es como una entrecortada escalera caracol que nace en el tórrido Ramal y termina en la desértica Puna. Fue y es una barrera, la zona de transición entre el frío altiplano, el Collasuyo, dominio inca, y el tórrido Chaco, dominio wichí, con sus múltiples «naciones»: Tobas, Mocovíes, Avipones, Matacos, Mataguayos, Chorotes, Chulupíes, Chiriguano, Chanés, Lules–Vilelas.

El río San Lorenzo, Ocloyas en la cartografía jesuítica, es su eje y tiene una inmensa cuenca, la segunda de Jujuy después del río Grande. Innumerables ríos y arroyos de montaña la forman; nacen en la Puna, en los contrafuertes orientales de la quebrada de Humahuaca con el Caspalá, San Lucas y Normenta. En las serranías de Calilegua y Zenta, con el Alumbrío, Yerba Buena, Santa Rosa, Sunchales, Jordán y Agua Negra. La riqueza en flora, fauna y paisajística de la zona es incomparable. El Parque Nacional Calilegua se creó en el año 1978 y debe su nombre a la serranía que marca los límites entre los departamentos de Valle Grande y Ledesma, el Parque está en este último. Fue una donación de la empresa Ledesma saaic. Se destacan por su vistosidad y altura: el Cerro Hermoso, inmenso murallón que mira a Libertador General San Martín, la ciudad más importante y cercana, donde se asisten y proveen los vallegrandinos y el Cerro Amarillo, un cono mostaza, la cumbre más elevada de 3.646 metros de altitud.

Sus actuales pobladores descienden de indígenas puneños, los ocloyas, traídos en migraciones forzadas (mitimanes) por los incas, para asentarlos en la zona como avanzada y contención de los belicosos chaqueños; esto se observa en los rasgos, viviendas, artesanías, costumbres y vestimentas de los vallistos, sobre todo los días de fiesta. También provienen de blancos, afincados desde la época colonial, de la organización nacional y provincial. De su mezcla surgieron los criollos, que son hoy mayoría.

Aldeas desperdigadas en las serranías son las residencias de sus habitantes. Valle Grande, la actual cabecera departamental, y San Francisco, son las más importantes, están sobre la ruta provincial 83 que es como una «Y». El ramal izquierdo llega a Pampichuela luego de cruzar el río Valle Grande, trepar un formidable mu-

rallón que es respetado y temido por los transportistas, el otro brazo desemboca en Valle Grande con una reciente extensión hasta Valle Colorado. Los restantes poblados están en las serranías: Alto Calilegua al este, Santa Bárbara, San Lucas al oeste, a donde se llega por caminos de herradura trepando y trepando cerros, al norte está Valle Colorado, más allá Santa Ana, Caspalá, poblados de la Puna de escasa vegetación con pastizales de altura donde en el verano se alimenta el ganado. Santa Ana está conectada por camino carretero con Humahuaca y pronto a Valle Colorado, lo que conformará un importante circuito turístico entre la puna y la selva yungueña.

La zona tuvo una economía agrícola-ganadera de autosuficiencia y para «exportar», lo atestiguan los molinos de piedra abandonados o con escaso rendimiento; fue proveedor de carne vacuna de Jujuy, del norte de Salta y sur de Bolivia hasta la década de 1940 en que la epidemia de rabia pasesiente diezmó el ganado, como relato en «Las señoritas Cáceres».

La hacienda es bovina criolla; fuerte, sufrida y resistente a las inclemencias del tiempo y del terreno. Sus carnes son magras, algo duras, tienen una producción láctea escasa, apenas suficiente para alimentar los terneros y hacer algo de queso. En el otoño la hacienda es trasladada a los montes en la parte baja de las serranías donde hay agua y vegetación; pasan allí el invierno. Los animales están siempre a la intemperie, rebuscándose por su cuenta, los cuidados que reciben dejan mucho que desear; la época buena es el verano, son llevados a los pastizales de altura en Alto Calilegua, Santa Bárbara, San Lucas, Santa Ana, Pampichela y Caspalá. Días antes de las fiestas de fin de año empieza el arreo del ganado, como ya hubo aguaceros el pasto está bueno e irá mejorando con las lluvias. Los animales tendrán agua y forraje en abundancia provistos por la madre naturaleza (foto 30, Pág. 126).

La expresión de la agricultura es la siembra del maíz destinada al consumo familiar. A fin de año se limpian los campos, siembran y esperan las lluvias, fuera de eliminar las malezas al comienzo y cuidar que no entre el ganado a comer lo sembrado, no reciben otra atención hasta la cosecha en el mes de marzo. Existen algunas huertas familiares que pueden producir todo el año, en el verano se cosechan frutas: duraznos, manzanas, ciruelos, peras, higos, que a decir verdad, crecen silvestres en su mayoría, ya sea en los patios de las casas, en terrenos cercados o en el campo; los gajos se rompen de cargados que están. Un gran problema es la mosca de la fruta, en menor grado los pájaros, la primera hace desastres, parece mentira ver árboles con frutas de excelente aspecto y al abrirlas, engusanadas, no se toma ningún cuidado al respecto y se pudren en el piso. La que se salva de la peste no es mucha pero sabrosa, esto, no ocurre en los lugares elevados como Alto Calilegua y Valle Colorado, donde la mosca no suele proliferar.

La explotación forestal carece de planificación, no se reforesta. Los propietarios arriendan sus campos a madereros de otros lugares, los que con maquinaria pesada diezman la selva yungueña con gran perjuicio para ella, la fauna, la estabilidad

del terreno y una mínima ganancia pecuniaria (foto 31, Pág. 126).

«Nuestras Yungas», son un paraíso en lo que respecta a clima, paisaje, recursos naturales; ahora se las quiere explotar a través del turismo, de emprendimientos varios de artesanías, hospedajes; pero no se ven proyectos sustentables, de real desarrollo regional, con participación activa de los habitantes; como es la ganadería, en la que hay tradición o la fruticultura, con frutas de carozo, las manzanas y en algunos lugares, paltas, chirimoyas. Tengamos en cuenta que, la región de las Yungas, en otras latitudes, son las proveedoras naturales de todas las frutas, verduras, carnes, maderas que consumen las ciudades vecinas.

«Nuestras Yungas», deberán desarrollarse racionalmente, con seguridad para el ecosistema y los trabajadores. En el caso de los emprendimientos forestales y madereros, dándole valor agregado al producto, como porfiaba Hermes Demitrópulos, que sugería no vender los troncos en bruto a los aserraderos de las ciudades, porque pagaban hasta diez veces menos su valor real, sacar la madera en tablones o manufacturada!, desde ya que implementando una reforestación adecuada. La sierra sin fin, para hacer las tablas, que compró la municipalidad de San Francisco a su insistencia, se está pudriendo a la intemperie.

Sus pobladores están acorralados entre el pasado y el presente-futuro. Entre el trueque, la crianza de animales a la buena de Dios, la agricultura elemental de autosuficiencia, el falaz asistencialismo y el «progreso de la globalización», de la competitiva economía de mercado. Encontrar una salida participativa, con desarrollo, conservación de la región en su aspecto natural y cultural, es el desafío.

Libertador General San Martín. Jujuy, 2007.

La cuenca del río San Lorenzo

El lugar de los hechos

Departamento de Valle Grande, Cuenca del río San Lorenzo.



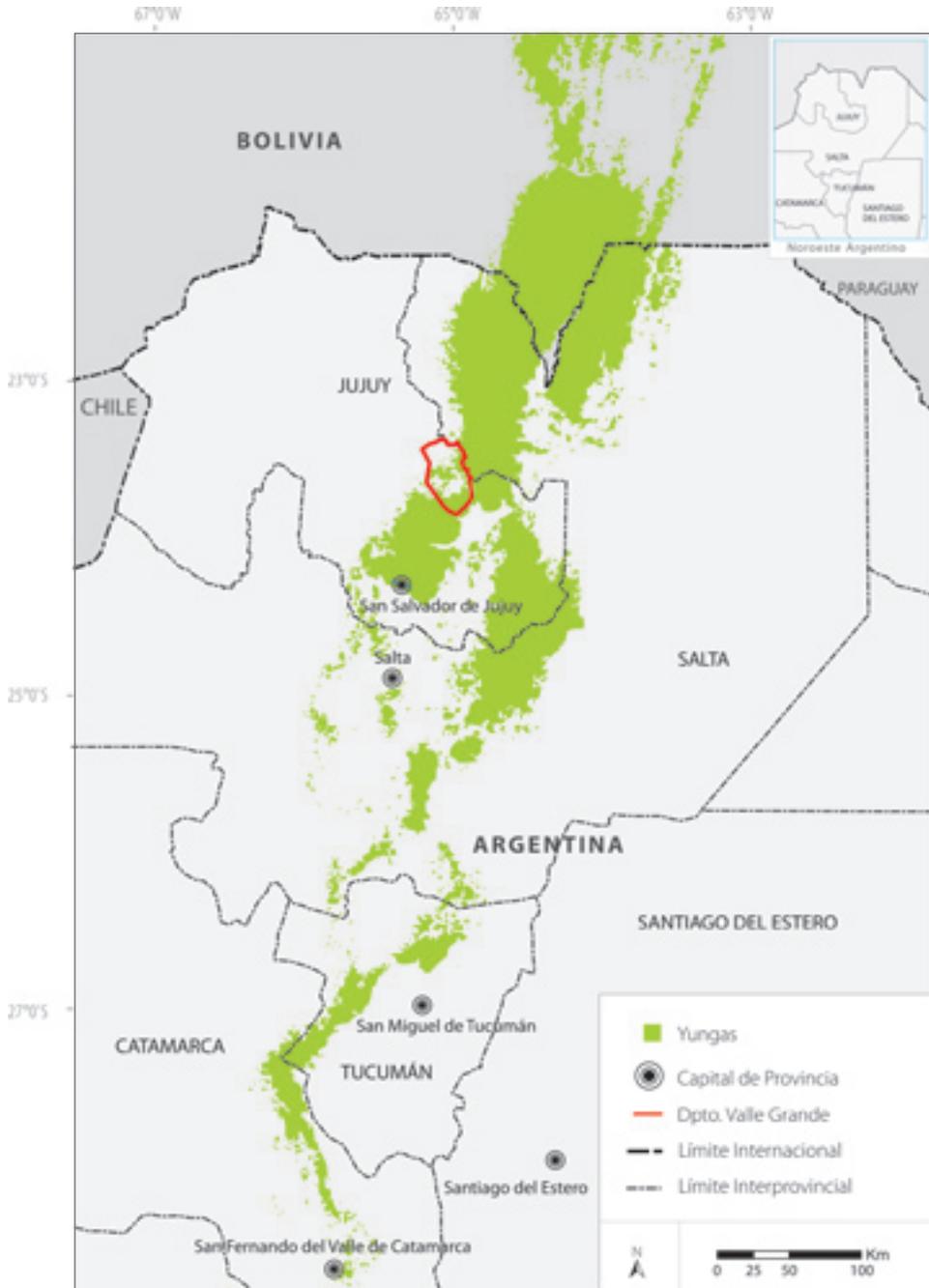
— Ruta Provincial 83
— Senderos
— Río San Lorenzo

● Poblaciones
1600Altura
8h. Tiempo de recorrido

FUENTE: Mapa del Programa Integral de Salud. Dpto. V. Grande
AÑOS 90-93. Dr. Rafael Cummins. Dibujó: O. Gramajo.

Mapas y Álbum fotográfico

Esta sección surgió a sugerencia de los editores. Cuando leyeron los relatos, como son asiduos visitantes y estudiosos de las yungas jujeñas, se emocionaron al reencontrarse con personajes, lugares que conocían y quisieron que los lectores los apreciaran gráficamente. Estos escritos fueron realizados en un dilatado período de tiempo, algunos protagonistas ya no hacen las tareas que se cuentan, otros no están en este mundo. Sin haberme propuesto registrar fotográficamente mis experiencias y menos ser un fotógrafo, siempre traté de llevar mi máquina, una *Pentax K 1000* a película que ya es viejita, pero funciona bien. Entonces, para concretar esa razonable inquietud, mostrar fotos, tuve que sumergirme en los cajones donde las guardaba, pude recuperar algunas que aquí las muestro a mis estimados lectores. Tenía la impresión que existían otras más elocuentes pero no las encontré. Por suerte, gentiles personas e instituciones como la docente Graciela Fernández, el estudioso Luis Rivera, Cooperlib y el asiduo visitante, admirador de San Francisco, Andrés Shigihara nos facilitaron hermosas fotografías. Eso sí, me quedó la certeza de que debo ordenar mis fotos, clasificarlas, si quiero realmente aprovecharlas. En fin, como todas las cosas que uno guarda desordenadas en la vida. Ellas están siguiendo el curso del relato y deseo les ayude a vivenciarlos más.



Mapa 1. Distribución actual de la Ecorregión de Yungas en Argentina.



Foto 1. El Cerro Hermoso en invierno. El pico a la derecha es el Amarillo. Debajo, plantaciones de citrus de la Ledesma SAAI. Foto del autor.



Foto 2. Hermes Demitrópulos, su esposa Yolanda y el autor. Foto del autor.



Foto 3. Pastizales de altura, el Cerro Hermoso de atrás, un puesto. Foto del autor.



Foto 4. Don Manuel Virazate, el arriero. Las nubes cubren el valle del río San Francisco. Foto del autor.



Foto 5. San Francisco del Nuevo Mundo. Foto del autor.



Foto 6. Piletón termal en el lecho del río Jordán. Valentín, de pie y un turista. Foto de Cooperlib.



Foto 7. Verde verde y verde negro. Foto del autor.



Foto 8. Viviendas, de fondo Tres Morros. Foto del autor.



Foto 9. Escalera de piedra. Foto del autor.



Foto 10. Lino y Nolberto eligiendo lana. Foto del autor.

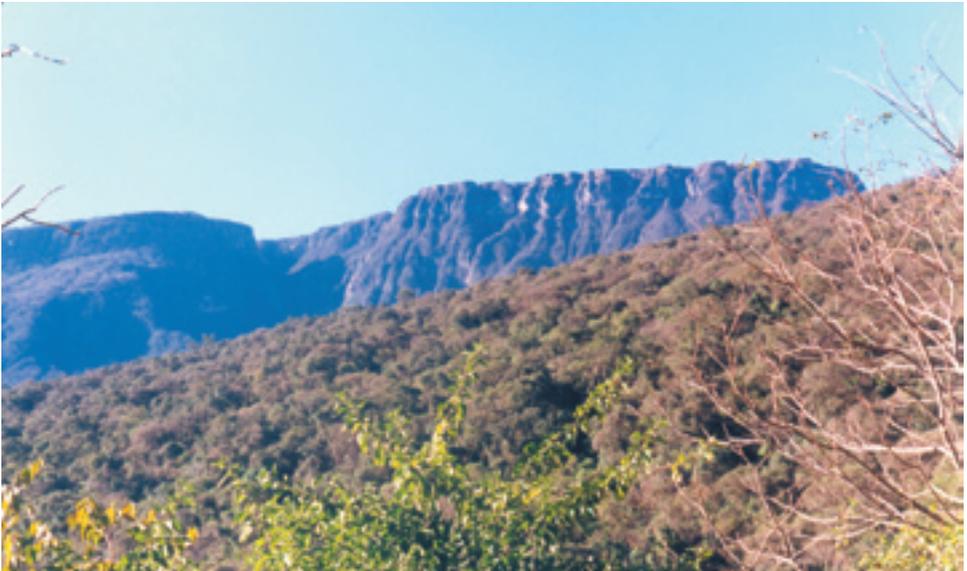


Foto 11. Los acantilados de Mesillas. Foto del autor.



Foto 12. La planicie de Mesillas en invierno. Lino en el Alazán. Foto del autor.



Foto 13. Amazona tucumana. Foto de Luis Rivera.



Foto 14. El río Jordán crecido en el verano. Foto del autor.



Foto 15.
La abuela Anita. Foto del autor.



Foto 16.
Mardonio preparándose para ir a pescar truchas al río Sunchales. Foto del autor.



Foto 17. Don Salomón con Paco y su perro. Foto del autor.



Foto 18. Cumulus nimbus. Foto del autor.



Foto 19. El «angosto» del río Valle Grande. Foto del autor.



Foto 20. Rosa y Ester. Foto del autor.



Foto 21. Don Máximo Arias. Foto del autor.



Foto 22.
Piedra del molino. Foto del autor.



Foto 23.
Pancitos de difuntos. Foto del autor.



Foto 24. Vestimenta de fiesta en Valle Grande, el manto se llama «rebozo». El que están de espaldas no es casual, no les gusta que se las fotografíe. Foto de Graciela Fernández.



Foto 25.
Interior de la Iglesia
de Santa Ana.
Foto del autor.

Foto 26. El padre Laudino
Cano. La danza de los cuartos.
Foto del autor.



Foto 27. Las hermanas de la Misión «Jesús, Verbo y Víctima» saliendo de su residencia en Valle Grande.
Foto del autor.



Foto 28. Vista de Valle Grande. Foto del autor.



Foto 29. Vista de Valle Colorado. Foto del autor.



Foto 30. Arreo de ganado. Foto del autor.



Foto 31. Camión maderero. Foto del autor.

Bibliografía

Abán, Leopoldo. 1980: 15–05. *Parcelamiento de la Finca Valle Grande*. Diario Pregón Dominical. Jujuy. Argentina.

Carrillo, Joaquín. 1952. *Historia Civil de Jujuy*. Gobierno de la Provincia de Jujuy. Argentina.

Chioza, Elena y Figuerira, Ricardo. 1981. *Atlas Total de la República Argentina*. Publicación periódica. Centro Editor de América Latina. Argentina.

Corcuera, Javier. 1997. *La Selva Misteriosa*. Fundación Vida Silvestre Argentina. Argentina.

Escritura de compra de la Finca Caspalá por sus ocupantes. 1887. Archivo de la Provincia de Jujuy.

Gran Atlas Clarín 2000. Publicación periódica. Diario Clarín. Argentina.

Ibañez, José. 1980: 29 Ed. *Historia de las Instituciones Políticas y Sociales, hasta 1810*. Editorial Troquel. Argentina.

Paleari, Antonio y Bidondo, Emilio. 1992. *Diccionario General de Jujuy*. Gobierno de la Provincia de Jujuy. Argentina.

Rivera, Luis y Politi, Natalia. 2004. *Loro alisero, tema relegado en las prioridades de conservación, definiendo su estado poblacional y distribución*. BP Conservation Programma. Informe técnico. Proyecto loro Alisero 2003–2004. E-mail: loro_alisero@yahoo.com. Argentina.

Solís, José SJ. 1972. *Ensayo sobre la Historia Natural del Gran Chaco*. Facultad de Humanidades. Instituto de Historia. Universidad Nacional del Noreste. Argentina.

FUNDACIÓN PROYUNGAS

La Fundación ProYungas (FPY) es una organización sin fines de lucro que lleva adelante actividades de gestión para el desarrollo sustentable y la conservación de la ecoregión de las Yungas, particularmente en la zona de la Alta Cuenca del Río Bermejo (ACRB), en el norte de Argentina y sur de Bolivia. Para la implementación de sus actividades, la FPY ha desarrollado una estrategia institucional basada en una fuerte vinculación con el sector privado, particularmente empresas de los sectores energético y forestal. La FPY se ha ganado un rol crucial de interlocutor entre los diferentes actores involucrados en la dinámica ambiental y social de las Yungas. La alianza estratégica con comunidades campesinas y aborígenes, gobiernos y actores privados (empresas del sector energético, forestal y producción agrícola) constituye el escenario de participación que permite avanzar hacia el ordenamiento territorial, la conservación y el desarrollo sustentable de una de las regiones más biodiversas de Argentina.

EDICIONES DEL SUBTRÓPICO

La Fundación ProYungas toma sus decisiones de gestión sobre la base de la mejor información disponible. Para ello, ha impulsado proyectos de investigación ecológica destinados a generar información en temas críticos de conservación. Generalmente los resultados de la investigación científica son publicados en revistas especializadas, fuera del alcance de los tomadores de decisión y del público en general. Es por ello, que a partir del año 2006, la Fundación ProYungas ha creado su propia editorial "Ediciones del Subtrópico", destinada a publicar y distribuir la abundante información ecológica y social generada en el ámbito subtropical. Estas obras son escritas de manera accesible al gran público y están orientadas a sustentar la toma de decisiones en materia de conservación, manejo de los recursos naturales y análisis de la problemática social regional.

Nuestras Yungas relata en prosa clara, descriptiva; escrita con conocimiento y amor al lugar, una parte olvidada de Jujuy: su oriente, ahora redescubierto, las selvas de montaña, las Yungas jujeñas.

El autor explica el porqué de su nombre, hasta hace poco extraño para nosotros, su origen; habla de lugares hermosos y personajes con historias interesantísimas, al alcance de la mano.

Leerlo es una adecuada manera de informarse sobre esa región desconocida por los jujeños y argentinos en general. Da los elementos para comprenderla, valorarla y no solamente del punto de vista turístico, sino como parte integrante del pasado y futuro del noroeste; como una protagonista activa en la economía, el progreso de la zona y del país.

El texto al final, refiere a un prohombre olvidado: Don Eugenio Tello, un político de verdad, bien llamado el «Sarmiento jujeño», que organizó la provincia en general y el departamento de Valle Grande en particular, que durante un tiempo llevó su nombre. Nos cuenta cómo se formó éste, de la antigua encomienda de Caspalá de la época colonial, por la venta de la inmensa finca «Valle Grande», de don Rudecindo Valle y Gordaliza, a sus habitantes—arrenderos, ex encomendados, indígenas y criollos. La aventura que significó para Tello concretarla, hecho que marcó en ese entonces todo un rumbo de progreso.

Su lectura muestra un lugar de gran belleza, con pasado, posibilidades futuras; nos hace ver que en situaciones de crisis, son las políticas adecuadas las que encuentran el camino. Quedamos deseando conocer las Yungas jujeñas, que vengan otros Tellos, adaptados a estos tiempos, para que guíen y, en base al aporte y esfuerzo de todos, basado en adecuados conocimientos y comprensión de la realidad, superar esta difícil etapa de la vida nacional.



Ediciones del
Subtrópico

